

# Un hombre distinto

Julie Kenner

4º Multi. Sexy city nights



**Un hombre distinto (2002)**

**Título Original:** L.A. Confidential (2002)

**Serie:** 4º Multi. Sexy city nights

**Editorial:** Harlequin Ibérica

**Sello / Colección:** Fuego 17

**Género:** Contemporáneo

**Protagonistas:** Kent Harper y Lisa Neal

## Argumento:

*Lisa Neal tenía la oportunidad de hacerse un lugar en la industria cinematográfica, y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirlo.*

*Ken Harper siempre había querido llevarse a Lisa a la cama... y ahora sabía perfectamente cómo lograrlo.*

*Tener éxito en el cine dependía de conseguir el apoyo de Ken Harper, una figura importante en la escena de Los Ángeles, y el hombre al que Lisa había abandonado cinco años antes. Pero Ken ya no era el mismo hombre al que ella había conocido; se había convertido en una persona amable, con éxito... y muy, muy sexy. Además estaba dispuesto a ayudar a Lisa... sólo a cambio de una cosa...*

*NOTA: Reeditado por Harlequin Ibérica en la colección Especial Pasión N° 5 (2008)*

## Prólogo

—Recuerda mis palabras —escuchó Lisa Neal en la boca del camarero—. Dentro de cinco años, todo el mundo en Los Ángeles se peleará para conseguir una mesa en alguno de los restaurantes de Kenneth Harper.

Lisa estaba sentada de espaldas a la barra de caoba, escrutando entre la gente en busca de Ken, pero se giró sobre el taburete para mirar al camarero. Chris estaba preparando un Martini mientras charlaba con una elegante pelirroja, que parecía fascinada por la conversación y algo bebida.

—Hablo muy en serio —continuó Chris—. Es un auténtico genio, si tenemos en cuenta que viene de un pueblo de Texas. Sabe exactamente adonde quiere llegar y sabe cómo conseguirlo.

Lisa no pudo reprimir una sonrisa. Después de salir con Ken durante casi un año, no le cabía la menor duda de que Chris estaba diciendo la verdad. Pese a todo, no se resistió a la tentación de burlarse del camarero y se acercó a ellos.

—Estoy sorprendida, Chris —dijo Lisa—. ¿Cinco años? No confías demasiado en él, ¿verdad? Creo que tres años se ajusta más a su carácter.

—Ken no es igual que tú, Lisa —replicó secamente—. Supongo que tú conseguirás tu primer *Oscar* esta misma semana.

Lisa rió a gusto. Desgraciadamente, siete días era un espacio de tiempo demasiado breve incluso para la carrera que tenía planeada en su cabeza.

—Si consideramos que esta misma mañana he terminado el rodaje de mi proyecto de fin de curso, quizá debería concederme un mes.

—¡Perezosa!

Lisa dibujó un mohín de disgusto y tamborileó con los dedos sobre la copa de vino. Chris llenó la copa antes de centrar su atención nuevamente en la pelirroja. Lisa sentía un genuino aprecio por Chris. De hecho, le gustaban todos los empleados que Ken había contratado para trabajar en Oxygen, su primer restaurante. Desde su punto de vista se había llevado a cabo una selección muy rigurosa del personal. Esa noche era la inauguración. Se había convertido en el acontecimiento del verano y todo se estaba desarrollando sin ningún problema. El local estaba repleto de celebridades menores y futuras estrellas. Las cámaras disparaban sus flashes, la gente bullía y se respiraba un ambiente de verdadera celebración, por no mencionar el aroma que llegaba de la cocina y que inundaba el aire.

Un poco antes, un crítico gastronómico de Los Angeles Times se había acercado a su mesa y había felicitado personalmente a Ken. Claro que Lisa no habría esperado menos. Después de todo, el talento y el empuje de Ken era una de las cosas que más le había llamado la atención de él en un primer momento. La ambición de Ken igualaba la suya propia. Ese era un rasgo bastante singular.

Lisa no estaba interesada en sentar la cabeza. Pero si algún día sintiera esa necesidad, sería con un hombre como Ken. Bebió un trago largo de su copa de vino y

comprendió con cierto asombro hasta qué punto había sido feliz los últimos once meses.

Era algo extraordinario.

Ken la había cautivado y, por primera vez en toda su vida, no le importaba sentirse comprometida con un hombre. No pretendía dejarse arrastrar por la sensiblería. Y menos ahora que su carrera estaba a punto de despegar. En el mundo real tan solo importaba el éxito. Lisa había sido tremendamente pragmática a la hora de elegir una pareja, del mismo modo que había decidido en qué centro deseaba graduarse.

A lo largo de toda su vida siempre había alcanzado las metas que se había propuesto. Había sido la editora jefe del anuario del instituto y había ganado el concurso estatal de ensayo. Su familia siempre se había marcado objetivos y eso era algo que Lisa había aprendido desde niña. Su madre había abandonado una prometedora carrera en la abogacía, entre los despachos de Wall Street, y se había marchado con su padre a vivir a Idaho. Pero su padre se había marchado al cabo de unos años, justo cuando ella y su hermana Ellen habían empezado el instituto. Sola en la vida y con dos hijas, su madre no había tenido el ánimo de regresar a Nueva York. Lisa había terminado atrapada, llena de odio y resentimiento hacia su padre. Y todo porque su madre había sacrificado su carrera por un hombre.

La hermana de Lisa no había tenido mejor suerte. Ellen se había casado con un hombre decente, pero había quedado atrapada en la misma ciudad porque su marido era propietario de una ferretería. En vez de recorrer el mundo con su cámara para atrapar las más bellas instantáneas de los más exóticos parajes, tal y como habría sido su deseo, Ellen se había visto recluida en unos grandes almacenes media jornada, donde sacaba fotos de críos que no querían ser retratados.

Puede que Ellen fuera feliz, tal y como aseguraba, pero Lisa no tenía la menor intención de seguir sus pasos. Había diseñado con minuciosidad su itinerario vital y estaba decidida a completar cada etapa. Tenía su destino marcado y no quería perder de vista ese hecho en ningún momento.

Aun así, tenía que reconocer que Ken era lo más parecido a una alma gemela que había encontrado nunca. Y dudaba que pudiera encontrar una persona más afín a sus ideales. Cada día que pasaban el uno junto al otro los unía un poco más. Para una persona solitaria como Lisa resultaba temible, pero también excitante.

Se giró sobre el taburete y continuó la búsqueda infructuosa de Ken entre los invitados. Por un momento sopesó la idea de que hubiera desaparecido entre los fogones de la cocina. En ese momento un hombre con traje azul oscuro se desplazó hacia un lado y Ken apareció ante sus ojos. Lisa aguantó la respiración, su pulso se aceleró cuando sus miradas se encontraron y Ken dibujó una tenue sonrisa destinada únicamente a ella.

Ken era apenas dos años mayor que ella; acababa de cumplir veintiséis. Pese a su juventud, su presencia dominaba el local. Miraba directamente a la cara de cada uno de sus invitados con sus ojos claros, azules como el cielo de mediodía. Saludaba con un firme apretón de manos que transmitía confianza y resultaba acogedor. Lisa

sabía por propia experiencia que esas manos eran fuertes y ásperas, pero eso lo ayudaba a ganarse la simpatía y el aprecio de todo el mundo. Quizá su aspecto apuesto y elegante pudiera indicar lo contrario, pero Ken era un hombre que no rehusaba el trabajo duro.

Vestía un traje de seda a medida que no resultaba pretencioso ni demasiado vulgar. El conjunto le confería un aire de hombre cultivado, pero accesible. Y esa era una cualidad que Lisa estaba segura que atraería a los clientes en oleadas. Tal y como acostumbraba a decir Ken, en el ramo de la restauración, la comida tenía que ser exquisita. Y todo lo demás tiene que estar a la altura.

Ken no le quitó los ojos de encima mientras se abría paso entre la multitud. Llegó junto a ella, apoyó la mano cálida sobre su espalda desnuda y se inclinó para besarla en la mejilla.

—¿Ya te he dicho que esta noche estás radiante? —le susurró al oído, de modo que un escalofrío recorrió sus sentidos.

Lisa se llevó el dedo índice a la boca mientras fingía una ardua reflexión.

—Humm, veamos... preciosa, deslumbrante. Pero creo que no has usado «radiante».

Ken se colocó detrás de ella y descansó las manos sobre sus hombros al acercarse.

—Eres radiante.

—Y tú eres un encanto —dijo Lisa con una sonrisa.

—Es cierto —admitió y se sentó en el taburete vacío contiguo a ella—. Pero soy sincero.

Hizo una señal a Chris y el camarero le sirvió un agua con gas y una rodaja de lima. Ken se interesó por el punto de vista de Chris acerca de la inauguración. Lisa miró cómo conversaban los dos hombres y pensó nuevamente en el giro que había dado su vida desde que se había trasladado a Los Ángeles.

Había dejado de piedra a todo el mundo en su pequeña ciudad de Idaho cuando había solicitado el ingreso en U.C.L.A. y se había mudado a una ciudad tan grande y peligrosa después de su primer año de instituto. Aquello no había sorprendido lo más mínimo a su madre. Al fin y al cabo. Lisa se había pasado la vida mirando todo a través de un objetivo. Primero había utilizado la vieja cámara de su abuelo y después la cámara de vídeo del colegio.

Pese a todo, su madre había acogido con recelo y nerviosismo la idea de que su primogénita se trasladara a California con tan solo diecisiete años.

Pero había conseguido que se sintieran orgullosos de ella. Había terminado los estudios universitarios en apenas tres años y había sido aceptada en el programa para graduarse en dirección cinematográfica. Había resultado muy duro. Muchas horas de trabajo, una competencia feroz, profesores despiadados... pero había disfrutado con cada minuto. De hecho, su vida se habría limitado casi exclusivamente a los estudios si no hubiera conocido a Ken.

Se habían conocido en una fiesta y desde entonces sus vidas se habían complementado a la perfección. Ken estaba tan comprometido con su restaurante como ella lo estaba con sus películas. Su poco tiempo libre lo pasaban juntos. Lisa se había acostumbrado a sentarse en una de las mesas vacías de Oxygen para estudiar uno de sus guiones mientras Ken repasaba algunos detalles con la cuadrilla de obreros o su equipo de trabajo.

Se encontraban a gusto y a Lisa le encantaba esa sensación. Su relación era muy distinta a la que había mantenido en el pasado con otros novios. Ken no deseaba mantener relaciones sexuales hasta después del matrimonio. A Lisa le costaba creer que un hombre tan atractivo como Ken todavía fuera virgen, pero nunca se lo había preguntado directamente. En vez de eso había aceptado sus condiciones. Adoraba a Ken, pero no estaba dispuesta a que nada, ni siquiera los planes de boda, se interpusieran entre ella y su objetivo de abrirse camino en el mundo del espectáculo. Y si eso implicaba mantener una cierta distancia entre ellos, que así fuera.

Bebió otro sorbo de su copa mientras veía cómo Ken daba fin a su charla con Chris. Entonces se volvió hacia ella y le apartó de la cara un mechón de pelo que recogió detrás de la oreja, en un gesto hasta cierto punto mucho más íntimo que un beso.

—Radiante —susurró mientras Lisa procuraba no ruborizarse.

Normalmente se recogía su espesa melena en una cola de caballo, pero esa noche había acudido a la peluquería del hotel, donde le habían hecho un recogido en lo alto de la cabeza. Tenía que admitir que le sentaba de miedo.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Ken—. ¿Estás cansada?

—En absoluto.

—Llevas varios días sin dormir —arqueó una ceja con incredulidad—. ¿Estás segura de que no estás un poco cansada?

Mientras Ken se preparaba para la inauguración del restaurante, Lisa había pasado los últimos dos días en vela rodando los últimos planos de su proyecto de fin de carrera. Había llevado a los actores y al equipo técnico hasta el límite, pero había finalizado dentro de los plazos establecidos.

Quizá no fuera más que una estudiante de dirección, pero estaba a cargo de la producción y la dirección. Eso era un gran paso para ella, encaminado a lograr el gran objetivo de su vida, que no era otro que producir películas honestas y de calidad en la Meca del cine.

—Funciono gracias a la adrenalina —dijo Lisa—. Tu restaurante y mi película. Todavía tengo que quemar mucha energía.

—Me alegra oír eso —dijo y desvió la mirada un momento para saludar a un conocido con un gesto. Al volverse hacia ella, sus ojos azules reflejaban una indisimulada pasión—. Confiaba que te quedara algo de energía cuando todo esto haya terminado. El hotel me ha instalado en el ático esta noche. Si te aburres, sube y nos encontraremos allí.

Y, dicho esto, le entregó una llave magnética. Ella asintió y cerró la mano sobre la tarjeta mientras Ken se inclinaba para besarla. Su boca sabía a champaña. Lisa tembló ligeramente mientras atraía su cabeza hacia ella, alargando el beso aun cuando sintió un repentino deseo de llorar Ken provocaba un efecto misterioso sobre su alma. Lisa sabía que si le permitía acercarse demasiado, sería el único hombre en el mundo por el cual sopesaría la posibilidad de abandonar sus sueños.

En cierto modo, esa certeza resultaba cálida y reconfortante. Pero, sobre todo, la aterraba. Ken se apartó, el dedo bajo su barbilla para levantarle la cara.

— ¿Estás bien?

— Bien — afirmó con una sonrisa —. Estupendamente.

— Necesito atender a mis invitados — le tendió las manos —. ¿Me acompañas?

— Será mejor que vayas sólo. Creo que estoy un poco cansada. Sólo quiero sentarme aquí y observar cómo te adulan.

— En ese caso, te veré dentro de un rato — apuntó con una media sonrisa.

Tan pronto como dio unos pasos, la multitud lo engulló. Sí, Chris tenía razón. En cinco años, Ken Harper iba a convertirse en el indiscutible rey de la escena de la restauración en la ciudad de Los Ángeles.

Se volvió hacia la barra y bebió perezosa de su copa de vino.

— ¿Ocurre algo?

Lisa miró a los ojos de Chris, que parecía preocupado, y comprendió que tenía el ceño fruncido.

— No, estoy bien. Sólo un poco cansada.

No parecía muy convencido, pero una de las camareras de sala apareció con un pedido y Chris acudió para atenderla. La realidad era que no estaba bien. Ken estaba firmemente asentado en el camino del éxito, pero ella estaba a punto de graduarse y todavía no había encontrado un trabajo decente. Había tenido algunas ofertas, desde luego, pero la mayoría de los trabajos implicaban interminables jornadas laborales en largometrajes de bajo presupuesto.

No era una mala forma de empezar, pero Lisa quería alcanzar un puesto ejecutivo en uno de los grandes estudios antes de cumplir los treinta. Y, para lograr un objetivo de ese calibre, tenía que empezar a lo grande desde el pistoletazo de salida.

Desgraciadamente, todavía no había encontrado esa quimera.

Decidida a sacarse el miedo de encima, giró sobre el taburete y dirigió la mirada a la multitud. Buscó con los ojos a Ken, pero se quedó sin aire cuando descubrió a Drake Tyrell, uno de los productores independientes más importantes del país, que avanzaba directamente a su encuentro.

— Señorita Neal — saludó, mientras se acomodaba en el taburete vacío de al lado y reclamaba la atención de Chris para que le sirviera un poco de hielo en su bebida.

Durante el proceso Lisa no pudo reaccionar, boquiabierta, asombrada de que un hombre como aquel recordara su nombre.

– Me alegro de volver a verla.

– Gracias, señor – dijo al tragar saliva –. Quiero decir que...yo también me alegro.

Reprimió un escalofrío, consciente de que parecía una tonta con la lengua de trapo.

– Me sorprende que me recuerde – añadió.

Había asistido a un seminario de un fin de semana, junto a otros doscientos estudiantes, en un auditorio demasiado pequeño. Apenas había podido destacar.

– Claro que la recuerdo – levantó la copa para efectuar un brindis –. Espero que termine con éxito sus estudios. Una tarea hartó difícil.

Juntaron sus copas y Drake se reclinó un poco sin dejar de mirar a Lisa. Ella tenía los nervios a flor de piel.

– He leído su guión – dijo entonces el productor.

– *Ángeles sin rostro.*

Él asintió y Lisa sintió un retortijón en el estómago. No solo se preguntaba por qué lo había leído, sino que deseaba conocer su opinión. Lo había escrito hacía más de un año y lo había presentado a un concurso ante la insistencia de su profesor.

– Soy uno de los patrocinadores del programa de ayudas – dijo, dando respuesta a una de sus preguntas –. Tienes talento para la comedia. Es un buen guión.

Su sonrisa era tan débil como sus rodillas y Lisa se sujetó con fuerza al pasamanos de la barra antes de contestar.

– Me alegra que le gustara – dijo, satisfecha de que no la hubiera traicionado la voz –. Pero no resultó premiado.

Inmediatamente se arrepintió de sus palabras. No quería parecer mezquina.

El productor soltó una carcajada y ella se sintió aún más pequeña.

– Es cierto que no recibí una de las becas – dijo él y se acercó a ella para tomar una servilleta de la barra –. Pero quizá te haya conseguido un trabajo.

– ¿Disculpe? – balbució Lisa, que estuvo a punto de perder el equilibrio y no tuvo más remedio que agarrarse a la barra de caoba.

– He estado charlando con tus profesores, comentando tus trabajos. Y creo que tengo un trabajo para ti, si estás interesada.

– ¿Un trabajo? – repitió sin reaccionar –. ¿Para trabajar con usted?

– Desde luego – asintió con una sonrisa leve, acostumbrado a que la gente se comportara de ese modo en su presencia –. Siempre que consideres que estás preparada para asumir ese reto.

¿Preparada? Por supuesto que estaba preparada. Aquello que deseaba más fervientemente le había caído del cielo. Un trabajo al lado del gran Drake Tyrell.

—Claro que tendrías que trasladarte a Nueva York.

—Por supuesto —musitó, tras varios parpadeos.

¿Cómo no había caído en la cuenta desde un principio? Al igual que Woody Allen y otros directores, Tyrell trabajaba en Nueva York y sólo acudía a Los Ángeles si era estrictamente necesario.

No tenía la menor idea de por qué evitaba California. Quizá tuviera miedo de los terremotos, fuera alérgico a la calima o tuviera pavor de las autopistas... ¿Quién podía saberlo? Pero no tenía demasiada importancia. El hecho fundamental era que si deseaba trabajar junto a Drake Tyrell tendría que desplazarse a Nueva York.

El productor la observó en silencio, sin ejercer presión, pero tampoco le concedió unos días para pensárselo. La gente como Tyrell necesitaba acción y que los demás saltara a sus órdenes. Si quería ese trabajo, tendría que decírselo antes de que desapareciera. Cada músculo de su cuerpo la animó a aceptar esa oportunidad. Se trataba de su carrera, al fin y al cabo.

Y, por otro lado, estaba Ken.

Sus ojos se humedecieron y parpadeó varias veces para secar sus lágrimas, molesta consigo misma por ser tan emotiva. Había decidido actuar con sensatez en lo relativo a su futuro profesional, pero eso no cambiaba el hecho de que ella y Ken habían llegado a un grado muy alto de intimidad. Sabía que trasladarse a la otra punta del país le desgarraría el alma.

Pero había sudado tinta a lo largo de los años con el único objetivo de llegar a ser un peso pesado en la escena de Hollywood. Tenía que aprovechar sus oportunidades mientras estuviera a tiempo. La ocasión llamaba a su puerta. Tenía que quitar el cerrojo y abrirle paso.

Estaba segura de que Ken lo entendería. Al fin y al cabo, esa misma noche él había dado el primer paso en la consecución de su propio sueño. Y no estaban comprometidos ni nada semejante. Además, no estaba rompiendo. Tan solo se marchaba una temporada. Y regresaría tan pronto como se hubiera hecho con un nombre dentro de la industria.

La única alternativa era aceptar el trabajo. De no hacerlo, se arrepentiría el resto de su vida y eso nunca se lo perdonaría.

—¿Lisa? —al escuchar la voz de Tyrell, se sentó muy recta y ordenó sus pensamientos—. ¿Estás interesada?

Un auténtico trabajo junto a Drake Tyrell. Imponía mucho respeto, pero resultaba innegablemente tentador. Y suponía la consecución de todas sus aspiraciones de un solo plumazo. No había forma de que pudiera negarse ante algo así. Se trataba de su sueño, su vida.

Respiró hondo para calmar los nervios que la atenazaban y miró a Drake a los ojos.



<https://www.facebook.com/novelasgratis>

– Puede contar conmigo – dijo y le tendió la mano –. No lo decepcionaré.

## Capítulo Uno

### *Cinco años más tarde...*

---

Como cada día a la hora del almuerzo, no había una sola mesa libre en Oxygen. La encargada trataba de encontrar algún hueco para las almas intrépidas que se habían acercado al local sin reserva previa y que en ese momento enfrentaban a una espera de dos horas. Al menos durante la comida tenían la opción de esperar. En el horario nocturno los clientes que acudían sin reserva eran amablemente invitados a abandonar el restaurante, e incluso aquellos que tenían mesa reservada afrontaban una media hora de espera.

La dificultad para conseguir una mesa no parecía desalentar a los clientes. Muy al contrario, suponía un reto y un aliciente encontrarse entre los afortunados que cenaban habitualmente en uno de los locales más destacados de la ciudad. Y eso había sido lo que Ken había planeado desde un principio.

Aun así, las colas que se formaban eran enormes y cuando Ken comprendió el éxito que iba a tener sopesó la idea de expandir el negocio. Brant Tucker, propietario del Hotel Bellísimo, había aceptado que el local ocupara casi todo el entresuelo y Ken había llegado incluso a contratar un arquitecto.

Pero al final había decidido mantener su restaurante tal y como estaba. Más de una revista se había entusiasmado con el ambiente tan acogedor que había logrado y Ken no estaba dispuesto a correr riesgos innecesarios con el establecimiento que había impulsado su carrera con tanto éxito.

Sin embargo se había comprometido a abrir dos nuevos locales, uno al norte en Malibú y otro al sur en Marina del Rey. Ambos locales tenían mayor aforo y no tardaron en rendir mejor que la casa madre. Pero el local original tenía reservado un sitio especial en el corazón de Ken. E incluso después de que hubiera abierto cerca de una docena de nuevos locales con diferentes nombres, pasaba la mayor parte de los días y los fines de semana en Oxygen.

Había días en los que no era capaz de asumir el enorme éxito de su empresa. Cinco años atrás se había hipotecado hasta el cuello para abrir su primer local y echar a andar, pero ya había saldado cuentas con el banco. No estaba mal para un chico que había abandonado sus estudios en Blanco, Texas. Hubiera deseado que sus padres siguieran vivos para verlo, pero estaba seguro de que se sentirían muy orgullosos.

Todo su éxito se lo debía a su madre. Ella había convencido a su padre para que abrieran un restaurante especializado en barbacoas en la plaza del pueblo cuando Ken era todavía un niño. Creció en aquella cocina, ayudando a su madre siempre que podía, descalzo y molestando la mayoría de las veces. Pero fue testigo de cómo la gente del pueblo se reunía en torno al modesto local. Y para cuando fue al instituto, el local de sus padres se había convertido en el centro de reunión de todos los vecinos a cualquier hora del día.

No tardó mucho en decidir que quería seguir la estela de su madre. Un lugar de encuentro en la ciudad. Un local en el que los amigos pudieran reunirse para una buena comida, una copa, bailar un poco y pasarlo bien.

Había comenzado a estudiar Empresariales en la Universidad de Texas, trabajando en toda clase de restaurantes para poder pagarse la matrícula. Al principio había pensado abrir un sencillo restaurante en Austin. Creía que sus habitantes, algo aburridos, formarían una clientela perfecta para lo que tenía en mente.

Pero entonces un conductor borracho trastocó todos sus planes. De pronto, sus padres habían muerto. Le habían arrancado su hogar de cuajo y se sintió más perdido de lo que nunca habría imaginado. Se sentía incómodo en su propia piel. Decidió abandonar la universidad y escapó a la costa oeste. Ahogó su tremendo dolor embarcándose en un nuevo proyecto. Quería empezar de nuevo y abrir un local que fuera una réplica del establecimiento de su madre. Pero había conseguido mucho más. Se había convertido en un hombre rico y poderoso en la industria.

Tal y como era su costumbre, ese mediodía deambulaba entre las mesas saludando a sus comensales, una clientela formada en su mayor parte por abogados y agentes de Bolsa. Estaba charlando con un juez nombrado recientemente cuando reconoció a uno de sus publicistas, que le hacía señas desde la otra esquina de la sala. Ken se excusó y fue a su encuentro, cruzando entre las mesas y repartiendo saludos.

—No esperaba verte hoy por aquí, Marty. Suponía que estarías harto de mí después de que pasáramos toda la jornada de ayer en la sala de conferencias.

El hombre sonrió. El pelo canoso le otorgaba un aspecto amigable que escondía sus innatas habilidades para los negocios.

—Nunca me canso de un hombre que paga mis facturas con tanta puntualidad —y señaló a Ken el asiento libre, que aceptó la invitación—. El hecho es que Alicia ha vuelto a tentarme para que participes en su programa.

Ken sofocó un gruñido de hastío. Una vieja estrella de la información, Alicia Duncan, conducía su propio debate matinal. Aparentemente no tenía nada mejor para ocupar el tiempo en antena y había comenzado un acoso sobre Ken.

Sacudió la cabeza, molesto por regresar sobre un tema que creía zanjado del todo.

—Ya os lo dije ayer —señaló—. No estoy interesado.

—Eso es justo. Sólo quiero asegurarme que has considerado detenidamente su propuesta antes de desestimarla.

—Eso es lo que he hecho —repitió, procurando ocultar su irritación.

—¿De veras? —preguntó Marty.

—Vamos, Marty. Tú más que ningún otro tendría que conocer mi opinión acerca de la publicidad.

Marty había sido compañero de estudios de su padre y conocía a Ken desde la infancia. Marty dirigió el tenedor hacia Ken con aire amenazador.

– La promoción es una ventaja, hijo. No es como acostarse con el enemigo.

– Esa no es la cuestión. He levantado este local a mi manera y lo publicito a mi manera. Creo que, hasta ahora las cosas no me han ido mal.

Toda su publicidad giraba en torno a la comida y la mística que se había creado en torno al nombre de Oxygen. Pero había renunciado a los testimonios, las apariciones personales, los anuncios horteras dentro de su local o cualquier otra iniciativa que disminuyera el aura de misterio que había logrado crear con tanto esfuerzo.

Y puesto que todos y cada uno de los sucesivos locales que había abierto habían funcionado bien, Ken no tenía la menor intención de estropearlo todo con una campaña publicitaria. Su padre solía decir que si algo no estaba roto, no tenía sentido arreglarlo.

Marty se limitó a sacudir la cabeza y pinchó un poco de ensalada en silencio. La tendencia de Marty a desaparecer de la conversación sin previo aviso era que sacaba de sus casillas a Ken. Y esa vez estaba seguro de que lo hacía a propósito, una estrategia para darle tiempo a que sopesara nuevamente la propuesta de Alicia.

Uno de los inconvenientes de su éxito era que se había convertido en una celebridad menor y eso atraía a todas las Alicias del mundo. Pero solo porque la prensa le otorgara un tratamiento especial no era razón suficiente para que permitiera semejante sinsentido. Así que cuando Alicia había sugerido que rodaran parte de su programa en la cocina del restaurante y que su jefe de cocina, Tim Sutton, preparara una de sus creaciones culinarias delante de la cámara, Ken se había negado con rotundidad. Y no tenía intención de variar su punto de vista, por mucho que Marty o Alicia insistieran.

Marty terminó la ensalada sin decir una palabra. Esperó a que el camarero retirara su plato y solo entonces levantó la vista para mirar a Ken a los ojos.

– Adelante – dijo Ken, resignado –. Suelta lo que tengas que decir.

– Atraería una clientela más amplia.

– No tengo ninguna queja de los clientes.

– Entonces, hazlo como un favor. Por Alicia.

Ken se mesó los cabellos con incredulidad mientras intentaba adivinar el verdadero significado de aquellas palabras.

– ¿Disculpa?

Marty guardó silencio una vez más, abrió el sobre del azúcar y vació su contenido en la taza de café. El repiqueteo de la cuchara contra el fondo de la taza terminó de exasperar a Ken.

– ¡Marty!

– Bueno, hijo, sólo pienso que tendrías que pensar en la chica – indicó mientras avisaba al camarero –. Sobre todo después del modo en que rompisteis.

Ken se tragó el enfado mientras trataba de averiguar qué clase de patraña habría inventado Alicia.

—En ningún momento hemos estado juntos. Sólo hemos salido a cenar en un par de ocasiones, pero eso no implica una relación —dijo, si bien era cierto que se habían acostado—. E, incluso si así fuera, no estoy dispuesto a cambiar mi filosofía por nadie. Y menos aún por alguien como Alicia. Eso es algo que no voy a discutir.

—Si estás seguro...

Jake, el camarero, llegó hasta su mesa.

—Estoy seguro —dijo Ken.

—Sería una buena forma de celebrar el aniversario. El próximo sábado hará cinco años que inauguraste este local —recordó Marty y se volvió hacia el camarero, mientras sus palabras flotaban en el aire.

Ken sintió un pellizco en la boca del estómago. Sabía perfectamente qué día se cumplía el sábado. Cada año, esa misma fecha, tenía que enfrentarse a los demonios que lo acosaban. Cada vez que la fecha del aniversario del restaurante se acercaba, era como si se abriera una compuerta en su memoria y el impulso de la marea lo arrastrara a las profundidades de su infierno particular.

Cinco años atrás había pensado que su vida era perfecta. Iba a abrir su primer restaurante, tenía una mujer a la que adoraba y que creía que sentía eso mismo por él. Pero había sido muy inocente. Había estado en esa misma sala, con una alianza en el bolsillo, convencido de que ella deseaba una vida junto a él tanto como él lo deseaba. Dos días más tarde se había marchado a Nueva York con otro hombre. A pesar de los años, el recuerdo todavía dolía.

Había querido aguardar hasta la noche de bodas para hacer el amor, pero eso no parecía suficiente para Lisa. Muy pronto comenzó a escuchar los rumores y vio las fotos en los semanarios. Ella y Drake Tyrell eran noticia, un elemento fijo en todas las citas importantes que tenían lugar en Manhattan.

El curso de los acontecimientos lo había golpeado de refilón, pero no se consideraba un estúpido. En realidad lo que más lo molestaba era que, después de cinco años, todavía no se la había quitado de la cabeza. Si alguna vez volvía a verla, no sabría cómo reaccionar. El hecho era que, después de tanto tiempo, Lisa Neal seguía ejerciendo un poder perturbador sobre él. Se había metido en su piel y se había quedado ahí, adherida a su ser.

—Creo que no voy a tomar postre —dijo Marty—. ¿Y tú? ¿Ya has tomado una decisión sobre el programa de Alicia?

—Creo que yo también voy a pasar —se puso en pie, la expresión serena—. Y esta discusión ha llegado a término.

Se dirigió hacia la cocina en busca de un poco de paz. Necesitaba rearmarse.

Ken no era la clase de persona que sentía lástima de sí mismo, pero una semana al año no parecía tan ultrajante y se concedía ese respiro. El resto del año se concentraba en su negocio y continuaba con su vida. Pero a pesar del desfile de

mujeres que se le acercaban debido a su popularidad, en todo ese tiempo no había encontrado ninguna mujer que lo trastornara tanto como Lisa. Una parte de él confiaba en que algún día apareciera esa mujer y así pudiera olvidarla. Pero la otra parte deseaba aferrarse a su recuerdo para siempre. Pero, desgraciadamente, la memoria de lo sucedido le producía un odio que lo quemaba por dentro al recordar el modo en que Lisa lo había abandonado.

—Conozco esa mirada —dijo Tim—. Es la misma de todos los años en la semana previa al aniversario.

Los olores y los sonidos familiares de la cocina lo abordaron y le levantaron un poco el ánimo. A pesar de sí mismo, los labios de Ken se curvaron en una sonrisa.

—Creo que estoy en mi derecho.

—¿En tu derecho? ¿A qué? ¿A estar abatido?

Tim lo miró desde su posición mientras supervisaba a su segundo, la cara roja a causa del vapor que despedía la cazuela. A su espalda, los ayudantes preparaban los ingredientes y se gritaban los pedidos de los últimos clientes.

—La mujer que amaba rechazó mi proposición de matrimonio y me dijo que se marchaba a Nueva York hace cinco años —dijo Ken en un tono de voz que solo pudiera escuchar Tim—. Un año más tarde me engañó y se ligó a un pez gordo de Hollywood. Creo que tengo derecho a sentirme melancólico.

Antes de que Lisa lo abandonara, Ken había tenido muy claro qué clase de vida iba a llevar. Viviría en una casa de madera, junto a la playa, acompañada de su mujer realizadora y sus preciosos hijos. Todos los domingos por la mañana tratarían de deslumbrarse mutuamente con sorprendentes y exóticas recetas. Los fines de semana, por la tarde, irían al cine y después se sentarían en el muelle a contemplar el océano y destripar los entresijos de la película que acababan de ver mientras sus hijos jugaban con las olas. Por las noches, él y Lisa se codearían con lo más selecto de la industria del Séptimo Arte y cenarían en alguno de sus muchos restaurantes.

Nunca se le había ocurrido pensar que Lisa pudiera tener un punto de vista diferente al suyo acerca de su futuro en común.

Bien es cierto que nunca habían hablado seriamente del matrimonio, si bien su insistencia en no acostarse hasta que estuvieran casados implicaba que el tema había sido tratado en alguna ocasión. El hecho era que había deseado enterrar a Lisa bajo el peso de su propio cuerpo en más ocasiones de las que podía recordar. Ya había pasado por eso en el pasado, pero nunca con una mujer como Lisa. Había decidido que ella era especial. Había creído que ella era su media naranja. Y, aunque fuera un tópico, había querido desposarla antes de acostarse con ella.

La marcha de Lisa lo había estremecido hasta lo más hondo de su corazón. Eso lo había llevado a perder el control sobre sus actos. Había perdido el olfato para los negocios y había tomado algunas decisiones erróneas. Eso lo había retrasado varios meses en la consecución de sus proyectos. No quería volver a perder el control de esa manera.

Tim lo seguía mirando detenidamente. Su expresión, habitualmente jovial, reflejaba un rastro de aflicción.

– ¿Qué? – preguntó Ken.

– Creo que deberías pasar página y seguir con tu vida.

Ken se cruzó de brazos, se apoyó sobre la mesa de acero inoxidable que servía para los preparativos y buscó una réplica acertada. Sin embargo no se le ocurrió nada. Sabía que Tim estaba en lo cierto, pero no tenía la menor idea de cómo llevarlo a la práctica.

En más de una ocasión había maldecido el nombre de Lisa, siempre que la amargura y la frustración se apoderaban de su conciencia. Había gritado, había vociferado y blasfemado hasta la extenuación. Y, sin embargo, ella seguía allí. Era una segunda piel y formaba parte de él.

¿Cómo demonios podía pasar página?

Tim se volvió hacia Kelly, su ayudante, y añadió unas hierbas aromáticas a su guiso. Ken aspiró el aroma que desprendía la cazuela.

– Huele de maravilla – asintió, en parte para cambiar de tercio y en parte porque era así.

– Por supuesto – dijo Tim con una amplia sonrisa –. Es una receta de mi cosecha.

Ken paseó la mirada por la cocina, si bien no prestaba atención a lo que veía, y sus pensamientos regresaron a la imagen de Lisa.

– El caso es que... – murmuró Ken, consciente de que había cometido un error.

– ¿Qué?

– Nada.

Tim se dirigió hacia la despensa. Miró hacia atrás para asegurarse de que Ken caminaba detrás de él y se alejaban lo suficiente del resto del equipo de cocina.

– ¡Escúpelo! – insistió Tim.

– Es que... no lo sé. Supongo que, cada vez que pienso en ella, me pongo furioso. Pero también me preguntó en qué me equivoqué. Ya sabes, qué fue lo que hice mal.

– Vuelvo a repetir lo mismo. Tienes que olvidar el pasado.

– Ya lo sé, lo sé – Ken ignoró deliberadamente el comentario –. No se trata tan solo de ella. Me refiero a mí. No solo con respecto a Lisa, sino con relación a mi vida.

La realidad era que Lisa lo había dejado un legado de desconfianza en sí mismo y eso lo quemaba por dentro.

– No te martirices a causa de una mujer, amigo mío. Ese el camino seguro a una muerte prematura, o al menos a un episodio psicótico.

– ¿En serio? – Ken esbozó una sonrisa –. Quizá tengas razón en ese punto.

—Y ya que hablamos de encarar el futuro... la semana pasada entrevisté a la pastelera más dulce que he visto —comentó con expresión seria mientras revisaba una lista de productos—. Hay un pastelito de crema que...

—¡Déjalo ya! —lo atajó Ken con una sonrisa.

—Tan solo me preocupo por la salud emocional de mi mejor amigo —apuntó Tim—. Creo que deberías salir más.

—¿Yo? Eres tú el que no ha tenido una sola cita desde que Melinda se marchó. Yo he tenido tantas citas que podría comprar un libro de asientos para llevar la cuenta.

—En primer lugar —apuntó Tim mientras salían de la despensa y caminaban a la sala de descanso—. No estamos hablando de mí. Y en segundo lugar no has tenido citas, sino encuentros sexuales. Aventuras de una noche.

Tim se sirvió una taza de café y se sentó sobre la mesa de fórmica. Su cuerpo de antiguo jugador de la liga de fútbol americano era desproporcionadamente grande con respecto a la silla. Si no se hubiera machacado la rodilla, Tim habría tenido un futuro brillante en el deporte... y Ken se habría quedado sin un *chef* de primera.

—¿Acaso te has tomado la molestia de conocer a alguna de esas mujeres? —preguntó.

Ken movió la cabeza de lado a lado y aparentó seriedad.

—No puedo afirmar que me sienta a gusto psicoanalizado por mi jefe de cocina en la sala de descanso mientras se acumulan los pedidos.

—¿No? —Tim bebió un poco más de café—. Bueno, ya sabes que soy un perfeccionista. Y no creo que pueda volver al trabajo hasta que no me asegure de que no estás tirando tu vida por la borda.

Ken arrugó el puente de la nariz, a medio camino entre el enojo y la diversión.

—Agradezco tu sincera preocupación, pero mi vida marcha estupendamente. No estoy escondido en una oscura habitación, añorando la presencia de Lisa. La verdad es que apenas pienso en ella...

Tim resopló con fuerza.

—... excepto en esta época del año. Y sí estoy saliendo con alguien.

—No es algo serio.

—Tú tampoco estás saliendo con nadie.

—No estamos...

—Sí, lo sé. No hablamos de ti, pero quizá deberíamos —apuntó Ken.

—Tan solo ha pasado un año —dijo Tim—. Y tampoco puede decirse que disponga de mucho tiempo libre.

—¡Tocado!

Tim suspiró y tamborileó con los dedos en la mesa.



—Está bien. Tú ganas. Pero antes dime una cosa —miró a Ken a los ojos y esperó que este asintiera—. ¿Estás bien?

—Desde luego —afirmó, no del todo convencido de sus palabras—. Estoy muy bien.

Alicia Duncan odiaba el fracaso. En particular si el revés era reciente y conocido de todos. Se sentó muy erguida enfrente del espejo mientras su productor soltaba sus múltiples quejas como una letanía. Una joven con cola de caballo se afanaba a su alrededor. Se suponía que tenía que ayudarla a maquillarse, pero estaba claro que estaba espiando.

¿No era fantástico? En el momento en que Alicia saliera del camerino, aquella niña seguramente correría al teléfono y el rumor no tardaría en extenderse. Alicia se había enfrentado a su productor porque había sido incapaz de negociar un espacio publicitario en su programa con el magnate de la restauración, Ken Harper. Pero lo que le había dado que aquella derrota resultara aún más dolorosa era que ella y Ken habían salido ese verano, pero aun así se había negado a hacerle ese favor.

Cerró los ojos y presionó el dedo índice contra la sien. Ella había ganado dos premios *Emmy*, por el amor de Dios. No necesitaba toda aquella basura.

—¿Has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho?

La voz irritada de Gavin se filtró a través de sus pensamientos y Alicia levantó la vista hasta que sus ojos se encontraron con los de él en el reflejo del espejo iluminado.

—No me hace falta escuchar cada palabra, querido. Me quedó claro tu punto de vista hace veinte minutos, en el instante en que abriste la boca —la joven empolvaba la frente de Alicia y esta le dirigió una mirada furiosa—. ¡Tú, sal de aquí! ¡Ahora!

La chica dio un paso atrás, sus grandes ojos abiertos de par en par mientras se mordía el labio inferior.

—Y si dices una sola palabra de lo que has oído, te quedas sin trabajo —mostró su sonrisa más cautivadora, la misma que la había llevado a un puesto importante en la cadena—. ¿Lo has entendido?

La chica asintió y desapareció a toda prisa por la puerta. Alicia respiró hondo y giró sobre su silla para encarar a Gavin.

—No cabe duda de que tienes don de gentes —dijo Gavin con una mueca de disgusto.

—No me vengas con ironías. Estoy de mal humor y tú estás en mi lista.

Tenía cosas mejores que hacer que sentarse a escuchar a Gavin mientras se quejaba por la forma en que había llevado el asunto. Sobre todo porque la historia, el quinto aniversario de la apertura de Oxygen, carecía del más mínimo interés. Ken había rechazado de un modo radical aparecer junto a su jefe de cocina en el

programa. Apenas unas pocas bromas y una demostración culinaria. Un espacio muy ligero que habría supuesto una enorme publicidad para él.

– ¿Y por qué se ha negado?

– ¿Y cómo voy a saberlo? – replicó enfurecida y se pasó el dedo por el labio inferior para borrar un resto de carmín –. Será un idiota.

– No lo creo. Ese hombre se ha abierto camino desde la nada hasta convertirse en el empresario más importante del sur de California en el terreno de la restauración. Sospecho que es más listo que el hambre y muy inteligente.

Alicia reprimió un gruñido. No estaba interesada en analizar a Ken Harper.

– ¿Y a quién le importa? No quiere hacerlo. Fin de la historia.

– ¿En serio?

– ¿Por qué estás tan interesado en conseguir a Ken Harper para el programa? – preguntó Alicia escrutando a Gavin con la mirada.

– No lo estoy – negó con la cabeza –. Tan solo trato de conseguir una historia. Harper ha sido el rey de la cocina en estos últimos tiempos y no ha tenido rival. Sin embargo, nadie ha conseguido que concediera una entrevista en uno de sus locales. Si somos los primeros en lograrlo, ganamos crédito y sube la audiencia. Y tú ganas puntos. Lo hago pensando en lo que es mejor para ti, cielo.

– Tan solo vale la pena insistir si hay una historia que contar, Gavin. Ese hombre es tan aburrido como el agua sucia.

Era una mentira, sobre todo si se refería a su actitud en la cama. Pero en ese momento no se sentía especialmente benévola.

– O puede que no quieras regresar al escenario de tu última derrota.

Esa era otra de las razones por las que Gavin la sacaba de quicio. La conocía demasiado bien.

– No seas ridículo. Tan solo salimos un par de veces, pero lo dejé – mintió Alicia –. Créeme si te digo que Ken Harper no está a la altura.

– ¿Y qué te impide entonces conseguir esa historia? – insistió Gavin.

– No hay ninguna historia.

– ¿Estás segura?

Enojada, giró la silla nuevamente para enfrentar su rostro al espejo y vio a Gavin que miraba su reflejo. Odiaba admitirlo, pero quizá Gavin estuviera en lo cierto. A lo mejor Ken escondía algún secreto. De ser así, sería fantástico ser la reportera que destapara los trapos sucios del famoso Ken Harper.

– ¿Acaso crees que no estás preparada para situarte a su nivel?

– Lo dudo – dijo secamente mientras se decidía. Buscó la mirada de Gavin en el espejo y sonrió –. ¿Quieres que saque los trapos sucios de Harper a la luz? Bien, eso es exactamente lo que te voy a ofrecer en bandeja.

## Capítulo Dos

La oficina de Manhattan de la Productora de la Avenida F era más espartana de lo que Lisa había imaginado. Una elegante mesa de metal y cristal hacía las veces de recepción y unas cuantas sillas de aspecto bastante incómodo conformaban la sala de espera. Un tapiz de influencia oriental cubría uno de los muros, mientras que las paredes restantes estaban decoradas con rombos de espejuelos. En la parte más alejada de la habitación había una puerta de dos hojas con cristales esmerilados que separaba la recepción del despacho del jefe. En líneas generales, la estancia reflejaba mucho dinero y bastante poco gusto.

Lisa hizo una mueca. No estaba allí para criticar las artes decorativas de Winston Miller. Estaba allí para hacer una entrevista para un trabajo que necesitaba. Incluso si la decoración hubiera respondido al estilo más chillón de la década de los setenta, ella no se hubiera quejado.

Con la espalda muy recta, avanzó un poco y dejó que la puerta de entrada, sobre la que se dibujaba una «F», se balanceara levemente. Dirigió una mirada de pretendida confianza a la recepcionista y esperó a que la chica terminara de hablar por teléfono. La joven pelirroja levantó finalmente la vista hacia ella, pero para entonces la sonrisa de Lisa se había desvanecido.

—Soy Lisa Neal —dijo—. Estoy citada con el señor Miller a las cuatro.

La recepcionista, que no parecía dotada para la conversación, indicó a Lisa una de las sillas de tortura y concentró su atención en las uñas. Lisa miró su reloj. Eran las cuatro en punto.

—¿Está...?

—Llega tarde —apuntó la chica mientras sacaba una lima de uñas de un cajón—. Tome asiento, por favor.

Era fantástico. Lisa se dirigió hacia una de las sillas, la mirada fija en su propio reflejo fragmentado que le devolvía la pared de espejos. Llevaba el pelo corto, a la francesa, y le daba un aspecto profesional. Llevaba un modelo de un diseñador barato y unos zapatos que eran casi una reliquia de sus años difíciles. Aun así, el conjunto reforzaba su aire de mujer trabajadora. Al fin y al cabo no estaba tan mal.

Si ya detestaba la idea de necesitar un trabajo, todavía odiaba más aparentar que necesitaba ese trabajo. Hasta tal punto que había estado en un tris de comprarse un modelo nuevo a costa de su única tarjeta de crédito. Pero el sentido común había ganado la batalla. No había tenido un trabajo fijo en el último año y el dinero que había ganado en empleos temporales no justificaba en ningún caso la compra de un nuevo vestido. Sobre todo cuando quizá fuera a necesitar la tarjeta para comprar comida.

Sin embargo tenía mucha fe en el concepto de ir vestida para el éxito y, el día anterior, después de escuchar el mensaje de su amigo Greg en el que la informaba de que le había conseguido una entrevista con Winston Miller, Lisa había recorrido durante toda la tarde el distrito de la moda en busca de algo que al menos no la

hiciera parecer una indigente. Si había aprendido una cosa a lo largo de los años en que había trabajado en los márgenes de la industria del entretenimiento era que cuanto más se aparentaba necesitar un trabajo, menos probabilidades se tenía de conseguirlo.

Se alisó la falda y se sentó en una de aquellas espantosas sillas, sintiendo el duro metal contra la rabadilla. Sacó del bolso su agenda y trató de aparentar que tenía un horario que cumplir. Le hubiera gustado tener más datos acerca de lo que Winston necesitaba, pero Greg se había limitado a un breve mensaje. Y si bien compartían un apartamento, casi nunca coincidían en casa y ahora que Greg estaba en medio de los ensayos de una obra alternativa para el circuito periférico de Broadway, Lisa no había tenido oportunidad de hablar con él antes de su entrevista.

Dirigió la mirada hacia la recepcionista, pero esta ni siquiera miraba en su dirección. De ese modo, Lisa pasó la siguiente media hora garabateando las hojas de su agenda y haciendo anagramas con su nombre hasta que empezó a irritarse por la espera. Adoptó un tono altivo, se levantó, sostuvo la agenda bajo el brazo y se dirigió hacia la recepcionista anoréxica.

La joven parpadeó, pero no dijo una sola palabra.

—Ya ha pasado casi una hora —dijo Lisa sin perder la compostura—. Tengo otras citas a las que no puedo faltar...

—No hay problema.

—Estupendo. Gracias.

La chica apuntó con su pluma hacia el libro de citas.

—¿Qué día le vendría bien volver por aquí?

—¡Vaya! —Lisa tartamudeó un instante—. Creo que tendré que comprobar mi agenda.

La chica arqueó una ceja y aguardó. Lisa sabía perfectamente que la recepcionista no había picado el anzuelo. La cuestión era decidir si se marchaba de allí sin perder la dignidad o si se arredilaba implorando clemencia.

—¿Y bien? —preguntó la chica, golpeando el libro abierto con la punta de la estilográfica.

—De acuerdo —Lisa empezó a pasar las páginas de la agenda.

Podía concertar una nueva cita al día siguiente. De ese modo tan sólo perdería veinticuatro horas en su busca de trabajo y podría salir de allí con la cabeza alta.

—¿Qué tal mañana? —preguntó.

—Imposible —la chica recorrió la página de arriba abajo y pasó varias páginas—. Podría buscarle al hueco para el próximo martes.

Era demasiado tiempo. Había llegado la hora de recurrir a otras artes.

—Bueno, escuche...

—¡Señorita Neal!

Se volvió hacia el lugar del que provenía esa voz nasal aliviada al encontrar una salida al entuerto en el que se había metido.

—Entre, entre —Winston Miller casi saltó sobre ella le dio un fuerte apretón de manos y la hizo pasar a su despacho—. Lamento haberla tenido esperando tanto tiempo. He estado toda la mañana hablando por teléfono con Los Ángeles.

Lisa sofocó una sonrisa. Hasta donde ella sabía, Los Ángeles tenía varios millones de habitantes y dudaba que Miller hubiera hablado con todos y cada uno de ellos.

—Bueno, Greg me ha dicho que eres la persona adecuada para este trabajo —acompañó a Lisa a una silla y tomó asiento detrás de su mesa—. Deduzco que tiene bastante experiencia en este campo.

—Así es —aseveró, preguntándose qué le habría contado Greg.

Había conocido a Greg hacía casi cinco años, desde que había obtenido un pequeño papel en una producción de Drake Tyrell en la que ella había participado. Extravagante y testarudo, Greg tenía un sentido del humor un tanto perverso que le había hecho pasar algunos malos ratos en el rodaje. Habían pasado horas comiendo comida basura en los comedores y, para cuando la película había terminado, se habían hecho buenos amigos y compañeros de piso.

Tan solo Greg sabía lo desastrosa que había sido su experiencia en el terreno de la producción. Por supuesto, nunca le había comentado a su familia los malos ratos que había pasado. Había ocupado toda clase de puestos, desde supervisora de continuidad hasta directora de arte. Trabajos todos ellos que nunca había esperado ejercer y que no le habían gustado. Muy alejado de lo que había imaginado cuando había llegado a Nueva York cinco años atrás de la mano de Drake Tyrell, convencida de producir grandes películas que serían premiadas en todo el mundo. Aun así, esos empleos le servían para pagar las facturas. Menos los últimos meses en los que parecía que el trabajo se había agotado. Y ahora no sabía qué aspecto de su dilatada experiencia consideraba Greg que podría interesar a Miller.

Miller se recostó en su silla de cuero, que rechinó un poco con la presión.

—¿Qué le ha contado Greg acerca del trabajo?

—Me ha dicho que iba a producir la secuela de *La cama de terciopelo* y que necesitaba cubrir algunos puestos clave —apuntó Lisa, que sabía que la aventura erótica había sido un éxito sonado y había colocado a la productora de Miller a la cabeza del cine independiente.

—Eso es cierto en parte. Estoy preparando la secuela —tomó un documento de la mesa y pasó las páginas—. Quiero empezar la producción dentro de nueve meses.

—Vaya —Lisa procuró ocultar su confusión—. Greg pensó que a lo mejor tenía un puesto para mí. Si todavía está eligiendo a su equipo, tengo referencias en calidad de productora asociada...

—¿Se refiere a su etapa con Drake Tyrell?

—Bueno, sí.

El productor asintió, pero no dijo nada. Lisa experimentó una familiar oleada de rabia abrirse camino hacia la superficie. Nunca, ni en un millón de años, habría supuesto que el simple hecho de haberse asociado con Tyrell hubiera manchado su reputación de ese modo. Pero todo había sido por su maldita culpa. Se había comportado como una chiquilla inocente e ingenua de Idaho cuando había abandonado Los Ángeles con la cabeza llena de pájaros, segura de que su alianza con Tyrell le abriría las puertas del éxito y la fortuna.

Había creído que Drake admiraba su talento. Y cuando se hubo instalado en Manhattan, creyó sinceramente que ella le importaba. Pero a Tyrell no le importaba nadie salvo él. Y Lisa había estado demasiado ciega para verlo con claridad. Ahora tendría que vivir con aquello a costas a causa de su inmadurez, y le revolvía el estómago pensar que su carrera estuviera contaminada porque Tyrell hubiera tirado su vida por el retrete.

Todo aquello había sido un gran escándalo. Uno de los grandes estudios de Hollywood había invertido una importante suma de dinero en una de las películas de Tyrell. Todos los que se habían involucrado en la producción estaban convencidos de que sería un taquillazo. Para cuando se suponía que Tyrell debía iniciar la producción, comenzó a dilapidar el dinero por el agujero de su nariz y a pedir más dinero al estudio. Rodó algunos planos, pero eran una basura y el estudio canceló el proyecto. La productora de Tyrell entró en bancarrota. Tyrell cayó en desgracia y huyó a Londres. En la industria cinematográfica se comparó aquel fracaso al fiasco que supuso *Las puertas del cielo*, de Michael Cimino. Y, lamentablemente, Lisa había participado en calidad de productora asociada. Nunca había tenido el menor poder, puesto que Tyrell nunca delegó en ella. Pero para cuando fue consciente de la adicción a las drogas de Tyrell y comprendió que se estaba hundiendo en el fango, ella también estaba atrapada. Y ahora su reputación estaba tan podrida como la de él.

Miller seguía mirándola con esa expresión de desconfianza que tan bien conocía de otras entrevistas anteriores. Tyrell le había hecho una buena faena. Procuró atemperar su ira antes de hablar.

—He sudado tinta desde aquello, pero soy buena en mi trabajo. Después de abandonar a Tyrell, he producido y dirigido para Cornerstone.

Por supuesto, sus películas habían sido de muy bajo presupuesto, repletas de explosiones de coches, y habían entrado directamente en el mercado del vídeo. Pero al menos era algo.

—Después de la quiebra de Cornerstone conseguí un puesto en el equipo técnico de un debate nocturno en una cadena de televisión. Y durante el último año he ocupado diversos puestos dentro de la industria —añadió Lisa.

No mencionó que la habían despedido del programa de televisión por recortes presupuestarios y que los trabajos diversos del último año incluían contratos temporales como dependienta en una tienda de alquiler de vídeos. Y ahora estaba desesperada por encontrar un trabajo que le permitiera regresar a Los Ángeles y comenzar de nuevo en la costa su carrera cinematográfica.

—Estoy perfectamente cualificada para cualquier...

– Búsqueda de localizaciones – interrumpió Miller.

Lisa guiñó los ojos mientras trataba de seguir el hilo de la conversación. ¿Estaba sugiriendo que trabajara para él en la búsqueda de las localizaciones? ¿Quería que buscara escenarios para su próxima película y que lograra el acuerdo de los propietarios para ceder sus terrenos? La verdad era que nunca había hecho ese trabajo, a excepción de su trabajo de fin de carrera y un vídeo musical que un amigo había dirigido años atrás.

– No estoy segura de que pueda...

– Si me gusta tu trabajo, te contrataré en calidad de productora ejecutiva.

Lisa permaneció con la boca cerrada. Su enojo se desvaneció en el momento en que Miller la interrumpió. El productor ejecutivo estaba al cargo del día a día de una película una vez que el proyecto echaba a andar. No era un mal trabajo, aunque no era lo que más ambicionaba. Quería estar al lado de los grandes directores y guionistas, embarcarse en las películas que marcaban la historia. Quería armar el proyecto desde el principio y buscar la financiación. Encargarse de lo fundamental.

Aun así, si Miller estaba dispuesto a hacer un trato, quizá pudiera pelear por un puesto que la devolviera al escenario laboral.

– No estoy interesada en la producción ejecutiva – dijo lentamente, consciente de que su apuesta era muy arriesgada.

– Me temo que no nos estamos entendiendo – respondió Miller y arrugó la frente –. No trabajarás para mí si no aceptas en primer lugar buscar localizaciones. Y, aún así, sólo si tu trabajo es bueno.

Lisa sacudió la cabeza, incapaz de comprender por qué insistía tanto en eso.

– ¿Por qué yo?

– Greg me ha asegurado que eres la persona idónea para el puesto – dijo con indiferencia –. Es un buen actor, un buen amigo y confío en su criterio.

– Pero... yo...

Se sentó erguida y apoyó la espalda en el respaldo. ¿En qué estaría pensando Greg?

– Me ha dicho que has vivido en Los Ángeles y que conoces la ciudad como la palma de tu mano – continuó Miller.

– ¿Los Ángeles? – Lisa parecía desconcertada –. Hace años que me marché de allí.

Era triste reconocerlo, pero era verdad. Y Greg lo sabía. Estaba claro que algo se le escapaba, pero no sabía qué podía ser.

La mirada de anticipación desapareció del rostro del productor. Su expresión se volvió fría, cauta y parecía que ya no comprendiera a qué se debía la presencia de Lisa en su oficina. Lisa comprendió su error, pero era demasiado tarde. *La cama de terciopelo* se desarrollaba en los escenarios más emergentes de Manhattan y relataba el diario erótico de los protagonistas. Suponía una mezcla perfecta de ficción

narrativa en localizaciones reales. Miller no lo había expresado claramente, pero Lisa habría apostado todo su dinero a que la secuela seguiría con la misma fórmula, solo que el escenario de las fantasías sería Los Ángeles.

Y eso significaba que acababa de tirar por la borda la oportunidad de conseguir el trabajo que Greg le había buscado con tanto mimo. ¡Maldición!

– Voy a filmar la secuela en San Francisco o Los Ángeles, dependiendo de dónde consiga localizaciones más interesantes. Desde luego prefiero Los Ángeles. Greg parecía convencido de que podrías ayudarme. Pero si no conoces la ciudad...

– Pero sí la conozco. He vivido allí varios años – se apresuró a decir Lisa.

– Necesito a una persona que esté al tanto de lo que ocurre ahora – vaciló Miller.

– Yo conozco Los Ángeles – repitió –. Regreso allí continuamente.

Eso era una mentira piadosa, pero confiaba en que Miller no lo descubriera. Apaciguó su sentido de la culpabilidad porque sabía que si conseguía el trabajo no descansaría hasta conocer cada esquina de la ciudad.

El productor asintió en silencio. Sacó un puro de un humidificador que tenía sobre la mesa, cortó la punta y lo encendió sin preguntar a Lisa si la molestaba. A Lisa no le gustaba el olor de los puros, pero se guardó su opinión para sí. Después de varias caladas. Miller la apuntó con el puro en la mano.

– Voy a ser muy franco contigo – dijo.

– Se lo agradezco – replicó Lisa.

– Tengo mi oficina en Nueva York, pero conozco a mucha gente en Los Ángeles – se inclinó hacia delante –. Encontrar a una persona para este trabajo no es un problema. Pero conseguir a la persona que me facilite el acceso a los lugares que quiero... eso es otra historia.

Lisa procuró mantener la calma, mientras su cabeza funcionaba a mil por hora y trataba de adivinar qué le habría contado Greg exactamente. ¿Qué lugares en Los Ángeles suponían que ella tendría acceso?

– ¿Qué localizaciones busca exactamente? – preguntó Lisa.

– Cualquier sitio que concuerde con el tono de la película. Lugares sensuales, arriesgados, de ambiente cargado. No lo sé. Tendrá que leer el guión. Eso es trabajo suyo – volvió a gesticular con el cigarro en la mano –. A excepción de un escenario. Tengo en mente una localización para la escena central de la historia y por eso te hemos llamado.

– ¿Qué sitio es ése? – preguntó, más confundida que nunca.

– Greg me ha asegurado que puedes conseguir que el equipo entre a rodar en el restaurante Oxygen. Si puedes hacerlo, estás contratada.

– ¿Oxygen? – balbució casi sin voz mientras sentía un escalofrío –. ¿Quiere un permiso para rodar en ese restaurante?



—Puedes conseguirlo, ¿verdad? Greg me ha dicho que conoces al propietario, Kenneth Hooper.

—Se llama Harper —lo corrigió Lisa mientras la habitación se empequeñecía—. Sí, lo conozco.

—Excelente —Miller se reclinó en su butaca, satisfecho—. Entonces, ¿puedes hacerlo? ¿Aceptarás el puesto?

Lisa tragó saliva. Era consciente de que existían muy pocas probabilidades de que Ken quisiera ayudarla. Pero no le quedaba otra alternativa. Si no lo hacía, Miller la despediría y ya no podría encontrarse en peor situación. Pero si pudiera convencer a Ken para que la ayudara... Y si pudiera encontrar el resto de las localizaciones para Miller... Bueno, si jugaba bien sus cartas podría recuperarse y regresar al negocio en menos de un año.

—¿Señorita Neal? Estoy esperando una respuesta.

—Lo lamento —Lisa levantó la vista y sonrió—. Estaba pensando en posibles localizaciones para su película.

—¿Acepta el trabajo?

—Sólo con una condición —dijo Lisa con cara de póquer.

—¿De qué se trata?

—Si consigo lo que me pide —dijo mientras sentía cómo le temblaban las manos en su regazo—, quiero figurar como productora en los créditos. Ni productora ejecutiva ni asociada.

Durante un minuto eterno, Miller no dijo nada y la miró fijamente.

—Quiero recuperar mi carrera, señor Miller —dijo con la voz temblorosa.

Bajó los ojos, convencida de que el productor la echaría de su despacho de mala manera. El cuero de la butaca de Miller rechinó y Lisa lo miró. Miller estudiaba su expresión con aire enigmático.

—Tyrell destrozó a mucha gente, señorita Neal. Pero había mucha gente que estaba con él y que merecían lo que les pasó. Si le concedo lo que me pide, estoy aceptando un riesgo enorme.

—Le aseguro que yo no merecía hundirme con él. Hice todo lo que estuvo en mi mano para ayudar a Tyrell y después no saqué ninguna recompensa.

Miller apoyó el pulgar en su barbilla y curvó la comisura de sus labios en un gesto severo. Después de un instante miró a Lisa con aire lúgubre.

—¿Señorita Neal?

—¿Sí? —ahogó un grito de desesperación.

—Parece que tenemos un trato. Espero que no me decepcione.

—No puedo creer que vaya a hacerlo. Es una auténtica estupidez. No va a salir bien. ¿En qué estaría pensando para aceptar algo así? —Lisa dejó de meter la ropa en la maleta y miró fijamente a Greg—. Y, por cierto, ¿en qué estabas pensando tú?

Desconcertado, Greg se apoyó en el quicio de la puerta y abrió una lata de refresco.

—Estaba pensando que necesitabas un trabajo —y señaló la ropa acumulada de cualquier manera sobre la cama—. Llegará mejor si la doblas antes de guardarla.

Lisa no estaba de humor para lecciones domésticas. Arrugó a propósito su vestido favorito y lo tiró en la maleta.

—No voy a ser yo quien pague la factura de la lavandería —apuntó Greg.

—No me preocupa la ropa. Me preocupa este trabajo —se sentó en la cama y se dejó caer de espaldas, la mirada fija en el techo—. Esto es una pesadilla. Soy la última persona a la que Ken querría ayudar.

—Ese hombre saltará de alegría al verte. Tú has sido el amor de su vida.

Lisa se estremeció al recordar hasta qué punto lo había herido. Levantó los ojos y esbozó una débil sonrisa.

—Tengo sed —mintió—. ¿Te importa traerme un refresco?

Greg asintió. Greg era consciente de que Lisa necesitaba un poco de intimidad antes que una lata de soda, y se escabulló en dirección a la cocina.

Lisa lanzó un suspiro, rodó sobre la cama y hundió la cara en la almohada. Había cometido un gran error al unir su destino a la mala estrella de Drake Tyrell. Y había cometido un error aún mayor al abandonar Los Ángeles.

Había sido muy ingenua. Su trabajo junto a Drake Tyrell le había reportado las mayores emociones de su vida. Había visto su nombre en dos largometrajes en calidad de productora asociada... antes de que su mundo se hundiera definitivamente.

En un primer momento había olfateado el éxito y había volcado en el trabajo todas sus energías. No había reservado nada para su vida privada. Y sabía que no podría mantener una relación con un continente por medio. Con la vista puesta en la recompensa a su trabajo, se había armado de valor y le había pedido a Ken que quería un tiempo para ella sola, sin compromisos.

No había lamentado su decisión. No lo hizo entonces y tampoco lo lamentaba ahora. Pero siempre había lamentado las consecuencias de esa decisión. Había hecho mucho daño a Ken y nunca le había hecho saber lo mucho que lo sentía. Después de la ruptura, Tyrell le había asegurado que sus sacrificios valdrían la pena porque llegaría a ser un peso pesado de la industria. ¡Maldito bastardo mentiroso!

Nunca había creído en ella. Tan solo estaba interesado en llevarla a la cama y, al cabo de un año, lo había conseguido. Ken tuvo noticias de lo sucedido, desde luego. Salió publicado en todos los periódicos del país. Pese a que ya habían roto, la noticia había dolido a Ken y se odiaba por ello.

Después que el estudio se retirase de la producción y Tyrell huyera a su Inglaterra natal. Lisa se quedó sola y desamparada. Además, sus referencias no valían nada. Llevaba una letra escarlata en la frente que la señalaba en todo momento y era lo único que tenía para encontrar trabajo en películas de bajo presupuesto.

Greg regresó a la habitación y la sacó del ensimismamiento. Lisa se sentó a tiempo para ver cómo Greg alcanzaba la silla del escritorio y se sentaba a horcajadas. Cruzó los brazos sobre el respaldo y señaló con la cabeza la lata de cola que había dejado en la mesilla de noche.

— ¿Te sientes mejor?

— Eres todo un observador.

— Ya lo sé. Es un don.

— Estoy bien — tomó la lata y dio un sorbo —. No me sentiré del todo humillada hasta que no aterrice en Los Ángeles.

— Si crees que no tienes ninguna oportunidad, ¿por qué has aceptado el encargo?

— Porque soy una idiota — se incorporó y prosiguió con la maleta, doblando la ropa cuidadosamente. Después de un segundo se detuvo, suspiró y miró a Greg —. Está bien. Tú ganas. He aceptado porque es la mejor oportunidad que me ha salido en mucho tiempo.

— De nada — respondió Greg.

— Quieres que me vaya a Los Ángeles para quedarte con mi dormitorio.

— Eso es verdad.

Greg rió, pero Lisa sabía que eso era una verdad a medias. Compartían el apartamento de un dormitorio con otras dos personas, un tripulante de cabina y otro actor. Cada mes echaban a suertes el dormitorio y los perdedores compartían el salón y los tres sofá-camas. Una visión bastante realista de la realidad en la gran ciudad, muy alejada de la imagen que vendían las telecomedias en la televisión.

— ¿Seguro que estás bien?

Ella asintió al percatarse que se estaba mordiendo el labio inferior.

— Sí, solo estoy un poco nerviosa. Si encuentro las localizaciones ideales, conseguiré un puesto de producción — Lisa miró a Greg a los ojos —. Y si la película funciona, mi carrera retomará su impulso. Me juego mucho con este trabajo y, por lo poco que sé, Ken me cerrará la puerta en las narices en cuanto me vea.

— Entonces no estarás peor de lo que estás ahora — se acercó y se sentó junto a ella en la cama —. Pero estoy convencido de que harás un gran trabajo.

— Gracias — sonrió Lisa —. Te agradezco que te hayas arriesgado por mí.

— ¿Qué puedo decir? Soy un gran tipo.

— ¿Tú? — bromeó Lisa —. No lo había notado.

— ¿Ah, no? — sonrió abiertamente —. Tendrías que poner más atención.

Lisa soltó una carcajada al oír aquello, pero entonces su sonrisa se desvaneció y frunció el ceño de inmediato.

—Me asusta la reacción que pueda tener Ken. Y no lo culparía lo más mínimo si se riera de mí en la cara. Me comporté como una egoísta y una estúpida.

—Pero ahora te has reformado —señaló Greg—. Al menos, estás en proceso de rehabilitación para no cometer más estupideces.

Lisa dibujó una sonrisa, pero no estaba segura de que eso fuera cierto. Si se encontrara ante una situación similar, ¿actuaría de un modo distinto?

—Hablo en serio —continuó Greg—. No tiene nada de malo centrarte en tu carrera.

—Ya lo sé. Pero estoy segura de que piensa que lo abandoné por Tyrell, no por su oferta de trabajo —suspiró—. Me hice un flaco favor. Vine a Nueva York convencida de que regresaría a Los Ángeles como una triunfadora y mírame. Vuelvo con menos dinero en la cartera que en mi primer año de universidad.

—Dudo mucho que a Ken le importe el estado de tus finanzas —apuntó Greg.

—Pero quizá sienta cierta satisfacción al ver cómo lo he dilapidado todo.

La sonrisa de Greg era un síntoma de paciencia. Sabía perfectamente que Lisa no estaba de buen humor.

—Tal y como me has descrito a Ken, no parece el clásico tipo que va por el mundo dando clases de moralidad —dijo Greg.

—Quizá no fuera así hace cinco años —replicó ella, que no estaba dispuesta a capitular—, pero ahora está en lo más alto.

—Y además es muy atractivo —añadió Greg.

—No es tu tipo —sonrió Lisa, pero su corazón estaba triste.

—Es una lástima.

—¿Crees que acudí a Oxygen tan solo para la fiesta de inauguración? Esa noche me iba a pedir que me casara con él. Me enteré más tarde, por supuesto. Le dije que me trasladaba a Nueva York. No es un recuerdo muy agradable. Y ahora tengo que volver allí y pedirle que me permita rodar en su establecimiento. ¿Tienes idea de la cantidad de viejas heridas que voy a abrir con mi sola presencia allí?

—En ese caso renuncia al trabajo.

—Sí, muy gracioso —tomó aire, cerró la maleta de un golpe y la sacó de la cama—. Deséame suerte. Voy a pedirle un favor a mi ex.

—Buena suerte.

—Gracias —hizo una pausa en la puerta—. Creo que la voy a necesitar.

## Capítulo Tres

—Gracias por elegir el Hotel Bellísimo, señorita Neal. Disfrute de su estancia.

Presa de la extenuación, Lisa agradeció al recepcionista sus palabras mientras recibía la llave de su habitación. Todavía no terminaba de creerse que la productora se hiciera cargo de la factura y la alojase en un hotel tan lujoso. No había dormido nada la noche anterior. Ahora tenía dificultades incluso para recordar su propio nombre y, por supuesto, no recordaba qué había hecho con su equipaje. Miró a sus pies en busca del juego de maletas que su madre le había dado años atrás y la invadió una ola de pánico hasta que recordó que el botones se había encargado de sus bolsas.

Sofocó un bostezo, recorrió el amplio vestíbulo con la mirada y trató de localizar al chico que tenía sus maletas. El hotel estaba tal y como lo recordaba. Columnas de mármol pulidas, suelos de madera en un entorno brillante y reluciente en el que ningún detalle disminuía su atractivo. Todo el establecimiento desprendía el inconfundible aroma del dinero y atraía a un tipo de clientela adicta a ese particular perfume.

Exactamente la clase de ambiente que Ken había querido para su primer local. Un enclave lleno de prestigio, frecuentado por arribistas que merodeaban la cima de sus respectivas carreras. Mientras Lisa miraba a su alrededor, supo que Ken estaría muy satisfecho. Buena parte de su éxito se había debido a su olfato para elegir el lugar idóneo para sus restaurantes.

El hotel albergaba algún tipo de convención y el vestíbulo estaba repleto de hombres y mujeres en traje, identificados con una pequeña etiqueta en la solapa. Finalmente la muchedumbre se dispersó un poco y Lisa atisbo al botones junto a los ascensores. Avisó al chico con un gesto de la mano y le indicó que estaba de camino. Pero no le resultó tan fácil como había previsto. Se vio obligada a sortear las maletas de los asistentes a la convención y eso requirió de Lisa mucho más esfuerzo del que era capaz. Finalmente lo consiguió, pero llegó rendida y magullada.

Le entregó la llave al botones y se arregló un poco el pelo con las dos manos. Estaba convencida de que estaba hecha un adefesio, aunque no le importaba demasiado. Solo podía pensar en llegar a la habitación y dormir una buena siesta. Su único anhelo consistía en olvidar durante unas horas el problema que le rondaba la cabeza desde que había salido de Nueva York. ¿Cómo convencería a Ken Harper para que la ayudara en su trabajo?

El botones pulsó el botón de llamada del ascensor y Lisa se recostó sobre la pared de mármol mientras esperaban. La verdad era que persuadir a Ken no era el mayor de sus problemas. Sobre todo la asustaba su reacción cuando lo volviera a ver.

La noche que le había dicho a Ken que se marchaba había ignorado por completo que él pensaba pedirle que se casaran esa misma noche. Lo había descubierto al día siguiente cuando había vuelto al restaurante para despedirse de Tim, Chris y el resto de amigos. La expresión de Tim, por lo general alegre, había

sido fría y reservada. Lisa lo había presionado hasta que había obtenido una respuesta.

Nada más conocer los planes de Ken se había quedado helada, pero no había cambiado de opinión. Ken había querido esperar hasta que estuvieran casados para acostarse con ella, pero Lisa nunca había prometido nada. En todo caso había pecado de extrema sinceridad. El matrimonio no entraba en sus planes, ni entonces ni ahora. Cinco años atrás había estado totalmente volcada en su carrera. Toda su vida había soñado con un lugar en la industria cinematográfica y no estaba dispuesta a que una relación sentimental se interpusiera en su camino. Quizá algún día formase una familia, pero no entonces y menos ante un inminente traslado a Nueva York.

Tampoco para ella había resultado fácil la partida. Adoraba a Ken. Puede que no hubieran dormido juntos, pero sus besos, sus caricias y su cercanía siempre habían tenido un efecto devastador sobre su cuerpo. La proximidad de Ken siempre la había dejado sin resuello y le había producido unas sensaciones que no había experimentado junto a ningún otro hombre. Siempre se había comportado como un perfecto caballero, nunca la había excitado sexualmente para después echarse atrás. Y pese a las evidentes barreras que se habían establecido en su relación, la química que había existido entre ellos había sido innegable.

Había deseado acostarse con él, abandonarse a sus brazos y hacer el amor durante noches eternas, sin tregua. Pero había combatido ese sentimiento y, gracias a su esfuerzo, había logrado arrinconar la pasión en una esquina de su mente.

De un modo curioso, la trasnochada insistencia de Ken la había salvado. Su cuerpo reaccionaba de un modo explosivo ante su presencia. Si hubiera dado rienda suelta a la pasión, quizá no hubiera sido capaz de mantener firme su postura.

El timbre anunció la llegada del ascensor y eso sacó a Lisa de sus pensamientos. Refrenó un escalofrío. Ahora que había vuelto, temía que sufriese la misma reacción al verlo. Solo que él respondería a esa pasión con odio y amargura.

—Después de usted, señorita —dijo el botones.

Mantuvo la puerta abierta para ella y le indicó que entrara en la cabina, decorada con ventanas. El botones entró empujando el carro con sus maletas y, a continuación, un enjambre de asistentes a la convención obligaron a Lisa a refugiarse en el fondo de la cabina. Sintió una oleada de claustrofobia y se volvió para mirar por la ventana del ascensor hacia la cafetería del vestíbulo mientras trataba de ignorar la desagradable presión a la que se veía sometida por el grupo.

Paseó la mirada por el salón, atraída por la elegancia natural de la élite de Los Ángeles. A pesar de la hora temprana, los promotores y los agentes ya cerraban tratos y tomaban decisiones junto a una taza de café. Los productores se reunían con los directores, los agentes con sus actores y Lisa sintió el impulso de entrar en acción lo antes posible.

Emitió un leve suspiro, apoyó la frente contra el cristal y estaba a punto de cerrar los ojos cuando un movimiento familiar atrajo su atención. Parpadeó varias veces mientras rebuscaba en su memoria.

Y de pronto lo volvió a ver. Una camisa blanca almidonada, pantalones color caqui, anchas espaldas y mata de abundante pelo castaño. Se movía con la naturalidad de alguien que rebosa confianza.

El pulso de Lisa se aceleró. Incluso de espaldas conocía ese cuerpo. Reconoció el modo en que esos hombros se movían al caminar y recordó el tacto de esos muslos fuertes bajo sus dedos.

El ascensor se detuvo y la mayor parte de los asamblearios bajaron. Sabía que tenía que apartarse del cristal y darse la vuelta antes de que la descubriera. Pero no le era posible moverse. Caminaba detrás de una azafata hasta una mesa junto a una palmera en una maceta. Al llegar, sacó la silla y se sentó de frente a ella.

Desde su ángulo, por encima de él, no podía ver su rostro completo. Pero lo que alcanzó a ver hizo que su estómago se encogiera con los recuerdos, a un tiempo deliciosos y perturbadores. Lentamente, como si presintiera que lo observaban, levantó la cabeza y pareció que la miraba directamente.

Lisa gimió y dio un paso involuntario hacia atrás. Golpeó el carro del botones y estuvo a punto de perder el equilibrio.

– ¿Se encuentra bien, señorita? – preguntó el botones.

– ¿Cómo? – Lisa todavía seguía con la mirada fija en el cristal, reuniendo el valor necesario para acercarse y comprobar si seguía mirando hacia ella—. ¡Oh, sí! Estoy bien, solo un poco cansada. Ha sido un vuelo muy largo.

– Enseguida tendrá a su disposición la habitación y una buena cama.

Lisa asintió vagamente mientras asía el pasamanos, los dedos blancos a causa de la presión ejercida sobre la barra de metal. Aparentando naturalidad, se acercó al cristal y atisbo hacia la sala de la cafetería. Sus miradas se encontraron y su cuerpo resultó basado por una sensación de calidez que se extendió a lo largo de su piel, lánguida y provocativa. Mantuvo la mirada fija hasta que el ascensor subió lo suficiente para que dejara de verlo.

Soltó el aire, la respiración convulsa. No tenía la menor idea si realmente la había visto o si se había limitado a mirar en su dirección. Incluso si la hubiera visto en el ascensor, ¿la habría reconocido después de cinco años? No estaba segura.

Se mordisqueó el labio inferior, consciente al menos de una certeza innegable. Al menos por su parte, la química y la magia que había existido entre ellos en el pasado no había disminuido un ápice.

No era posible que fuera ella. Imposible.

Se había repetido eso mismo las últimas diez horas desde que había visto a la mujer en el ascensor. La mujer de esbelta figura y con la media melena rubia. La mujer que había confundido con Lisa.

No era posible que fuera ella y no valía la pena obsesionarse.

Tenía que dejar de pensar en ella y centrarse en su trabajo. Había salido del hotel a primera hora de la mañana, después del desayuno, para comprobar la marcha de sus locales en Orange County, Ventura y Palm Springs. Había regresado a Oxygen cerca de la medianoche y el local bullía con la energía propia de la madrugada. Si bien se habían terminado las cenas, el local no se había vaciado en lo más mínimo. Algunos comensales tardíos alargaban la conversación en sus mesas mientras otros clientes entraban para tomar café o disfrutar de algún postre. En el salón, un pequeño grupo de gente se había reunido en la pista de baile mientras la banda de *jazz* desgranaba las piezas más solicitadas de un repertorio basado en la música de los años cuarenta.

Ken se abrió paso desde el comedor hasta el vestíbulo, absorto en sus pensamientos. No podía sacarse de la cabeza la imagen de la mujer del ascensor. Había advertido algo especial en el modo en que lo miraba, la forma en que sostenía la mirada. Y había sido incapaz de apartar la vista de ella.

Frustrado, se sentó en la barra y se desató la corbata.

— ¿Hay algo que te ronda la cabeza, jefe? — Chris colocó un posavasos y encima un vaso de agua mineral con gas.

— Estaba pensando en los viejos tiempos.

— Eso no es una sorpresa. Estamos a punto de cumplir cinco años y eso tiene mucho mérito — apunto el camarero.

Eso era cierto, pero Ken no estaba pensando en el restaurante. Pensaba en su antigua novia. Pero no tenía intención de hacer partícipe a Chris de su propia neurosis. Levantó su copa para un brindis.

— Por otros cinco años.

— Brindaré por eso — asintió Chris.

— Pero no mientras trabajas para mí — bromeó Ken con semblante serio.

— Lo que tú digas, jefe — dijo con una sonrisa y fue a atender a un cliente.

Ken se giró sobre el taburete y supervisó el restaurante que había abierto cinco años atrás en un ejercicio de malabarismo financiero. No lo preocupaba que hubiera tenido una reacción tan visceral frente a la mujer del ascensor. Hacía cinco años que Lisa lo había abandonado. En apenas una semana celebrarían el aniversario de ambos acontecimientos, su marcha y la apertura de su local. ¿Quién no se sentiría un poco raro en un momento así? Y no lo sorprendía que estuviera viendo fantasmas en los ascensores.

Y no era más que eso, una aparición. Ken tenía que olvidar a Lisa y continuar con su vida. No estaba interesado en sumergirse nuevamente en el riesgo de las citas. Realmente creía en lo que le había dicho a Tim. Si la mujer ideal se cruzaba en su camino, fantástico. Pero no tenía intención de salir a buscarla. Si tenía en cuenta que se había visto forzado a contratar a una persona para que llevase su ropa a la lavandería e hiciera la compra, parecía obvio que no le sobraba el tiempo para buscar una cita. Quizá en el pasado hubo un tiempo en que soñaba con una vida hogareña,



pero eso había quedado atrás. Había cosechado un gran éxito profesional y tenía todo lo que pudiera desear. No necesitaba salir en busca de problemas.

Intentaba no pensar en Lisa, ni en la mujer del ascensor ni en ninguna mujer cuando el *maître* Charles le hizo una seña para que se acercara. Había una mujer junto a Charles, pero sus facciones estaban en la penumbra a causa de las columnas de la entrada. Puesto que Charles sentía cierta inclinación a valorar en su justa medida el tiempo libre de Ken, si creía que era importante que conociera a esa mujer seguramente se trataría de una celebridad, una crítica gastronómica o alguna enviada de la industria de Hollywood.

En actitud muy profesional, Ken avanzó hacia la entrada. A medida que se acercaba reconoció a la mujer, pero ya era demasiado tarde para retroceder sin parecer descortés. Se armó de valor y se dirigió hacia ellos.

Alicia Duncan se volvió al verlo aproximarse, provista de su mejor sonrisa.

— ¡Ken! — le tendió la mano con gracia —. Es un placer volver a verte.

— Alicia.

Ken tomó aire. Tal y como era su costumbre, su aspecto era tan perfecto que daba miedo. En los dos años que hacía que la conocía, Ken no recordaba un solo día en que la hubiera visto despeinada o sin su maquillaje. Ni siquiera en los momentos de mayor intimidad perdía su inmaculada presencia. Apretó la mano de Alicia en la suya y la soltó tan pronto como mandaba el protocolo.

— ¡Qué sorpresa tan agradable!

No estaba de humor para soportar la voz aguda de Alicia y rezó en silencio para que su presencia en el restaurante respondiera tan solo a su interés por la comida.

— Confiaba en encontrarte — se inclinó hacia delante y Ken pudo advertir cómo el aliento le apestaba a bourbon —. Necesito hablar contigo. Quiero pedirte un favor.

— Alicia...

— ¡Maldita sea, Kenny! — lo detuvo con la mano en alto —. Solo te pido cinco minutos. ¿No puedes concederme cinco minutos de tu precioso tiempo?

Sintió ganas de gritar al escuchar su nombre en boca de Alicia, pero asintió.

— ¡Cinco minutos!

Sin preocuparse por sus modales, agarró a Alicia por el codo y la condujo a la cocina. Se detuvo frente a ella nada más cruzar las puertas batientes. Ken daba la espalda al comedor, pero se había alejado lo suficiente para no entorpecer el paso. Tim levantó la vista, curioso pero demasiado preocupado para prestar atención. El resto del equipo de cocina estaba demasiado ocupado para siquiera notar su presencia.

— ¿De qué se trata? — preguntó sin más preámbulos.

Alicia se sobresaltó un poco e hizo un puchero con los labios.

–Kenny, estoy sorprendida. Yo tan sólo quiero hablar y tú te comportas... con tanta brusquedad.

–No estoy siendo brusco –replicó, aunque sabía que ella tenía razón–. Pero no veo que tenga sentido repetirte lo que ya te explicó Marty. No quiero participar en un programa de televisión. No es mi estilo, y tú lo sabes.

¿Acaso era fruto de su imaginación o la sonrisa de Alicia resultaba amenazante?

–Tan solo te pido que reconsideres tu decisión.

–No es nada personal, Alicia –señaló con suavidad.

Ella se acercó. Su sonrisa pasó de la frialdad a la seducción. Ken sofocó un escalofrío.

–Siempre es personal –matizó Alicia y se acercó todavía más.

–No hagas eso –tomó aire–. Mira, Alicia, ya te he dicho que las entrevistas no son mi estilo.

–Entonces hazlo por mí –susurró mientras su brazo rodeaba el cuello de Ken y lo miraba a los ojos–. Me engañaste, ¿recuerdas? ¿No crees que me lo debes?

Sintió cómo se le congelaban las facciones de inmediato. Había habido un tiempo en que se había sentido atraído por esa mujer, al menos para salir con ella. Y aborrecía que ella estuviera utilizando ahora sus armas de seducción para lograr lo que andaba buscando. Sobre todo cuando él ya se había negado.

–Alicia... –intentó alejarla, pero ella se juntó todavía más.

–Hazlo por los viejos tiempos –dijo mientras presionaba su cuerpo contra Ken.

En un momento se puso de puntillas con estudiada precisión y sus labios se juntaron con los de él. Era una mujer muy atractiva y muy apasionada en la cama. Pero Ken no sentía absolutamente nada, excepto un leve sentimiento de lástima.

Amablemente separó a Alicia, si bien una vocecita en la trastienda de su conciencia le insistía para que aceptara participar en el maldito espectáculo. Después de todo, eso no lo mataría. Y seguro que Alicia estaba en apuros si había tenido que recurrir a esas artimañas para convencerlo. Pero no quería comprometer sus principios. Ni por Alicia ni por nadie.

–Vete a casa, Alicia.

Ella se aferró a él, claramente influida por el alcohol, y Ken se las apañó para dirigirse hacia las puertas batientes. Estuvo a punto de tropezar con ella, pero finalmente logró mantenerla en pie.

Al levantar la vista estuvo a punto de dejarla caer de nuevo. Ahí, justo enfrente de él, estaba el amor de su vida. La mujer con la que había querido casarse. La mujer que lo había abandonado. La mujer que lograba que le ardiera la sangre.

La mujer que necesitaba olvidar a toda costa.

Una tenue sonrisa iluminó su preciosa boca.

—Hola, Ken — dijo Lisa —. Esperaba que pudiéramos charlar un minuto.

Lisa observó cómo un cúmulo de sensaciones se reflejaba en el rostro de Ken. Más lacónicamente de lo que habría supuesto se despidió de la mujer llamada Alicia. Entonces se volvió hacia ella, su expresión desprovista de toda emoción, y la acompañó a una mesa apartada. La leve presión de sus dedos en la espalda envió a través de su cuerpo una sensación familiar que le subió por la espina dorsal mientras avanzaban a través del restaurante casi desierto.

Oxygen había cambiado muy poco en los últimos cinco años. Todavía destilaba ese aire de tranquila elegancia para el que Ken había trabajado tanto. Dejó que su vista deambulara por el local y los últimos clientes mientras Ken la conducía a través del comedor. Si bien una parte de su ser temía el momento en que tuviera que explicar a Ken porqué necesitaba su ayuda, estaba bastante orgullosa de cómo había mantenido la compostura cuando había encontrado a esa mujer en los brazos de Ken, sus labios sellados quirúrgicamente.

Había sabido en todo momento que le resultaría duro volver a verlo cara a cara, pero nunca había supuesto que sentiría esas punzadas de celos cuando un camarero había cruzado las puertas batientes y ella había cazado el abrazo con esa mujer. Y ese ataque de celos la incomodaba mucho. Había acudido por trabajo y no para entablar una nueva relación. Ya habían pasado cinco años. Cualquier cosa que hubiera existido entre ellos ya había muerto. Podía besar a quien quisiera siempre que le diera la gana. Eso no era asunto suyo.

Pese a todo, tenía que admitir que había sentido cierta satisfacción al observar el efecto que su presencia había causado en él. Ella nunca lo había olvidado, ni en el más mínimo detalle, pero siempre había temido que él hubiera llegado a olvidarla y que no la reconociese si se volvían a ver.

Pero estaba claro que la había reconocido. Y no había podido ocultar en su mirada la mezcla de odio y deseo que había nublado su vista. Lisa lo había visto con toda claridad y había sentido una terrible punzada en el estómago al comprobar que la herida seguía muy viva en su interior.

Esa mirada ya había desaparecido. Ken la había borrado un instante antes de deshacerse de la mujer que estaba besando. Y ahora, junto a la mesa cuya vista daba a Sunset Boulevard, su mirada era de fría profesionalidad.

—Toma asiento — dijo con voz gélida.

Ofreció la silla a Lisa y se sentó justo enfrente. Los rasgos de su cara parecían todavía más severos a la luz tenue de las velas.

Lisa se mojó los labios. Sentía que tenía la boca de esparto. Observó que él seguía el movimiento, una chispa de deseo brotó en el fondo de sus ojos azules y eso relajó un poco a Lisa. Puede que no fuera tan bueno ocultando sus emociones como creía.

De pronto Ken apartó la vista y se subió un poco la manga para mirar su reloj.

—Dispongo de quince minutos antes de despedir a los últimos clientes —hizo una pausa, la miró a los ojos y esa vez su mirada solo reflejaba malestar—. ¿Qué haces aquí. Lisa?

Se estremeció ante la rudeza de su tono, pero no se amedrentó. Era natural que estuviera enfadado. Pero necesitaba su ayuda y eso implicaba que debía guardar la calma y mostrarse razonable.

—¿Lisa? —repitió mientras ella contaba hasta diez—. ¿Qué es lo que quieres?

¿Qué era lo que quería? Esa era la gran pregunta. Quería fama y fortuna, arreglar los errores del pasado y reconstruir los lazos. Pero no resultaba fácil expresar todo aquello y finalmente optó por lo más sencillo.

—Ayuda. Necesito ayuda.

—¿Mi ayuda? —arrugó la frente, se recostó en su silla y la miró con una frialdad desacostumbrada—. ¿Después de todo este tiempo te presentas aquí y me dices que necesitas mi ayuda?

Ella asintió. Los ojos le quemaban por el esfuerzo de retener las lágrimas. Una parte de su ser quería rodearlo con sus brazos y confesar cuánto sentía el daño que le había causado, haberse centrado en su carrera. Tan solo deseaba implorar su perdón.

Pero eso no era más que un sueño egoísta. Si bien era cierto que nunca había pretendido herirlo, había actuado de acuerdo a sus necesidades y sabía que volvería a hacerlo si se le presentara de nuevo la oportunidad. Tenía que levantar su carrera a toda costa. Cinco años atrás había implicado abandonarlo. Hoy significaba suplicar su ayuda.

—¿Por qué, Lisa? —preguntó embargado por la emoción—. ¿Por qué habría de ayudarte?

Lisa no pudo evitar la solitaria lágrima que dibujó su camino a lo largo de su mejilla.

—Porque una vez, hace mucho tiempo, me dijiste que me amabas.

## Capítulo Cuatro

—Es cierto que una vez te amé.

Ken se esforzó para que su voz no lo traicionase. Sabía que si era sincero consigo mismo, lo más probable era que todavía estuviera enamorado de Lisa. La amaba, la odiaba y sentía hacia ella todo el abanico de emociones intermedias.

Cada sentimiento se había sumado a un nudo que sentía en las entrañas. Apenas podía hacer nada para que no le temblara la voz, para mantener el control sobre su persona.

Estaba escrito en el Cielo que ninguna mujer lo había trastornado tanto como ella ni se le había metido en la piel con tanta saña. ¿Era pasión, lujuria,... amor? No tenía una respuesta. Lo único que sabía era que ella lo había envenenado, había emponzoñado su sangre y le había hecho perder el control.

Parecía que Lisa se había empequeñecido, debido seguramente al tono frío y neutro de su voz. Pero era la única opción válida. De lo contrario, tendrá que dar rienda suelta al tumulto de emociones que corrían por sus venas. Ya le había abierto su corazón a Lisa Neal en una ocasión. No era la clase de hombre que cometía el mismo error dos veces.

—¿Me ayudarás? —preguntó ella con voz tenue, suplicante, y Ken se vio forzado a preguntarse qué sería tan importante para que hubiera acudido a él después de tantos años.

Si fuera un hombre fuerte le habría dicho que se marchara. Habría recordado que cinco años atrás lo hubiera dado todo por ella, pero que en la actualidad no tenía el menor interés en ayudarla ni ninguna razón para hacerlo.

Pero eso no era la realidad. Y sentía curiosidad por conocer que giro del destino la había traído de vuelta a él después de tanto tiempo. Después de lo fácil que le había resultado alejarse de su lado, ¿qué la empujaba ahora a tragarse su orgullo y venir a llamar a su puerta?

Ken avisó a Chris para que les trajera una botella de vino. Se reclinó sobre el respaldo de su silla y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué quieres que haga?

Una chispa de alivio brilló en sus ojos, pero Lisa era suficientemente lista para saber que todavía no tenía el camino libre. Apretó los labios y apoyó las manos entrelazadas sobre el tablero de la mesa. Chris se deslizó hasta la mesa, dejó una botella de vino sin corcho, dos copas y desapareció entre las sombras. Lisa miró la botella mientras Ken le servía una copa y se la acercaba.

Lisa se la llevó a los labios y se bebió media copa de un solo trago. Respiró hondo antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Las cosas no salieron como yo esperaba en Nueva York —dijo.

La furia contenida hasta ese momento emergió a la superficie y Ken notó cómo la sangre se agolpaba en su cerebro y le martilleaba las sienes.

—¿Así que como las cosas no te han ido bien con Tyrell has decidido regresar corriendo a mis brazos? —le espetó sin el menor decoro.

Por un momento Lisa pareció aturdida, pero enseguida agarró el bolso.

—Lo siento —se puso en pie—. No debería haber venido. No sé en qué estaría pensando.

Durante un instante consideró la posibilidad de dejarla ir, que saliera de su vida una segunda vez y, quizá, dejara libre su corazón. Pero no podía hacerlo. Sujetó a Lisa del brazo cuando pasó por su lado.

—¡Déjame marchar!

—Lisa —susurró y le indicó la mesa con la cabeza—. Por favor, siéntate. Lo lamento.

Ella vaciló un segundo antes de recuperar su asiento. Pero no lo miró a la cara y se concentró en la copa de vino.

—Tal y como he dicho antes, mis planes en Nueva York no se cumplieron.

—Pero vi los créditos de las películas. E incluso vi algunas de las películas que hiciste con... él —apuntó, incapaz de nombrar a Drake Tyrell.

—¿Viste mis películas? —preguntó, los ojos llorosos.

El corazón de Ken se estremeció, pero aplacó las emociones porque sabía que debía mantener la cabeza fría y lucida. Ella no esperó una respuesta.

—No creo que hayas seguido mi carrera después de aquello —prosiguió.

Eso era bastante cierto. Había estado tan furioso ante el hecho de que ella y Tyrell se hubieran contenido en pareja que había dejado de prestar atención para no torturarse.

—Digamos que no fui capaz de continuar mi trabajo después de que la productora de Tyrell tocase fondo —resumió con tono neutro, aunque no pudo evitar un deje de tristeza.

Un intenso y repentino impulso de tomar su mano para reconfortarla le sobrevino, pero Ken combatió esa necesidad y guardó las distancias. Ella lo había herido y haría falta algo más que unas palabras conciliatorias para que hicieran las paces.

—¿Y qué has estado haciendo?

—Un poco de todo. Nada de lo que tenía en mente, desde luego —su boca se curvó en una sonrisa irónica—. Últimamente he tenido algunos trabajos temporales. Hasta ahora, en todo caso. Ahora tengo una nueva oportunidad.

—Y necesitas mi ayuda —apuntó Ken con severidad, muy serio.

Ella asintió con una leve inclinación de la cabeza.

—Incluso si quisiera ayudarte, no estoy metido en el mundo del cine —dijo Ken—. ¿Cómo podría ayudarte?

—Winston Miller va a rodar la secuela de *La cama de terciopelo* en Los Ángeles. Me ha encargado las localizaciones. Mi trabajo consiste en encontrar diez o doce localizaciones muy sensuales en la ciudad para el rodaje —se encogió de hombros—. No es gran cosa, pero si lo hago bien me ofrecerá un puesto en producción.

—Y eso es exactamente lo que siempre has querido hacer.

—Exactamente —Lisa entornó los ojos—. Excepto que yo quería trabajar en uno de los grandes estudios. Pero cualquier puesto de producción en estos momentos me satisface plenamente. Y me permitiría regresar a Los Ángeles, al corazón de la industria del Séptimo Arte.

—¿Y para qué me necesitas?

—El restaurante —se humedeció los labios—. Miller quiere rodar en Oxygen.

Ken se quedó de piedra. No tanto por la petición de Lisa, sino por su casi inmediata e inesperada aceptación. Nunca había permitido la entrada de un equipo de filmación en su restaurante. Y momentos antes había denegado el permiso a Alicia ante una petición casi idéntica.

—Sé que es pedir demasiado... —dijo Lisa arrastrando las palabras, mientras la huella de su dedo dibujaba un sendero en la copa de vino.

—Así es —admitió Ken, desconcertado, y se puso en pie—. Tengo que prepararme para cerrar el local. Nos veremos mañana para desayunar, a las nueve, en Hugo's.

No había querido mirarla a los ojos, pero no había podido evitarlo. Al hacerlo observó que estaban abiertos de par en par y llenos de esperanza. Una esperanza que él había dispuesto. Y le encantaba esa sensación.

—¿Me ayudarás?

—Pensaré en ello.

—Gracias.

Consciente de que era un momento muy delicado, Lisa se incorporó y lo besó con dulzura en la mejilla antes de pasar junto a él.

—No me lo agradezcas todavía —susurró, aunque ella ya se había ido.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo o de por qué lo hacía. No estaba dispuesto a estudiar sus motivaciones en ese momento.

Pero tenía una cosa clara. Sus motivaciones eran cualquier cosa menos puras.

Estaba borracho y se sentía bien. El licor había amortiguado el dolor de volver a verla. El dolor de saber que había regresado para que la ayudara, no porque quisiera volver a verla. Esa certeza le hizo mella en todo su cuerpo, sobre todo porque cada

célula de su ser la deseaba. A pesar de las oleadas de dolor y furia que lo atravesaban de parte a parte cada vez que pensaba en ella, la única realidad era que deseaba a Lisa en su cama. Siempre la había deseado.

Pero había perdido su oportunidad años atrás. Seguramente ella habría pensado de él que no era más que un pueblerino, un chico que se encontraba fuera de lugar entre los jugadores de la gran ciudad. Ella lo había apoyado en su sueño, pero nunca lo había considerado realmente uno de ellos. Nunca sería un jugador de primera tal y como ella esperaba ser algún día. Y eso significaba que, en definitiva, necesitaba a su lado a un hombre diferente. Un tipo como Tyrell que pudiera ayudarla a alcanzar sus metas. Ken podría haber sido un coqueteo divertido, pero nada permanente para una persona como Lisa.

Disgustado consigo mismo por recordar viejas heridas e inseguridades, vació de un trago su vaso y dejó que el whisky quemara su desesperación.

—Tendrías que tomártelo con calma —advirtió Tim, aunque le llenó el vaso.

El restaurante estaba cerrado y a oscuras. Pero Tim había decidido quedarse porque había sentido un cambio en la conducta normalmente predecible de su amigo.

—No tengo que conducir hasta casa —dijo Ken y bebió otro trago.

Durante años le había parecido más cómodo mudarse a una habitación del hotel. Sus sueños de formar un hogar se habían derrumbado. Y el hotel le proporcionaba algunas ventajas. Tenía servicio de habitaciones, estaba cerca del trabajo y una actividad constante que mantenía a raya la soledad. Las condiciones perfectas para su vida. Al menos eso era lo que se había dicho.

—Creo que voy a cerrar el grifo. Estás demasiado bebido —dijo Tim.

—Ésta es la segunda vez que me lo hace —dijo Ken, los dedos alrededor de su vaso, ajeno al comentario de Tim.

—¿Quién te ha hecho qué?

—Lisa. Me utiliza como un trampolín para sus propios intereses.

Tim se sirvió un bourbon y se sentó frente a Ken. La cabeza de su jefe iba a doble velocidad que la del resto de los mortales, razón por la cual siempre iba adelantado con respecto a los demás. Claro que, habitualmente, Tim no tardaba en darle caza. Esa noche, en cambio, estaba perdido.

—¿Y eso qué significa?

—Hace cinco años fui un interludio romántico mientras buscaba un amante que le diese un empujón a su emergente carrera. Ahora ha vuelto y, menuda sorpresa, se trata nuevamente de su trabajo.

Tim respiró hondo y dio un buen trago mientras buscaba las palabras idóneas. Conocía a Ken hacía siete años y a Lisa hacía seis. Había pasado incontables horas en compañía de ambos. Los había observado, riendo o bromeando, mientras pintaban el local o hacían planes de futuro. Recordaba el modo en qué ella había solicitado una



manta a su casera cuando Ken se quedaba hasta tarde trabajando y terminaba dormido detrás de la barra.

Ninguna mujer podía tomarse tantas molestias con un hombre, tratarlo con tanto cariño y tanta ternura si sus sentimientos no eran verdaderos. Lisa había querido profundamente a Ken. Pero eso no cambiaba el hecho de que lo había abandonado. Y ahora Tim no sabía qué decir, cómo aplacar el dolor. Decidió no decir nada.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—Quiere filmar dentro del restaurante.

—¡Vaya! —exclamó Tim, consciente de lo celoso que era Ken para preservar la mística que rodeaba a su local—. ¿Y qué vas a hacer?

—No estoy seguro.

Tim frunció el ceño. Había esperado un rechazo frontal. Nadie rodaba dentro del restaurante y eso incluía a las ex novias. El hecho de que Ken estuviera considerando la propuesta no solo resultaba inquietante, sino muy interesante.

Ken tomó su vaso y agitó su bebida. Los hielos golpearon las paredes de cristal y emitieron un curioso tintineo. Era cierto que el licor había nublado su mente, pero no hasta el punto de que no supiera lo que estaba haciendo.

—Estoy pensando en un pequeño ajuste de cuentas.

El plan se estaba formando en la nebulosa de su mente mientras hablaba. Era algo decadente, desde luego, pero muy atrayente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Tim—. ¿Vas a permitir que rueden aquí?

—Seguramente. Ella quiere utilizarme y puede que yo también quiera utilizarla a ella.

¡Demonios! Quizá necesitara utilizarla. Quizá fuera la única forma de dejar atrás el pasado. Con una claridad que solo había experimentado en sus acuerdos de negocios, visualizó el plan con total precisión.

Desde la marcha de Lisa había disfrutado de un puñado de mujeres, pero ninguna había cubierto el vacío que ella había dejado en su corazón. Él la había querido, desde luego. Pero eso había ocurrido en el pasado. Cualquier emoción era tan solo residual. Tenía que apartarla de su sistema genético, romper la muralla de odio que le presionaba el pecho.

Pero también la deseaba.

Lujuria y venganza formaban una combinación explosiva.

¿Una combinación suficientemente explosiva para romper con sus principios y permitirle la entrada en Oxygen?

Se llevó las manos a la cara. Recordó las interminables noches en que había soñado con hundir su cuerpo en el de ella. Entonces había refrenado ese impulso, convencido de que Lisa se convertiría en su esposa. Pero la había perdido. Ella se

había marchado y lo había dejado sin nada, excepto los recuerdos y una herida abierta en el corazón. Ahora no tenía intención de perder.

Tim lo miraba con incredulidad.

— ¿No estarás pensando en lo que creo que estás pensando?

Ken sonrió a medias, a sabiendas de que Tim no aprobaría su plan.

— No tengo capacidad para leer la mente — repuso Ken.

— Ten cuidado, amigo — Tim sacudió la cabeza.

— Yo siempre soy cuidadoso — señaló Ken y vació su copa.

— Necesitas un café. Creo que no piensas con claridad.

— Al contrario, nunca he tenido las cosas tan claras desde que empecé a pensar en el aniversario — admitió Ken y fue hacia la puerta zigzagueando levemente—. Echa el cerrojo cuando salgas.

Se dirigió hacia el ascensor, decidido a acostarse inmediatamente. Pero cuando la alarma lo despertó a la mañana siguiente, no recordaba que hubiera llegado del restaurante a la *suite* y mucho menos que se hubiera acostado. Puesto que llevaba la ropa puesta... no parecía que hubiera puesto mucho empeño en esas acciones.

Soltó un gruñido, se sentó y se llevó la mano a la sien para que no le estallaran los oídos. Los golpes eran tan fuertes que parecía que retumbase toda la habitación. Los recuerdos de la noche anterior vinieron a su cabeza de un modo disperso e indistinto. Tan solo la imagen de Lisa se fijó con fuerza en su cerebro. Era lo único real en la nebulosa de ilusiones. Lisa...y su plan.

Avanzó tambaleándose hasta el cuarto de baño, apoyó las manos en el lavabo y se miró en el espejo. Su reflejo le devolvió la mirada, severo y sin pestañear. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿La deseaba hasta el punto de utilizar el sexo como moneda de cambio? ¿Estaba dispuesto incluso a romper su regla de oro y permitir que entrase en su local un equipo de rodaje?

Respiró hondo. No sabía si era furia o lascivia, pero no importaba. La respuesta seguía siendo la misma y era afirmativa.

Ken cerró los ojos para no enfrentar los reproches de su propio reflejo. Se encomendó al Señor para que lo ayudase.

Hugo's estaba tal y como Lisa lo recordaba. Era un local muy popular en Santa Mónica Boulevard, en el corazón de West Hollywood, favorito de homosexuales y heteros, de modernos y hambrientos. Cuando Lisa había vivido en Los Ángeles, se había convertido en un local de peregrinación para los desayunos del fin de semana y se había hecho adicta a las tortitas de calabaza.

Su estómago ya rugía en anticipación cuando aparcó su coche en un hueco libre en la parte de atrás del local. Se quedó sentada un momento en su coche de alquiler mientras reunía el coraje necesario. Había llegado el momento decisivo. En una hora sabría si podía contar con la ayuda de Ken.

Pero si se negaba a prestarle su ayuda, Lisa no tenía la menor idea de lo que iba a hacer. Quizá comprara un ejemplar del *Daily Variety* y buscara algún trabajo menor en una película de bajo presupuesto. Apartó de su cabeza ese pensamiento y golpeó el volante con el puño. Enseguida miró en todas direcciones para asegurarse que nadie había visto a la enfurecida mujer del Honda azul. Necesitaba ese trabajo. La aterrorizaba la idea de fracasar una segunda vez y estaba dispuesta a hacer lo que fuera para convencer a Ken.

Tomó aire, salió del coche y avanzó con paso seguro hacia la entrada principal. Una docena de personas aguardaban de pie junto a la entrada, periódico en mano, mientras esperaban que la camarera les adjudicara una mesa libre. El interior también estaba lleno. La gente estaba tan apretada que Lisa tuvo muchas dificultades para abrirse paso hasta la encargada.

—Lo lamento —dijo la encargada tras escuchar la explicación de Lisa—, pero sólo sentamos al grupo completo. Si no ve a su amigo, significa que es usted la primera. ¿A qué nombre reservo la mesa?

—Neal —indicó Lisa.

Suspiró y se alejó de la entrada. Permaneció apoyada contra la pared. Había decidido llegar un poco tarde a su cita para no dar la impresión de excesiva impaciencia. Pero no había servido de nada, puesto que Ken todavía no había aparecido.

De pronto sintió una mano cálida sobre su hombro.

—Lisa —saludó Ken.

Una oleada de calor inundó sus huesos y tembló ligeramente. Tan solo su voz lograba que su pulso se desbocara. Pasiones largamente olvidadas emergían del volcán de su cuerpo, pero Lisa sabía que no tenía derecho a reavivar aquellos fuegos. Todo aquello pertenecía al pasado. Y nunca debía olvidarlo.

Se volvió hacia él, confiada en que su sonrisa resultase profesional y no traicionase la riada de emociones que corrían por su mente.

—No me había dado cuenta de que ya habías llegado —dijo Lisa—. Deberíamos avisar a la encargada. Hay una cola enorme.

—No te preocupes —dijo Ken con una media sonrisa traviesa.

Agarró a Lisa del brazo y la condujo hacia las mesas. Pasaron junto a la encargada, que ni siquiera se fijó en ellos.

Ken aminó el paso frente a una mesa con los restos del anterior desayuno y Lisa se clavó en el sitio.

—¿Algún problema? —preguntó Ken.

—¿Vas a sentarte en una mesa con los restos de otro desayuno?

—Los restos de nuestro desayuno —dijo y señaló la silla para que Lisa sentara.

– Nuestro... – Lisa parpadeó –. Por supuesto. El fabuloso Ken Harper no tiene que seguir las reglas. Puede conseguir una mesa antes incluso de que su cita haya llegado.

– Digamos que es cortesía profesional. Soy cliente habitual. Además, hace una hora que estoy aquí.

– ¡Una hora! – Lisa arqueó una ceja –. Estarías ansioso por volverme a ver.

– Lo estaba y lo estoy – respondió con una sonrisa y a Lisa se le encogió el estómago.

Tan pronto como se sentó, la camarera se deslizó hasta su mesa para tomar nota. Lisa estaba muerta de hambre. Pidió tortitas de calabaza y un café manchado. Esperó a que la camarera estuviera a una distancia prudencial para encarar a Ken.

– ¿Y bien? – los cubiertos sonaron contra la mesa mientras Lisa desenrollaba la servilleta y la colocaba en su regazo –. ¿Has pensado en lo que te dije?

– Sí, desde luego. He pensado en ello – Lisa sentía que la mirada de Ken la horadaba, pero pronto su mirada se suavizó y Lisa no paró de moverse bajo esa atenta mirada –. Es lo único que he hecho durante toda la noche.

Los ojos de Ken vagaron por su rostro como una caricia silenciosa. Ella apartó la vista, desconcertada ante la idea de que no solo había estado pensando en su proposición, sino también en ella. Y aún mayor desconcierto le procuraba el hecho de se sentía halagada ante esa posibilidad.

– Y, entonces, ¿qué has decidido?

Cruzó los dedos por debajo de la mesa y contuvo la respiración.

– He decidido que no era un trato justo.

Lisa combatió la urgencia de cerrar los ojos y expulsó el aire lentamente.

– ¿Un trato? No lo entiendo. Yo te pedí un favor.

– Ya sé lo que me pediste. Pero no he llegado hasta donde estoy ofreciendo favores sin recibir nada a cambio.

Pasó un brazo por detrás del respaldo de su silla y bebió un sorbo de su zumo de naranja. La luz de la mañana que entraba por las ventanas se reflejaba en su pelo castaño. Parecía perfectamente a gusto. Era una versión de Los Ángeles de un dios del Olimpo. Tan masculino, tan poderoso..., tan atractivo.

Lisa se esforzó para que sus pensamientos errantes permanecieran bajo control. ¿Qué demonios estaba ella haciendo allí? ¿Y qué la había poseído para ingresar arrastrándose a los pies de Ken Harper?

– Me refiero al *quid pro quo* – sonrió Ken, la viva imagen de un hombre satisfecho con el lugar que ocupaba en el mundo.

Ella tragó saliva.

– ¿Comprendes a qué me refiero? – preguntó Ken.

– Desde luego – replicó lentamente.

Su cabeza corría a mil por hora. Ella no tenía nada que ofrecer Winston no le había comentado el presupuesto, así que no podía hacer una oferta económica. Tan solo le había ofrecido figurar en los créditos en calidad de productora, pero si Ken no aceptaba rodar en el restaurante ese compromiso era nulo. La verdad era que ella no tenía nada y Ken lo sabía.

—Ya sabes que no me gusta la publicidad barata, así que en un principio consideré la posibilidad de negarte mi ayuda.

—¿En un principio?

—Me di cuenta de que esto es muy importante para ti —dijo con indiferencia.

—Así es —musitó ella, de pronto convencida de que Ken iba a ayudarla.

La pregunta que se hacía era cuánto iba a costarle. Ken asintió.

—Así que empecé a darle vueltas. ¿Cuál es la única cosa que siempre he deseado pero que nunca he podido disfrutar?

Su voz la envolvió igual que un reptil, lenta y peligrosa. Era la voz de un hombre que no conocía y que nunca había conocido. Lisa se mordió el labio inferior. No sabía si había cometido un error, pero no podía echarse atrás.

Ken se inclinó hacia delante. Se acercó lo suficiente para que Lisa pudiera sentir su aliento sobre la piel y el aroma a almizcle de su colonia. Se le erizó el vello de la nuca y frenó el impulso de apartar la vista.

—Me pregunté a mí mismo qué me podías ofrecer si te hacía este favor —continuó.

Reconoció la intensidad de su mirada. Era la misma de algunas noches en que había estado en un tris de romper su voto de castidad. Era una mirada que Lisa solía adorar. Ahora, en cambio, la asustaba. Dudaba si no sería mejor tomar el próximo avión y regresar a Nueva York.

—No tengo nada que ofrecerte —sacudió la cabeza—. Lo lamento, Ken, pero es la verdad.

—Claro que tienes, encanto.

Se humedeció los labios, temiendo conocer la respuesta antes de hacer la pregunta.

—¿De qué se trata, Ken? ¿Qué puedo ofrecerte?

La sonrisa de Ken casi le paralizó el corazón.

—Tú. Quieres mi restaurante y, a cambio, yo te quiero a ti.

## Capítulo Cinco

—¿A mí? —su voz se quebró y lo intentó de nuevo—. ¿Me quieres a mí?

¡Dios Santo! Era exactamente lo que había temido. Pero hasta que Ken no lo había expresado, Lisa no se lo había terminado de creer. Ahora, enfrentada a la proposición, no sabía si podía aceptar. Durante años se había dicho a sí misma que ya había superado la atracción por Ken. Pero si ella... si ellos...

Siempre se había preguntado cómo sería hacer el amor con Ken. Pero no era algo que la preocupara en la actualidad. Ahora tan solo los unían los recuerdos y el dolor que ella le había infligido en el pasado.

—¿Lisa? —preguntó Ken.

El problema era que la atracción no había desaparecido. Y eso implicaba que la proposición resultase muy llamativa. Se humedeció los labios y miró a Ken.

—¿Sexo? ¿Estamos hablando de sexo?

—Dilo un poco más alto —Ken se rió—. Creo que no lo han oído en la parte del fondo.

Lisa se sentó muy erguida y procuró no perder la dignidad.

—Tan solo quiero tener claro qué clase de trato estamos discutiendo.

La parte racional de su cerebro le decía que debía sentirse indignada, incluso enojada. Pero la furia no terminaba de aparecer. En su lugar sentía un vacío en su estómago que Lisa identificaba con la culpa. Ella lo había herido y ahora quería hacerla pagar.

Ken esbozó una media sonrisa y se inclinó hacia delante para tomarle la mano. Lisa sintió una leve descarga de adrenalina ante ese contacto. Desconcertada intentó retirar la mano, pero él la retuvo con firmeza. La miraba con una intensidad que revelaba que podía leer sus pensamientos, y eso la confundía.

Durante un buen rato permaneció así, mirándola fijamente, en silencio, la leve sonrisa destacando el hoyuelo de su mejilla izquierda. Procuró no avergonzarse mientras aguardaba una respuesta, pero no estaba dispuesta a volver a formular la pregunta. Sabía que Ken la había oído y estaba dispuesta a esperar lo necesario. Después de otro interminable minuto, Ken retiró la mano con una caricia que la hizo estremecerse. Se acercó un poco más a ella y deslizó su dedo índice sobre la mejilla de Lisa en un roce apenas perceptible.

—¿A ti qué te parece?

—Creo que estás jugando conmigo —admitió mientras intentaba rehacerse—. Y es un juego en el que puede participar más de un jugador.

Con un movimiento hábil, Lisa atrapó su mano y la presionó contra su rostro. Sintió la piel áspera, masculina, tal y como la recordaba. La sensación de estar piel contra piel provocó que su cabeza empezara a dar vueltas. Adoptó una sonrisa seductora y movió ligeramente la cabeza hasta que sus labios rozaron la mano de

Ken. Lo besó con delicadeza, ansiosa por conocer si ese roce despertaba en él los mismos recuerdos que bailaban en su cabeza.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Estamos hablando de sexo?

Lisa había bajado la voz y obtuvo su recompensa al verlo tragar saliva.

—No se trata solo de sexo. Decadencia. Un poco de vida salvaje como la que nunca llegamos a tener.

Lisa terminó la frase en su cabeza. Ella se había marchado y las palabras invisibles surcaron su mente como una invitación y una acusación.

—¿Crees que estoy en deuda contigo? —preguntó llena de dudas.

No sabía si debía sentirse ofendida o halagada. La parte de su ser que nunca lo había olvidado del todo estaba intrigada. Se trataba del hombre al que había deseado más que nada, a excepción de su carrera profesional. Aun así, utilizar el sexo como moneda de cambio entre ellos... Se mordió el labio, incapaz de tomar una decisión. Todavía no estaba convencida de lo que había escuchado.

Cinco años atrás Ken había sido un joven muy inocente. La prensa lo había encasillado como una persona ambiciosa, pero siempre tendían al sensacionalismo. Ninguna entrevista había destacado el lado dulce del chico de pueblo al que ella había amado. Su encanto texano se había mezclado con la astucia empresarial y el cóctel había resultado explosivo. Desde luego había encandilado a Lisa por completo.

Pero siempre había frenado los impulsos entre ellos. Quizá ella había actuado de un modo salvaje, atraída por las candilejas de la gran ciudad. Pero Ken nunca se había dejado llevar por las apariencias. Siempre había estado muy seguro de sí mismo, concentrado en sus objetivos. Pero nunca se había comportado de un modo impropio ni había utilizado argucias.

El hecho de que estuviera proponiendo una noche de sexo salvaje resultaba, cuanto menos, un tanto desconcertante. Claro que, si era honesta con sus propios sentimientos, tenía que admitir que la idea le resultaba muy excitante. El bueno de Ken practicando juegos sexuales. ¿Había cambiado tanto en esos años? ¿O flotaba en el aire el aroma del verdadero deseo?

Lisa no lo sabía. Quizá Ken quisiera disfrutar de ella, saborear lo que había perdido. Pero lo más probable era que actuara por venganza. Quería aprovechar la oportunidad para señalar a Lisa lo que se había perdido, para torturarla un poco en una espiral de seducción y sexo. Si hacía caso a los periódicos, Ken había disfrutado de un buen número de mujeres en ese tiempo. A los ojos de los medios, Ken era un gran amante.

—¿Lisa?

Ella se mordisqueó el labio inferior. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sin la ayuda de Ken todos sus planes se desmoronarían. Él era su última oportunidad. Y quizá estuviera en deuda con él. Al fin y al cabo, ella lo había abandonado.

La sonrisa sensual de Ken albergaba toda suerte de promesas eróticas y Lisa cerró los ojos para evitar un escalofrío. ¿A quién quería engañar? No iba a aceptar

porque estuviera en deuda con él. Sencillamente, nunca había dejado de sentirse atraída por él. Pero ella también tenía su precio. Se irguió en su silla y recordó que había acudido a Los Ángeles por trabajo y no para acostarse con Ken Harper.

—De acuerdo —asintió con un corto movimiento de la cabeza—. Pero con una condición.

—¿Y de qué condición se trata? —Ken se reclinó en la silla.

—Más ayuda, por supuesto —dijo con una sonrisa pícaro.

—De acuerdo —dijo con una sonrisa—. Acepto. ¿De qué se trata?

—El resto de las localizaciones —bajó la mirada y lo miró desde detrás sus largas pestañas—. Si eres el seductor que la prensa asegura podrás ayudarme a encontrar unos cuantos lugares adecuados para la película.

Ken no respondió nada y ella se sintió decepcionada. Hubiera querido que él negara sus acusaciones, echara por tierra los tópicos de la prensa y le asegurase que seguía siendo el mismo de siempre. Pero guardaba silencio, la barbilla apoyada sobre sus manos cerradas, y la miraba.

—Tenemos un trato —dijo al fin.

—¿Seguro?

—Por supuesto.

—¡Vaya!

—¿Estás decepcionada? —preguntó con una sonrisa—. ¿No creerías que me iba a negar, verdad?

—Bueno, yo...

Aturdida, Lisa prefirió guardar silencio. La realidad era que no estaba decepcionada en lo más mínimo y esa certeza la inquietaba.

—De hecho —continuó Ken— creo que esta sociedad puede funcionar muy bien. ¿Quién sabe? Quizá podamos cumplir mi parte del trato mientras buscamos esas localizaciones para tu película.

Ella no pudo contestar. Se limitó a asentir mientras se preguntaba dónde se había metido. La realidad era, si bien no se la revelaría a Ken ni en un millón de años, que ella había pensado exactamente lo mismo.

—¿Estás haciendo los deberes? —preguntó Tim desde la puerta.

Sorprendido, Ken levantó la vista del mapa de la ciudad que había estado estudiando.

—Algo parecido —admitió—. Esta noche voy a salir con Lisa, pero no sé adónde llevarla.



—¿Una verdadera cita? —preguntó con creciente interés—. Supongo que me equivoqué. Creía que tenías un plan maquiavélico en la cabeza.

—Sin comentarios —dijo Ken.

Su estrategia, forjada en el fuego de la venganza, seguía los pasos previstos. Pero ahora no estaba seguro de que hubiera sido una de sus ideas más brillantes. Había pasado junto a ella, esa misma mañana, poco más de dos horas. Sin embargo todavía podía sentir el perfume de su piel y, si cerraba los ojos, podía dibujar cada rasgo de su cara con una precisión quirúrgica.

—La verdad es que has despertado mi curiosidad —Tim se sentó frente a él—. ¡Escúpelo todo! ¿Qué tienes en mente?

Ken vaciló un instante, pero Tim era su mejor amigo. Nunca había tenido secretos para él y confiaba en seguir así.

—Ya te he explicado que ha venido para buscar localizaciones —Tim asintió—. Y yo me he ofrecido para ayudarla a encontrar los sitios idóneos.

—¿A cambio de enseñarle el camino hasta tu dormitorio? —preguntó Tim.

—Algo parecido.

—Has perdido la cabeza —Tim sacudió la cabeza lentamente.

—No lo creo —replicó Ken, si bien había pensado eso mismo minutos antes.

—¿No?

—Tengo todo bajo control.

—¿Y por qué estás haciendo todo esto?

Ken se levantó. No estaba seguro de que quisiera analizar sus motivos. Tenía miedo de lo que pudiera encontrar en su corazón si se acercaba demasiado. Un amasijo de emociones se apoderó de él mientras avanzaba hacia la ventana. Se quedó mirando la calle. Sus sentimientos eran demasiado salvajes y no podía controlarlos. Finalmente, se volvió hacia su amigo.

—Es algo que tengo que hacer —asintió.

—Nunca te he considerado un tipo vengativo.

Y no lo era. Pero Lisa se le había metido en la sangre. Cada vez que pensaba en ella sentía que le hervía y la presión se hacía insoportable. Necesitaba saciar ese deseo de algún modo, controlar esa ansiedad. ¿Sería tan solo sed de venganza o algo más?

Tim lo miraba con una curiosa expresión.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ken.

—Me pregunto si se trata tan solo de venganza.

—¿A qué te refieres?

– Ella es muy especial. Siempre lo has pensado. Y ahora tienes la oportunidad de demostrarle lo que se perdió. Así que quizá no hagas todo esto para atormentarla, sino con la esperanza de que se quede.

– Eso es ridículo – respondió automáticamente.

– ¿De veras? No olvides que estás hablando conmigo, viejo. Estuve durmiendo en tu casa mientras arreglaba mi apartamento. Quizá puedas engañar a otro, pero yo sé que todavía guardas el anillo de compromiso en uno de los cajones de la cómoda.

Ken se estremeció al considerar que Tim quizá estuviera en lo cierto, aunque confiaba en que no fuera así. Volvió a mirar a su amigo, pero su expresión no revelaba ningún tipo de emoción.

– No me hago ilusiones – dijo –. Estoy bien.

Pero no estaba seguro. La realidad era que Lisa había logrado colarse en su vida por segunda vez. Tenía la sospecha de que su plan original iba a volverse contra él y que al final de la jornada sería su corazón el que colgaría expuesto al sol como una pieza de caza. Apartó de su cabeza esos pensamientos. Tenía un plan y lo seguiría a rajatabla. Haría pagar a Lisa y después la apartaría para siempre de su mundo.

Convencido, retomó su sitio en la mesa y se recostó en la silla.

– ¿Piensas quedarte ahí de pie para psicoanalizarme o vas a ayudarme? – preguntó.

Por un segundo pensó que Tim iba a marcharse, pero se acomodó en la silla.

– Cuenta conmigo. ¿Qué necesitas?

– Localizaciones. Se supone que tengo que ayudarla a encontrar lugares exóticos y sensuales para su película. ¿Cómo diablos voy a encontrar sitios así en Los Ángeles?

– Amigo mío, has preguntado al hombre adecuado.

– Me alegra oírlo – sonrió –. ¿Y qué te hace un experto en este tema?

– Las revistas de moda – Ken lanzó un suave silbido –. Melinda no canceló las suscripciones antes de marcharse. He seguido recibiendo todas esas revistas.

– De acuerdo – Ken levantó las manos, aturdido –. ¿Y?

– Y decidí que podría leerlas – admitió Tim avergonzado –. A lo mejor así entendía mejor el universo femenino. Si lo consigo, quizá la próxima me dure más tiempo.

– ¿Y está funcionando? – preguntó Ken, que hacía esfuerzos para no reírse.

– No. Es imposible conocer a las mujeres. Pero esas revistas traen algunos artículos interesantes. Una de esas revistas contiene un artículo mensual acerca de lugares fabulosos en los que perder la cabeza en las grandes ciudades.

– ¿Y habla de Los Ángeles?

– El número del mes pasado – recordó Tim.

– Tiene que ser una buena señal.

– No estoy seguro – dijo Tim –. Si te sale el tiro por la culata no quiero cargar con la culpa por haberte proporcionado el itinerario de la seducción.

Lisa tenía mucho trabajo por delante, pero no podía concentrarse. Desde el desayuno había estado en vela, preguntándose qué le habría preparado Ken para su cita de esa noche. Después de su encuentro en Hugo's, había conducido un buen rato por la ciudad en busca de localizaciones exóticas, pero había terminado en Melrose Avenue, frente a las tiendas más exclusivas que jalonaban sus aceras.

No necesitaba un nuevo vestido y no se lo podía permitir. Pero se dejó arrastrar hacia una *boutique* muy iluminada en cuyo escaparate llamaba la atención un vestido rojo. Sonó una campana al empujar la puerta. Una dependienta con el pelo magenta y anillo en la nariz que mascaba chicle salió a su encuentro.

– ¿En qué puedo ayudarla?

– Solo estaba mirando – se disculpó Lisa.

Todos los artículos de la tienda eran tan llamativos como el vestido del escaparate. Considerando que no tenía dinero. Lisa se enfrentaba a una tortura.

– Tómese su tiempo. Hay más en la parte de atrás – dijo la chica y regresó a la caja para cobrar un top malva de lentejuelas a una cliente.

En cada ringla colgaba al menos un modelo peculiar que contrastaba con otro tan perfecto que Lisa lamentó en silencio su mala situación económica. Tenía los ojos puestos en un modelo de seda verde, conjunto de pantalón corto y chaqueta, cuando la vendedora regresó junto a ella.

– Ese modelo es una maravilla. Puede servir tanto para ir al trabajo como para una cita romántica el fin de semana.

– Es precioso.

– ¿Quiere que se lo lleve al probador?

– No, gracias – negó Lisa, pero su voz la traicionó –. Estoy buscando algo para una cita.

– ¡Ah! – la chica asintió –. Algo divertido y seductor. Creo que tengo lo que busca.

Lisa masculló algo entre dientes. Estaba muy enojada consigo misma. No tenía ninguna cita con Ken. Era cierto que iban a salir juntos, pero formaba parte de su trato. No había nada entre ellos. Se trataba tan solo de trabajo.

– ¿Se encuentra usted bien?

– Muy bien – asintió Lisa –. La verdad es que no se trata de una cita, sino más bien de un asunto de negocios.

– ¿Es un colega o un rival?

– ¿Disculpe? – preguntó con el ceño fruncido.

– ¿Se trata de alguien con quien trabaja o desea conseguir algo de él? – preguntó la chica mientras se alborotaba el pelo con una mano.

– Es más bien lo segundo.

– Entonces tengo el modelo idóneo – la chica sonrió abiertamente.

Se dirigió hacia el escaparate y descolgó el vestido rojo que había llamado la atención de Lisa. El vestido que ella habría elegido para una cita con Ken.

– Bueno, no estoy segura que...

– Hágame caso – la interrumpió la chica –. Con ese vestido cerrará cualquier trato.

Lisa se humedeció los labios. Era verdad que necesitaba la ayuda de Ken, pero no quería dar la sensación de que estaba demasiado impaciente para participar en los juegos de Ken, por muy excitante que le resultase la idea. Si fuera inteligente, vestiría con una suda vaquera y un suéter. Cómoda e informal.

Pero su cerebro no parecía llevar la voz cantante. Asintió y se dirigió hacia el probador.

– Supongo que no me hará ningún daño probármelo – dijo.

La chica, que se imaginaba una buena venta, acompañó a Lisa hasta el probador mientras elegía algunos complementos. Lisa la siguió dócilmente, como si siguiera al Flautista de Hamelin. Llegaron al probador y la chica ya llevaba una chaqueta de cuero con lentejuelas, unas sandalias y un bolso rojo a juego.

– Todo suyo – dijo –. Avíseme si necesita otra talla.

Lisa respiró hondo y se adentró en una tierra desconocida. Una vez dentro del probador, supo que no saldría de la tienda sin ese vestido. Y resultó una certeza cuando se lo probó. Era, sencillamente, deslumbrante. El tejido se ceñía a su piel con delicadeza. Y apenas había otra cosa que piel. En la parte superior, dos tiras cruzadas sobre el pecho se anudaban en el cuello.

El diseño acentuaba su busto. Dejaba la espalda al aire y dejaba muy poco para la imaginación. El resto del vestido era igual de provocativo. Se ceñía en la cintura y después se desplegaba en una falda de vuelo. Un simple giro desvelaría todas sus intimidades.

La chica también había acertado con su número de pie y las sandalias se ajustaban como en un sueño. Tomó aire y recorrió la cortina. Quería mirarse en el espejo de tres piezas.

– ¡Vaya! Ese vestido es toda una declaración de intenciones – silbó la chica.

– Sí que lo es – asintió Lisa y giró un poco sin revelar demasiado.

– ¿Es un hombre apuesto?

La imagen de Ken acudió a su cabeza, sus ojos azules y el mentón firme.

– Mucho más que eso – dijo Lisa –. Es muy atractivo.

La chica, que no paraba quieta un instante, aplaudió encandilada.

—Formidable. Tiene que llevárselo. Parece una estrella de cine.

Lisa se volvió a mirar en el espejo. La verdad era que ese vestido quitaba el hipo. Se sentía cómoda, atractiva, capaz de comerse el mundo y, por supuesto, de cerrar un pequeño trato.

Además quería observar la reacción de Ken cuando la viera con ese vestido.

Consciente de que su tarjeta quedaría en números rojos, asintió.

—Me lo quedo.

—Excelente. ¿Se lleva también los zapatos y el bolso?

—¿Y por qué no? Hay que aprovechar el momento.

—¿Eso significa que también quiere la cazadora? —la chica sonrió, fue hasta el probador y salió con la prenda—. Refresca bastante por las noches junto a la playa...

—Está bien —dijo Lisa—. No creo que vaya a hacerme daño.

—Confíe en mí —dijo la chica junto a la caja registradora—. Este vestido le abrirá todas las puertas y seguro que cierra su negocio.

Lisa tomó la bolsa y asintió. La chica tenía razón. Pero ¿qué trato era ese? ¿El acuerdo para que Ken la ayudara a buscar las localizaciones? ¿O el trato de Ken... para ella?

## Capítulo Seis

La oficina privada de Ken estaba en el entresuelo del Hotel Bellísimo, junto al restaurante. Había dedicado toda la tarde a estudiar las revistas de Tim. Buscaba los escenarios ideales para la película de Lisa, aptos para la seducción.

Esa noche quería dar inicio a su plan y contaba con lograr un buen efecto. A tenor de su comportamiento durante el desayuno, era seguro que Lisa esperaba que la arrastrara a su cama para una noche de pasión. Sonaba muy tentador, pero Ken confiaba en traicionar sus expectativas. Quería comenzar su acoso desde el plano romántico y avanzar lentamente hacia la seducción. Para cuando Lisa terminase en su cama, Ken confiaba en que ella lo desearía desesperadamente. Quizá hubiera ideado su plan en un momento de ira, pero eso no cambiaba la esencia. Tenía previsto disfrutar cada segundo cuando Lisa terminase en su cama.

Habían quedado en verse frente al restaurante a las siete. A las cinco levantó el campamento y guardó las revistas de Tim. El hotel albergaba esos días una convención farmacéutica y Ken se cruzó con una muchedumbre que abandonaba la sala de conferencias.

Caminó hasta el ascensor y esperó aprisionado entre los asistentes. A la llegada del ascensor se vio arrastrado hasta el fondo de la cabina por la gente. Sólo cuando consiguió girarse advirtió a Lisa junto al panel de control.

– Piso veinte, por favor – dijo Ken.

Ella levantó la mano para presionar el botón indicado. Ken observó el momento exacto en que Lisa reconoció su voz. Tensó los hombros y giró la cabeza para mirarlo.

– Hola – saludó Ken.

– Hola – replicó ella, sonrojada, y Ken se preguntó en qué estaría pensando.

Ella se volvió y Ken advirtió la bolsa que llevaba en la mano.

– ¿Has ido de compras?

Se fijó en el vestido rojo sangre y no pudo evitar pensar hasta qué punto estaría deslumbrante con ese modelo. Imaginó su cuerpo junto al suyo, sus manos sobre la espalda desnuda. Ken comprendió que se estaba excitando y sacudió la cabeza. Intentó hacerse con las riendas de esa renovada lujuria.

– Espero que sea para nuestra cita – añadió.

– No – replicó ella y escondió la bolsa, acalorada, pendiente del resto de pasajeros.

Levantó la barbilla y su tono relevó cierta indignación. Ken recordó lo adorable que resultaba Lisa cada vez que se sentía arrinconada.

El hecho de que todavía pudiera ponerla nerviosa lo emocionó de un modo profundo y masculino. Ella lo había herido en su orgullo y resultaba gratificante que al menos le había costado algo.

– Necesitaba algunas cosas – dijo Lisa.

– ¿Y eso incluía ese vestido rojo tan *sexy*? – preguntó Ken.

Sin poder evitarlo dejó que su mirada vagara por su cuerpo. La sangre enardecía su pulso al imaginar sus dedos sobre aquellas curvas. Entonces levantó la vista y descubrió en sus ojos irritación, quizá algo más. Algo muy intenso.

Antes de que pudiera analizar esa mirada, ella parpadeó, se puso recta y adoptó una expresión de indiferencia.

– ¿Por qué subes a las habitaciones?

– Voy a casa – contestó, divertido ante sus esfuerzos para cambiar de tema.

El ascensor se detuvo y los asistentes a la convención bajaron. Ken se acercó hacia ella aprovechando el espacio libre. Un aura de dolor y furia lo rodeaba cada vez que se acercaba a ella. Pero quizá debido a eso la necesidad de acariciarla se volvía más intensa. Cerró los puños con fuerza. Se había convertido en una cuestión de principios y no iba a hacerlo. Reprimiría las ganas de tocarla hasta que los dos se sintieran abrasados por el deseo. Claro que él ya se encontraba bastante cerca de ese punto. Y eso lo hacía dudar acerca de la sabiduría de su plan. Pero no iba a dar marcha atrás llegado a ese punto.

– ¿A casa?

– ¿Algún problema con eso?

Ella arrugó la frente, Ken se acercó un poco más y sintió que el aroma afrutado de su perfume lo volvía loco.

– ¿Vives aquí, en el hotel?

– Me trasladé hace algunos años – señaló, pero no especificó que se había mudado después de su partida—. Además, aquí tengo todo lo que necesito. Una cocina, un salón...

Se acercó un poco más, apoyó la mano en la pared detrás de ella y bajó la cabeza hasta que sus labios rozaron el pelo de Lisa. Confiaba en que aquello estuviera provocando en Lisa el mismo efecto que en él. Convocó cada resto de voluntad que quedaba en su cuerpo para no besarle el lóbulo de la oreja.

– ...y un dormitorio.

– Ya veo – ella reculó hasta que se vio atrapada contra la pared, rodeada por su brazo—. Y ¿por qué?

– Es más sencillo que cortar el césped – dijo con indiferencia—. Y está cerca del trabajo.

Ken habló con cierta informalidad, pero ella percibió algo extraño en su voz. Sabía que le ocultaba parte de la verdad.

El ascensor se detuvo en el piso quince y Ken agradeció esa tregua. Una mujer con un albornoz entró y pidió que pulsaran el botón de la piscina.

En vista de que tenían compañía, Ken se retiró y liberó a Lisa de su cautiverio. Ella se apresuró a pulsar el botón, aliviada al recuperar su espacio. Ken deseaba tocarla con todas sus fuerzas. Quería tomarla en sus brazos y exigirle respuestas. Deseaba poseer su cuerpo y su mente hasta que desapareciera el dolor y así recuperar su corazón. Se alejó un poco más y trató de controlar la tensión. Tim tenía razón. Estaba jugando con fuego y al final se iba a quemar.

El ascensor se detuvo en el piso dieciocho y la mujer salió. Estaban solos, sin mirarse, y el aire podía cortarse con un cuchillo. Finalmente llegaron al piso veinticuatro y las puertas se abrieron.

— Lo lamento — se disculpó Lisa —. Supongo que he olvidado marcar tu piso.

— No te preocupes. Conozco el camino.

— Bueno, yo me bajo aquí — dijo Lisa mientras se colocaba el bolso.

Al pasar junto a él, Ken la sujetó del brazo.

— ¡Lisa!

Ella se volvió hacia él, con curiosidad.

— ¿Sí?

— Ponte ese vestido.

Ella apretó los labios y su mirada recorrió lentamente el cuerpo de Ken. El análisis fue tan minucioso que Ken se tensó bajo la caricia visual de Lisa. Después de un momento, Lisa parpadeó, salió al pasillo y se volvió para mirarlo.

— Puede que lo haga — dijo sin más —. Si tú me lo pides, quizá lo haga.

— ¿Tiene alguna novedad para mí?

A pesar de que la llamada provenía de la otra punta del país, la voz de Winston sonaba nítida y clara.

— Apenas llevo en Los Ángeles treinta y seis horas.

Había estado sopesando si debía llevar el vestido cuando había sonado el teléfono. Tomó la colcha y se cubrió los hombros. No quería discutir con Winston en ropa interior.

— Se pueden hacer muchas cosas en un día. Esta mañana he conseguido dos localizaciones en San Francisco. Es una bonita ciudad. Si no me ofreces algo mejor, creo que me trasladaré allí y buscaré otro productor.

A Lisa se le encogió el estómago. No podía permitir que se llevara el rodaje a San Francisco. Necesitaba ese puesto. Vaciló un instante, tomó aire y decidió jugársela.

— La verdad es que he hecho un trato con Harper.

— ¿Está todo bien atado? ¿Has conseguido el restaurante?



– Voy a reunirme con él dentro de una hora para atar los cabos sueltos – dijo con los dedos cruzados, si bien no era mentira.

– ¿Y el resto de las localizaciones?

– Ken me va a ayudar a elegir los mejores sitios.

– Bueno, supongo que debería confiar en el criterio de Greg – gruñó el productor –. Parece que eres la persona indicada para este trabajo.

Después de colgar. Lisa respiró hondo varias veces y se preguntó si los hados del destino la castigarían por sus pequeñas mentiras. Claro que tampoco había dicho nada descabellado. Pero la realidad era que no había descrito la situación con exactitud. No le había mencionado que todavía no se había cerrado el trato y que ella era el fleco que quedaba.

Sacudió la cabeza, decidida a convertirse en Escarlata O'Hara. Ya pensaría en todo eso al día siguiente. Se deshizo de la colcha y se encaminó al espejo. Se había probado el vestido unas cinco veces. Tenía que tomar una determinación y maquillarse. No quería llegar tarde.

Hizo una mueca, se mesó el pelo y sintió que estaba descontrolada. No podía estropear esa oportunidad. Acababa de asegurarle a Winston que había cerrado el trato con Ken. Seguramente ya estaba haciendo las maletas y reservando habitación en su hotel favorito de Los Ángeles.

Se miró un buen rato en el espejo, centrada en su imagen.

– El trato no estará cerrado hasta que acepte sus condiciones – suspiró.

Al pensar en eso, cerró los ojos. Deslizó sus manos sobre sus pechos y su estómago. Imaginó que se trataba de las manos de Ken. Ella sabía que él lo deseaba. Era algo que habían reflejado sus ojos durante el desayuno y en el ascensor. Deseaba acariciarla y hacerle el amor. Pero también había detectado ira tras sus ojos azules.

Quizá la deseara, pero también quería hacerla pagar por el pasado.

Mientras se preguntaba cuál sería el precio, se mojó los labios y tomó entre sus dedos el vestido, apreciando la calidad de la tela. El modelo la hacía sentirse femenina y poderosa. Después de un momento de duda se lo puso. El contacto con su piel era tan suave como la caricia de un amante. Se miró en el espejo, consciente de que no había mucha diferencia entre llevarlo o no llevarlo.

Sabía que Ken estaba enfadado, no le cabía duda. Pero también había reconocido el deseo en su mirada cuando había salido del ascensor Y le gustaba la idea de que ella todavía despertara esos sentimientos primarios en él. No se había sentido así en mucho tiempo. Y aunque las circunstancias fueran muy especiales, era una sensación embriagadora.

Cerró los ojos, se sentó en una esquina de la cama y recordó la forma en que la había mirado. La curva en la comisura de sus labios y la pasión oscura en el fondo de sus ojos. Lanzó un suspiro y sostuvo entre sus dedos el tejido, sobre sus muslos, la piel caliente a pesar del contacto con el tejido frío. Sus pezones se endurecieron. Se

llevó las manos a los pechos y estimuló los pezones con los pulgares mientras imaginaba la boca de Ken, húmeda y cálida, sobre sus pechos.

Se tumbó en la cama, gimiendo. Sabía que tenía que parar, pero no quería. El cuerpo le ardía y la respiración era entrecortada. Desde que lo había visto su cuerpo había reaccionado, su libido se había desatado y ahora quería aliviar ese picor, lo necesitaba. Tenía que sacárselo de encima antes de volver a verlo y que pudiera hacer algo que luego lamentaría.

El vestido apenas cubría su cuerpo. Deslizó la mano debajo de la tela. Notó el pezón erguido, sensible. Apenas lo acarició con la palma de la mano. Imaginó la mano de Ken sobre la suya. Una calidez cruzó su vientre y se alojó entre sus piernas. Los besos imaginarios recorrieron su cuerpo, encontraron sus muslos y la obligaron a separar las piernas.

Estaba temblando de pies a cabeza, completamente perdida, excepto por una parte de su ser que deseaba que no estuviera pensando en él.

Hundió sus dedos entre sus muslos y empezó a tocarse. Emitió un gemido sordo que permaneció en el eco de su garganta. Arqueó la espalda y lentamente subió el vestido. Necesitaba sentir el aire fresco. Sus dedos se deslizaron hasta las braguitas, recorrieron las costuras y se adentraron en la humedad de su sexo.

No dejaba de imaginar a Ken tumbado sobre ella, los labios sobre su boca, las manos acariciando su costado. El aire fresco no consiguió rebajar la fiebre de su cuerpo. Comenzó a mover los dedos en círculos sobre el tejido humedecido, la respiración cada vez más acelerada, hasta que alcanzó el orgasmo con un gemido. Se dobló sobre sí misma como un erizo, temblando de placer, aferrada al éxtasis.

Las rodillas pegadas al pecho, abrazada a sí misma, recuperó la cordura. No podía comprender lo que acababa de suceder ni por qué lo había hecho. Por un lado se sentía mejor. Por otro, mucho peor y muy asustada. En apenas unos minutos lo volvería a ver ¿Realmente se lo había quitado de la cabeza o había aumentado el deseo? Estaba muy confundida.

Pero al menos tenía una cosa muy clara; en ningún caso iba a salir esa noche con Ken Harper vestida con ese modelo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lisa. Estaban en el Jaguar de Ken, la capota bajada, y él se giró para mirarla detenidamente. No llevaba el vestido y se había sentido decepcionado cuando la había visto en el vestíbulo del hotel, vestida con una sencilla falta vaquera hasta las rodillas y una camiseta. Aun así estaba preciosa, pero había confiado en que se pondría el vestido porque ella sabía que él lo deseaba. Pensó para sí que ella lo estaba haciendo para conseguir lo que quería. Tan solo se trataba de negocios.

¿Y acaso no siempre había sido igual? Sintió una fuerte presión en el pecho ante la inevitable y dolorosa verdad. Lisa estaba con él porque lo necesitaba para alcanzar

una meta profesional. Lo había abandonado cinco años atrás porque no le era de utilidad y ahora regresaba por la única razón de la apuesta. ¡Maldita fuera!

Reprimió las ganas de golpear el volante con el puño. Pero lo sujetaba con tanta violencia que estaba a punto de deformar el cuero. Ella estaba allí por negocios y él para exorcizar los demonios del pasado. No había romance ni amor. Ni siquiera una cita. No podía olvidar eso. Tenía que tenerlo presente antes de perder la cabeza.

—Ken, ¿me has oído? —Lisa descansaba las manos sobre su regazo—. ¿Adónde vamos?

—¿Acaso no confías en mí?

—¿No tienes trabajo esta noche? —preguntó Lisa para evitar una respuesta.

—No. Soy todo tuyo —mintió Ken.

Los domingos eran días de mucho trabajo y además, él y Tim acostumbraban a reunirse para decidir los platos especiales de la siguiente semana.

Dirigió una sonrisa tranquila a Lisa, alargó la mano y la cerró sobre las manos de Lisa.

—Además, estoy trabajando —apretó levemente sus manos, gozando de la suavidad de su piel—. Estamos buscando localizaciones, ¿no es cierto?

—Sí, así es —asintió con un estremecimiento.

—¿Tienes frío? —preguntó, convencido de que la temperatura no era el problema.

—Un poco. Es la brisa marina.

Iban hacia el sur por la autopista en dirección a Santa Mónica. La puesta de sol a sus espaldas irradiaba una luz anaranjada sobre el océano y arrancaba destellos dorados de su pelo. Era una imagen mágica, cautivadora. Ken anhelaba guardar ese instante en lo más profundo de su corazón.

Pero todo formaba parte de una ilusión. No eran amantes en medio del crepúsculo. Seguramente Lisa estuviera pensando en algo totalmente diferente, tan solo interesada en descubrir el lugar que había elegido. No creía que tardara mucho en volver a preguntar lo mismo.

—Ken...

Apenas habían transcurrido quince segundos. Ahogó una sonrisa y la miró. Llevaba el pelo suelto. Tomó un mechón que colgaba junto a su oreja y ese momento de intimidad aumentó la presión invisible sobre su pecho.

—Ya lo verás cuando lleguemos.

Lisa se movió en el asiento para mirarlo de frente. Sacó una cinta de su bolso y se ató el pelo en una coleta.

—¿Me lo dirás si intento adivinarlo?

—¿Quieres que te indique si está frío o caliente? —replicó con malicia.

—Sí, bueno... —se sentó recta de nuevo, incómoda, la mirada perdida en el campo—. ¿Vamos a detenemos en Santa Mónica o iremos más allá?

—¿Hasta dónde te gustaría llegar?

—Eres tú quién lleva la voz cantante —señaló Lisa.

—¿De veras? —apartó la vista de la carretera para mirarla—. No estaba seguro.

—Confía en mí —dijo ella mirando a Ken a los ojos—. Estoy a tu entera disposición.

—¡Qué suerte la mía! —dijo en voz baja y ella se sonrojó un poco.

—¿Vas a decirme qué me tienes preparado o es un secreto tan importante como el sitio al que me llevas? —dijo tras aclararse la garganta.

—Pensé que te gustaban las sorpresas.

—Yo también lo pensaba. Pero, en este caso, estoy un poco ansiosa.

En ese caso, Ken pensó que había logrado parte del efecto que quería conseguir.

—Solo es una cena, Lisa. Y yo no soy el Marqués de Sade —dijo con ternura—. Así que relájate y disfruta del paseo.

Lisa se preguntó cómo podría disfrutar del paseo si no sabía adónde se dirigían. Estaba completamente a su merced.

Al recordar el episodio que había tenido lugar en su habitación del hotel comprendió que estaba algo más que ansiosa. Quería controlar sus emociones al máximo, pero el hecho de que Ken la mantuviera en la duda no la ayudaba en nada.

Frunció el ceño y miró de soslayo a Ken.

—¿Ni siquiera vas a darme una pista?

Ken encendió la radio y sintonizó una emisora que ponía canciones antiguas. No dijo una palabra. Se limitó a tararear un tema clásico de The Beatles.

Lisa, presa de la frustración, se cruzó de brazos y arrugó la frente. Ken podía ser muy testarudo si se lo proponía. Sabía que no tenía sentido intentar sonsacarlo si él no quería revelar el secreto. Aun así deseó que dijera algo, lo que fuera. Ella había aceptado sus absurdas condiciones y eso implicaba que esa noche le pertenecía. Y la realidad era que estaba deseosa de cumplir su parte del trato.

La carretera giró y dejaron a un lado la compañía de la playa. Lisa observó el lugar mientras el coche serpenteaba entre las calles de Santa Mónica. Adorables chalés de estuco jalonaban las aceras, un poco apartados de la calle principal.

Lisa respiró hondo. Incluso en el interior podía saborear el aire salobre y una vez más la golpeó la evidencia de lo mucho que había añorado Los Ángeles. Siempre había asumido que viviría en uno de aquellos chalés y que cada mañana lucharía con el tráfico camino de su despacho en uno de los grandes estudios.

Años atrás había creído que Ken quería eso mismo. En aquel entonces había alquilado una casa de tres habitaciones a las afueras de Wilshire, con un naranjo en el jardín trasero. Le había encantado esa casa, aunque apenas había podido disfrutarla. Y por esa razón Lisa se había sorprendido y preocupado al conocer la noticia de que se había trasladado a una habitación del hotel.

Se preguntó si había renunciado a sus planes para abrir un nuevo local. Estuvo a punto de preguntar, pero estaba casi segura. Claro que seguro que habría salido en los periódicos. Y nunca había leído nada acerca de una cafetería.

—¿Estás bien?

Lisa asintió tras advertir que los ojos de Ken reflejaban auténtica preocupación. Quizá su acuerdo fuera sexual, pero eso no significaba que fuera personal. Había dejado de ser personal la noche que había volado rumbo a Nueva York.

—Estoy bien —afirmó con una sonrisa—. Es sólo que... siempre me ha encantado esta vecindad.

—Lo recuerdo —dijo y le acarició la nuca.

—Sí, claro —dijo Lisa, algo incómoda, y entonces otra idea le cruzó la mente—. ¿Es cosa mía o estás intentando que pierda el control?

Los dedos de Ken presionaron el cuello para relajar la tensión de los músculos.

—¿A ti qué te parece?

—Ya no sé qué pensar —dijo sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Entonces no pienses y disfruta.

—Se supone que no estoy aquí para disfrutar, sino por trabajo —indicó ella, confusa.

—No le des tantas vueltas —dijo Ken, que parecía leer su mente.

—¿Cómo lo haces?

—¿Qué?

—Sabes lo que estoy pensando en cada momento.

Los dedos mágicos de Ken rozaron su nuca, cálidos y tentadores. Sus pezones se erizaron, presionados contra el encaje de su sujetador, y ella maldijo en silencio. Trató de convencerse de que había sido una reacción a la brisa marina y no a la caricia de Ken.

—Te conozco, Lisa —apartó la mano para cambiar de marcha y ella se sintió aliviada, decepcionada también—. Siempre te he conocido.

—¿En serio? Pues yo creo que ya no te conozco —contestó ella.

El hombre que recordaba era firme y dependiente. Muy atractivo, desde luego, pero nada seductor. ¿Había cambiado? ¿Acaso había cambiado ella? ¿O estaba reaccionando frente a la situación y no frente a él?

—¿Acaso me has conocido alguna vez? —preguntó Ken.

– Claro que sí – dijo después de tragar saliva.

Pero no fue capaz de mirarlo a los ojos. Miró por la ventana para que él no advirtiera su expresión. ¿Acaso había vivido siempre tan centrada en su profesión que nunca había llegado a conocerlo realmente?

– Bueno, supongo que ahora ya no importa – acarició su mejilla con la mano –. Eso ocurrió hace mucho tiempo, ¿verdad?

– Toda una vida – acertó a decir, casi sin aire.

Deslizó el coche hasta detenerlo junto a un aparcacoches.

– ¿Tienes hambre?

– ¿Acudes a la competencia?

Esbozó una sonrisa mientras entregaba las llaves al chico de uniforme.

– Preparan una fabulosa *crème brûlée*.

– Tim te arrancará la cabeza si se entera.

– Pero tú me guardarás el secreto, ¿verdad?

Deslizó el brazo por detrás de su cintura y ella se apoyó en él inmediatamente. El brazo de Ken la sujetaba con extrema delicadeza y ella comprendió al instante la proximidad entre sus cuerpos. Por un segundo sopesó la idea de apartarse, pero llevaba mucho tiempo sin sentir cómo la rodeaba un hombre, y era placentero.

Cuando Ken había dicho que la quería a ella a cambio de ayudarla. Lisa había asumido que se trataba de sexo salvaje, apasionado. Pero estaba tratando con Ken. Era el mismo hombre dulce, tierno y cariñoso del Sur. Tendría que haber comprendido que no era la clase de hombre seductor y vengativo. Quizá podría flirtear. Pero ¿sexo salvaje? No era su estilo. En absoluto.

Y al diablo si no se sentía decepcionada.

## Capítulo Siete

Alicia tamborileó con sus dedos sobre el neceser, mientras miraba el auricular que acababa de colgar. Había conocido a Tina Strombard desde que esa jovencita estúpida había trabajado como becaria para ella cuando Alicia había presentado las noticias. Ahora que Tina era la recepcionista de Winston Miller, Tina había recurrido a los regalos para ganársela. Hasta ese momento no había conseguido gran cosa a cambio. Algunos cotilleos, noticias acerca de los últimos rodajes de Miller y basura de ese estilo sobre la que podía conversar toda la mañana en su programa.

Pero ese día había sabido algo succulento y estaba muy enojada.

Ni siquiera había pasado un día desde que Ken Harper la hubiera humillado y la hubiera echado de su local. Había dejado muy clara su postura. Nadie filmaría en su precioso restaurante. Ni siquiera haría un favor a una mujer con la que había salido en varias ocasiones. Nada que pudiera romper el encanto de su querido restaurante. Y ahora le había abierto las puertas a todo un equipo de rodaje. No se trataba tan sólo que fueran a rodar en su local durante semanas, sino que Oxygen terminaría publicitado en la pantalla grande.

¡Maldito bastardo!

Clavó las uñas en la madera al ritmo que crecía su ira. ¿Qué era lo que Tina le había dicho? Algo acerca de que habían enviado a una chica para que convenciera a Harper para que abriera las puertas de su restaurante. Tenía que haber sido increíblemente persuasiva.

Se preguntó hasta dónde habría llegado. ¿Acaso la pequeña fulana se habría abierto de piernas y habría invitado a Harper? Alicia imaginó la escena y le quemó la sangre. Ella le había ofrecido lo mismo y Ken la había rechazado sin dudarle.

¿Qué tendría aquella vagabunda que no tuviera ella? Ella tenía su propio programa en televisión, ¡por amor de Dios! Y no podía creer en ningún caso que Ken prefiriese a una cualquiera antes que a una mujer de su calibre. No era posible.

Y tampoco podía creer que ese bombón que habían enviado para las localizaciones fuera tan buena en la cama como para que Ken cambiara radicalmente de opinión. No era posible. Tenía que haber algo más.

Seguro que conocía los trapos sucios de Ken. ¿Qué podía ser? Alicia no tenía ni idea. Pero no había conseguido un *Emmy* por nada y tenía mucho instinto. Algo no estaba bien. Y seguro que era exactamente lo que Gavin necesitaba para su programa. Y Alicia tenía intención de averiguarlo.

—¿Acaso te he mentado? —preguntó Ken.

—¿Mentado? —Lisa lo miró con sorpresa, sus preciosos ojos muy abiertos.

Estaban paseando a lo largo de la Tercera Avenida, junto a los arbustos recortados en forma de gigantescos dinosaurios. Se detuvo junto a un puesto ambulante y pidió dos *cappuccinos*.

– Me refiero a la *crème brûlée*. ¿No es la mejor que has tomado en tu vida?

– Estaba bastante buena – dijo entre risas.

– Tengo que convencer al cocinero de este local para que trabaje para mí – afirmó, tras pagar al vendedor y tomar las bebidas.

– No tienes más que hacer uso de tu encanto natural y estoy segura de que el cocinero caerá rendido a tus pies.

– ¿Eso crees?

Se pararon en la esquina y ella se volvió para dirigirle una mirada picara.

– Por supuesto. ¿No es así como has llegado hasta dónde estás? ¿Tu famoso encanto personal? – se aclaró la garganta y deslizó la lengua sobre sus labios antes de apartar la mirada –. ¿No es esa la razón por la que estoy aquí?

Lamentablemente, eso no era cierto. Estaba allí porque necesitaba su ayuda. Ni más ni menos. Excepto que...

En algunos momentos su relación había fluido de un modo natural. Y él se había sentido a gusto, completo. Habían disfrutado de una cena maravillosa. Sin juegos y sin dobles sentidos. Tan solo un hombre y una mujer conversando en torno a una buena cena. Habían hablado de todo un poco, pero nada importante. Ella no había mencionado la película. Había sido casi como en los viejos tiempos.

Y ahora comprendía que Lisa estaba a punto de reventar a causa de la incertidumbre. En el marcador virtual de su cabeza anotó un tanto para el equipo de casa. Antes de terminar confiaba en ganar por goleada.

Tomó a Lisa por la cintura y se encaminaron hacia la playa.

– No estás aquí tan solo por culpa de mi arrollador encanto natural. Has venido porque me necesitas y yo he insistido en que vinieras.

– Es verdad – admitió Lisa, nada intimidada por el tono severo de su voz, y ladeó la cabeza para mirarlo a la cara –. Pero tienes que admitir que eres muy persuasivo.

– Persuasivo – repitió mientras meditaba sobre el término –. La verdad es que esperaba algo como «apuesto», «atractivo». Al menos tan ardiente como... ¿cómo se llama ese actor que trae locas a las mujeres? Ah sí, Mel Gibson ¿O ahora es Russell Crowe? En todo caso, me gusta que me consideres persuasivo.

Ken movió las manos sobre la camiseta hasta que sus dedos entraron en contacto con la piel de su espalda. Ella sintió un escalofrío. Ken la rodeó por el hombro.

– ¿Seguro que no tienes frío?

– No – bajó la vista y vio los dedos de Ken sobre su piel de gallina –. Bueno, la verdad es que sí. Está refrescando.



Ken se quitó la chaqueta y se la colocó sobre los hombros.

—Gracias.

—De nada.

Caminaron otra manzana en silencio y Ken reprimió el impulso de volver a tocarla. Al llegar al siguiente cruce abandonó sus precauciones y la tomó de la mano. En parte estaba enojado consigo mismo por vencerse al deseo tan fácilmente. Pero también se sentía como un colegial en su primer día. Era curioso, ya que los planes que tenía para Lisa distaban mucho de llevarla al baile de promoción.

Mientras caminaban. Lisa miró sus manos entrelazadas. Después levantó los ojos hacia él y en ellos anidaba una sonrisa y una pregunta.

—¿Qué pasa ahora?

—No te entiendo.

—¿Vas a decirme adonde estamos yendo?

—¿No preferirías que fuera una sorpresa?

—Ya he tenido bastantes sorpresas por hoy. Y estoy segura de que todavía me esperan unas cuantas. Creo que me gustaría conocer al menos una respuesta.

—Por ti estoy dispuesto a cualquier cosa —se soltó la mano y abrió los brazos frente a ella—. Estamos aquí.

Ella parpadeó y miró al otro lado de la calle. Después volvió a mirar a Ken. Su expresión seguía siendo muy seria.

—¿Aquí? —repitió—. ¿El muelle de Santa Mónica?

—En efecto —la invitó con un gesto de la mano—. ¿Entramos?

Ella sacudió la cabeza con una media sonrisa, pero lo agarró del brazo y cruzaron juntos la calle hacia el paseo entablado que conducía al muelle. Pasaron en silencio junto a los vendedores de rosas y de algodón de azúcar. Las olas rompían contra la orilla de la playa y la espuma brillaba a la luz de la luna. A su izquierda giraba una noria que ofrecía a los turistas una vista romántica de la ciudad.

—¿Recuerdas cuando vinimos aquí? —preguntó ella.

—Recuerdo cada detalle —dijo Ken, que no había olvidado ni un segundo de su primera cita.

—¡Oh, mira! —se giró y arrastró a Ken mientras corría hacia el edificio de cristal que quedaba a su izquierda—. ¡Qué mala suerte! El tiovivo no funciona esta noche.

—¿Habrías montado conmigo si estuviera abierto? —preguntó Ken.

—¿Por qué no?

—Subimos en nuestra primera cita —reconoció la aspereza en su voz y se maldijo por no controlar mejor sus emociones—. Creo que no sabría si volver a montar esta noche resultaría nostálgico o cruel.

—Escucha, Ken, no sé lo que piensas acerca...

Ken se volvió hacia ella y descubrió una lágrima. Sintió un momento de culpa y se preguntó si él lo había causado. Ella echó los hombros hacia atrás y eso le confirió un aire de autocontrol.

– Bueno, la verdad es que tengo alguna idea. Pero quiero que sepas que no estás del todo en lo cierto – continuó ella.

– ¿Cómo puedes decir que no estoy en lo cierto si no sabes lo que pienso?

– Soy bastante inteligente – señaló Lisa –. Y sólo quiero que sepas que nunca tuve intención de hacerte daño.

Ken abrió la boca para indicar que, pese a todo, había hecho un gran trabajo en ese sentido. Pero se contuvo antes de que sus palabras se le escaparan de la boca. No quería discutir acerca del pasado. Su intención era dejar todo eso atrás.

– Siento no habértelo dicho antes – se mojó los labios –. Pero entonces tan solo pensaba en mi trabajo. Pensé... – arrastró la palabra –. No importa.

Ken tragó saliva con esfuerzo y rebajó la tensión que atenazaba su garganta. No quería escuchar sus excusas ni sus disculpas. Tenía miedo de aceptarlas. Estaba muy cerca de tomarla entre sus brazos y decirte que todo estaba olvidado. Pero no había olvidado ni perdonado. Y haría bien en no aferrarse a una imagen ideal del pasado.

– ¿Qué fue lo que pensaste? – preguntó, consciente de su error.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo, las pestañas humedecidas por las lágrimas.

– Pensé que podríamos seguir viéndonos.

Ken ahogó una risa triste.

– ¿Incluso después de que te hubieras escapado a Nueva York con otro hombre? Resulta curioso. Ya veo que pensabas que tendríamos una estupenda relación.

– Era una gran oportunidad. Y no estaba saliendo con él. No en ese momento. Era sencillamente mi jefe.

– Aun así, estabas a miles de kilómetros de distancia.

– Hay muchas parejas que se mantienen pese a la distancia – replicó Lisa.

– Es posible. Siempre que se centren en la relación y no en su carrera profesional.

– Mi carrera es mi vida. Y tú también tienes un trabajo.

– Yo no fui el que se marchó – se detuvo en medio del pasillo para encararla –. Ésa fue la razón por la que te marchaste, ¿no es cierto?

Ella asintió.

– Y esa es la razón por la que has vuelto – añadió Ken.

Lisa apretó los labios con fuerza, pero asintió de nuevo.

– Parece que solo me quedan las migajas – dijo sin poder esconder la ira, que trató de desviar hacia el puño de su mano derecha.

– Ya te he dicho por qué he vuelto – se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja –. No te he ocultado nada. Sabes exactamente por qué estoy aquí.

– Tienes razón. Y tú sabes exactamente qué es lo que quiero.

– Eso pensaba – giró en círculo sobre sus pies –. Pero...

– ¿Qué?

– Bueno, no lo sé. Estoy confusa – ensanchó los hombros y prosiguió antes de que Ken la interrumpiese –. Supongo que me siento algo aturdida. No sé si esta es una de las localizaciones que habías pensado para la película o si es donde... bueno, donde... ya sabes a qué me refiero.

– ¿Dónde planeaba seducirte?

– Si es que planeabas seducirme – apuntó con un deje de decepción.

Eso le dio una idea aproximada de hasta qué punto se sentía intrigada por su proposición. Eso estaba bien. Quería que se sintiera así, intrigada y dispuesta para entregarse a él... cuando él estuviera listo.

Lisa tragó saliva mientras se retorció las manos.

– Este lugar es más dulce que caliente. No creo que funcione como un territorio para la seducción – dijo Lisa.

– ¿No lo crees?

Ella lo miró y a Ken le pareció advertir cierta tristeza en sus ojos.

– Vinimos aquí para nuestra primera cita, Ken. Es un lugar maravilloso, pero no me parece *sexy*. Es especial, pero muy tierno.

– Yo no estoy muy de acuerdo – se acercó hacia ella y la retuvo con la mano cuando Lisa intentó retirarse –. Me parece que no hemos explorado todas sus posibilidades.

– ¿A qué te refieres? – preguntó con recelo.

Ken peinó su pelo con los dedos y se inclinó para aspirar el aroma de su piel.

– Por ejemplo – susurró –, ¿alguna vez has hecho el amor en una noria?

Sus palabras le pusieron la piel de gallina y una ráfaga de calor bajó a lo largo de su espina dorsal igual que un río de lava.

– Pues, no. No puedo decir que lo haya hecho.

– Quizá deberíamos probarlo.

La cabeza le daba vueltas, pero no estaba pensando en Winston ni en su trabajo. Muy al contrario, estaba a punto de derretirse a causa de la caricia de sus palabras.

Lisa se llevó las manos al pelo, se volvió y avanzó hacia la esquina del muelle para mirar el profundo océano en dirección a los acantilados, agradecida por que

Ken hubiera apartado su mano y le hubiera permitido alejarse. Ese hombre no era el mismo que ella había conocido. Estaba jugando con ella. Al principio se había comportado con ternura e inocencia. Había actuado casi como un colegial. Apenas unas horas más tarde era un casanova que la seducía con su voz. Y lo estaba consiguiendo.

Cerró los ojos, molesta consigo misma. Estaba claro que estaba jugando con ella. Y tenía la impresión de que llevaba la delantera. Desde luego si su objetivo era que Lisa perdiera la cabeza, temblara de pies a cabeza e imaginara sus manos recorriendo todo su cuerpo, ya había ganado el premio gordo.

Escuchó el sonido de sus pasos y cerró los ojos en el momento en que su mano la rodeó por la cintura.

—¿Qué te parece?

—¿Qué? —preguntó Lisa con fingida sorpresa.

—Mi propuesta de la noria —Ken se agachó hasta que Lisa pudo sentir su aliento sobre el lóbulo de la oreja—. ¿Deberíamos intentarlo?

Supuso que había aceptado su proposición, porque inmediatamente se encontró en la cola de la noria, frente a un empleado que sujetaba la puerta para que subieran. Ella entró en el cubículo. De forma automática se aferró a Ken para guardar el equilibrio tan pronto como el asiento comenzó a balancearse.

Una vez sentada, Ken se sentó a su lado. Si bien Lisa habría jurado que había espacio suficiente para los dos, Ken estaba prácticamente sobre ella. Sus piernas se tocaban y el punto de contacto se convirtió de pronto en el centro del universo. Ken pasó su brazo por el respaldo del asiento mientras sus dedos jugueteaban y se cernían sobre el hombro de Lisa. Tenía la impresión de que la estaba tocando por todo su cuerpo, pero la realidad era que los únicos puntos de contacto eran el roce de sus piernas y sus dedos sobre su hombro.

Lisa tragó saliva e intentó recuperar el control sobre sus sentidos. Pero no era capaz. Estaba en máxima tensión y Ken se había convertido en el centro de su mundo.

Pegado a ella, Ken se movió un poco y su pierna entró en contacto con la de él desde la cadera hasta la rodilla. No había sido un gesto descaradamente erótico, pero Lisa nunca había sido tan consciente de una simple caricia, nunca había sentido una sintonía tan perfecta con los movimientos de su cuerpo.

En parte se debía a que hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre. Había evitado las citas desde su relación con Tyrell y se había concentrado en la lucha para reconducir su carrera. Esa era la razón de que esa noche las sensaciones... el modo en que su cuerpo hormigueaba... todo la excitaba y la seducía.

Pero era algo más que la simple caricia de un hombre. Se trataba de Ken, el hombre por el que había suspirado todos esos años.

Era cierto que no se había relacionado con nadie para dedicarse en exclusiva a su carrera. Pero si era honesta consigo misma, en parte se debía a la cereza de que

nunca encontraría a otro hombre como Ken. ¿Cómo podría? Había sido suyo... y lo había abandonado.

Y esa noche... la emoción de tenerlo tan cerca se desbocaba por sus venas. Había deseado sus caricias a cualquier precio y había aceptado sus condiciones. Pero había algo diferente. Había aceptado porque necesitaba su ayuda, pero también porque conocía a Ken. Era seguro estar a su lado. Sin embargo, el hombre que la acompañaba esa noche no era una garantía. Era peligroso. Lisa no estaba segura de que lo conociera realmente.

Esa tarde, mientras se probaba el vestido rojo, había imaginado sus manos sobre su cuerpo. Pero no había pensado realmente en su presencia. En algún momento durante los últimos cinco años, Ken se había transformado en algo más que un simple hombre. Se había convertido en un macho, tan masculino que casi podía oler la testosterona, y deseaba zambullirse en ese baño de masculinidad.

La noria crujió mientras giraban de espaldas y Lisa lo miró fijamente. Ken la rodeó con su brazo y le dio un apretón cariñoso.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien. Pero hace un montón de tiempo que no subía a una noria —la atracción dio una sacudida, ella chilló y lo miró avergonzada—. Lo siento.

Ken esbozó una sonrisa pero, para su sorpresa, no se burló de ella. Al menos, no lo hizo en voz alta. Recorrieron media vuelta hasta encontrarse en el punto más alto. El ancho mar quedaba a sus espaldas y las luces de Los Ángeles brillaban frente a ellos.

Ken apartó el brazo de detrás del respaldo y acarició a Lisa en la mejilla con el envés de la mano.

—Una vista preciosa —musitó.

—Es verdad —asintió Lisa, y se volvió hacia él, que sonreía abiertamente, para comprender que no se refería al paisaje—. ¡Oh, gracias! No estaba segura de que quisieras decirme un piropo, teniendo en cuenta la situación.

—No es un piropo. Solo estoy confirmando un hecho. Independientemente de lo que ocurriera entre nosotros hace cinco años, eres una mujer preciosa.

Lisa se volvió por completo, fingiendo que quería deleitarse con la vista, pero en realidad quería ocultar a los ojos de Ken que estaba a punto de llorar. Había deseado unas palabras cariñosas, pero solo había recibido un piropo ambiguo mezclado con cierta sorna.

No tendría que concederle mayor importancia. Si llegaba a hacer las paces con Ken sería estupendo Pero esa no era su prioridad, no era la razón por la que había acudido a esa cita. Tenía que sobreponerse a sus cambios de humor y centrarse en su objetivo profesional. No tenía ninguna excusa para fallar, ni siquiera el síndrome premenstrual. Y eso hacía aún más frustrante el hecho de que Ken le hiciera hervir la sangre con su simple presencia física.

Se sentó muy recta, decidida a recuperar algo del terreno perdido. Respiró hondo y se secó las manos contra la falda vaquera.

– Todavía no has respondido a mi pregunta, ¿sabes?

– ¿De veras? Eso es una grosería por mi parte – replicó con evidente burla –. ¿Qué pregunta es ésta?

– Acerca del muelle. ¿Por qué estamos aquí?

– Sí, es cierto – sonrió y ella se quedó anonadada con su hoyuelo –. Estábamos discutiendo si este lugar sería una buena localización para la película de Winston.

La noria arrancó bruscamente e inició su lento trayecto circular. Lisa se agarró a la barra lateral, pero Ken le tomó la mano y la obligó a desasirse hasta que sus manos quedaron entrelazadas.

– Tú opinas que es un lugar demasiado romántico – soltó su mano y la posó sobre el muslo desando de Lisa, al tiempo que se inclinaba hacia ella hasta el punto que sintió el roce de su cabello en la frente –. Creo que es mi deber, de cara a la industria cinematográfica, convencerte de lo contrario.

– Ken...

Lisa se retorció en su asiento, convencida de lo que iba a ocurrir, y muy asustada. Sobre todo porque ella lo deseaba con todas sus fuerzas.

Ken le rogó que guardara silencio y deslizó su dedo desde la rodilla hasta el dobladillo de la falda. Trazó un reguero de calor con su dedo índice que enfebreció a Lisa el interior de sus muslos. Tenía la palma de la mano sobre su muslo y utilizó el pulgar para acariciarle la piel desnuda.

Fue un gesto natural, pero el efecto que causó en el ánimo de Lisa no lo fue. Ahogó un gemido y reprimió la urgencia de separar las piernas en una invitación secreta. Deseaba a Ken y suspiraba por sentir sus manos amasando su cuerpo. Pero eran las reglas de Ken y su juego. Y ella no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente, siempre que fuera capaz de controlar sus emociones. Algo que, dadas las circunstancias, pendía de un hilo muy fino.

El pulgar de Ken continuó su repaso arriba y abajo. Lisa terminó por perder completamente el control. Aunque apenas subía más de la rodilla, la caricia era tan erótica que apenas podía respirar.

– Abre las piernas para mí – dijo Ken con una voz que le erizó el vello de la nuca.

– Yo...

– Ni siquiera pienses en discutir, encanto.

La voz de Ken era susurrante, pero sus palabras eran claras y no admitían segundas interpretaciones. Lisa se estremeció, consciente de que se había metido en la boca del lobo. En parte quería resistirse, obligarlo a que se lo rogara. Pero había algo en el tono de su voz que desaconsejaba eso. Además, Lisa lo necesitaba, lo deseaba. Emitió un gemido que nació de lo más profundo de su garganta y se

removió en su asiento. Abrió las piernas ligeramente, suficiente para sentir la brisa fresca contra el fuego de su piel y que la invitación no admitiera dudas.

– Ésa es mi chica.

La voz de Ken, atravesada por el deseo, invadió todos sus sentidos. La cabeza comenzó a darle vueltas mientras la noria los acercaba a las estrellas. No quería parar. Quería perderse con él en el firmamento.

Cerró la mano sobre la barra de hierro del asiento y apretó los dedos contra el metal frío mientras luchaba contra el deseo que se apoderaba de sus sentidos. Los dedos de Ken jugueteaban sobre la superficie desnuda de sus muslos, enviando descargas de calor, subiendo cada vez más arriba.

En el momento en que la yema de su dedo se hundió debajo de la goma elástica de sus braguitas. Lisa gimió y tensó todo su cuerpo. Sintió terror ante la idea de entregarse sin remedio y dejarse llevar por las sensaciones que electrificaban su cuerpo. Pero también la aterrorizaba no hacerlo.

– Dime que eres mía esta noche. Para cualquier cosa – dijo mientras sus dedos continuaban sus exploraciones y causaban estragos.

– Yo...

– Tan solo dilo.

– Soy tuya.

Lisa exhaló esas palabras, aterrorizada ante el hecho de que se hubiera entregado sin oponer resistencia ante ese hombre que no era el que ella había conocido. Y, aun así, no había tenido opción. Necesitaba y deseaba a Ken. Era así de sencillo.

– Buena chica – rozó con sus labios la oreja de Lisa. – ¡Relájate!

– Eso es fácil decirlo – murmuró ella y echó la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas en el instante en que alcanzaban la máxima altura.

La risa apagada de Ken vibró a lo largo de todo su cuerpo. Lisa comprendió que añoraba su risa tanto como anhelaba sus caricias. Estaba perdiendo pie y eso la asustaba. Pero no hasta el punto de rogar a Ken que se detuviera, que terminase con aquel juego. El placer de derretirse bajo sus expertas manos era tan delicioso y tan peligroso que no podía rechazarlo.

Incapaz de resistir la tentación, Lisa llevó su mano a la pierna de Ken y subió hasta encontrar el revelador bulto que certificaba que él estaba tan excitado como ella.

– No hagas eso – dijo Ken, y apartó su mano con delicadeza, ignorando las protestas de Lisa –. Esto no tiene que ver conmigo.

– ¿En serio? – susurró Lisa.

Ken volvió a reír en voz baja y su risa aumentó la debilidad de Lisa.

– Bueno, quizá sí. Pero ahora estamos concentrados únicamente en ti.

La noria se detuvo y los dejó suspendidos a poca distancia del suelo. El paseo estaba a punto de terminar, si bien la diversión que a ella le interesaba realmente apenas había comenzado. Intoxicada por el deseo, se giró para mirar a Ken a los ojos y reconoció sus mismos síntomas. Había pasión, pero también algo más que no supo definir. Una especie de calor ajeno al deseo.

— Ken, por favor — dijo con voz áspera — . ¿Qué es lo que quieres?

Tomó su cara con la palma de la mano. Ella descansó la mejilla sobre la piel, pero no apartó sus ojos de él ni un momento.

— ¿Acaso no está claro? — preguntó, la voz igualmente áspera — . Te quiero a ti. Y quiero que tú me desees.



## Capítulo Ocho

Durante el trayecto de vuelta al Hotel Bellísimo no hubo un sólo momento en que sus cuerpos no estuvieran en contacto. Pequeñas carantoñas, una caricia en la mejilla, su mano descansando sobre su muslo. Y a cada instante, con cada roce, la excitación de su cuerpo ganaba un escalón en la escalera hacia el éxtasis.

Tan solo cuando el mozo del hotel abrió la puerta del coche, Ken apartó la mano de su pierna, pero dejó una marca indeleble sobre su piel. Lisa salió del coche y esperó junto a la puerta giratoria, abrazada a sí misma mientras Ken recibía el vale del coche.

Ella sabía qué ocurriría a continuación. Subirían juntos a las habitaciones, jugarían un poco más y acabarían acostados, haciendo el amor toda la noche. Tendría que sentirse como una auténtica fulana. Al fin y al cabo, ellos ya no salían juntos. Estaba junto a él, tolerando sus caricias y su acoso, porque necesitaba su ayuda. ¿Cómo lo había expresado? *Quid pro quo*.

Algo a cambio de algo. Y ella se moría por conseguir ese algo.

Nada más terminar el asunto del coche, Ken fue a su encuentro y la tomó por la cintura con total naturalidad.

— ¿Estás lista?

— Claro. ¿Te gustaría tomar una copa en el bar?

Ken apartó el pelo con la mano y besó con mucha ternura a Lisa en la nuca.

— ¿No preferirías subir a tu habitación?

Era lo que ella más deseaba. Pero encogió los hombros con aparente indiferencia.

— Claro. Si es lo que prefieres.

El hoyuelo hizo una breve aparición mientras la tomaba del brazo y eso le recordó una vez más lo guapo que era.

— Sí, lo prefiero.

— Bien, en ese caso, adelante. Tú marcas el camino.

La mano siempre en su cintura, se dirigieron hacia los ascensores. Una vez tuvieron que pelearse con los invitados a la convención, vestidos de gala para la ocasión. Subieron al ascensor con un grupo de gente muy elegante que bajó en el siguiente nivel. Era más que probable que fueran a cenar a Oxygen.

— ¿Estás seguro de que no quieres comprobar que todo está en orden?

— Es la ventaja de contratar a encargados profesionales. Mis restaurantes funcionan como un reloj incluso si yo no estoy presente — explicó Ken.

— ¿Y eso no te hace sentir un poco prescindible?

Estaban solos en el ascensor. Ken se volvió hasta situarse frente a ella. Acariciaba con las palmas de las manos los brazos desnudos de Lisa.

– Siempre encuentro la forma de mantenerme ocupado.

– Entiendo – Lisa enarcó una ceja.

El aire entre sus cuerpos casi crepitaba por la tensión. Ken se acercó un poco más. Estaba tan cerca que Lisa podía sentir que estaba tan excitado como ella. Era una sensación muy poderosa. En ningún caso llevaba la iniciativa, ni por asomo, pero al menos disfrutaba de esa pequeña parcela de control.

– ¿Alguna vez has hecho el amor en un ascensor? – dijo en un susurro y el aliento de sus palabras cosquilleó su oído.

– Creía que estabas más interesado en las norias.

– Supongo que me gusta el movimiento – dijo y lo demostró al apretar sus caderas.

– Yo...

Pero su voz se quebró en un jadeo cuando la mano de Ken se deslizó a lo largo de su espalda, por debajo del elástico de la falda hasta detenerse en el límite. Estaba cruzando la línea. Se incorporó muy erguida, incapaz de aceptar que Ken la estuviera seduciendo en un ascensor. Pero la evidencia demostraba lo contrario.

– Aquí no, Ken.

– Sí, aquí – sus dedos se enredaron en las costuras de su ropa interior –. Tú misma dijiste que estabas dispuesta a cualquier cosa. ¿Acaso estabas mintiendo?

Las manos de Ken le agarraron el trasero con firmeza. Ella sintió que se le doblaban las rodillas, presa de la debilidad, y se agarró a la barra del ascensor para sostenerse.

– No.

Era una voz irreconocible, áspera y lejana. Pero a Lisa no le importaba. Sabía que Ken estaba ganando, fuera cual fuera la finalidad de su juego. Y la verdad era que tampoco le importaba demasiado. Se limitó a cerrar los ojos y dejarse llevar, aprisionada entre sus manos que amasaban su trasero y la evidencia de su excitación que presionaba contra sus muslos.

Ken dio un golpe de cadera hacia delante, subió a Lisa y, en ese movimiento, sus dedos encontraron el centro de sus emociones. Una segunda sacudida y Lisa emitió un gemido sordo al tiempo que sentía un dedo en su interior. Pronto empezó a frotar el origen de ese calor húmedo y Lisa se retorció contra él sin ningún miramiento. Sus reacciones especificaban que quería más.

– ¿Te gusta esto?

– Yo... sí.

La admisión le costaría caro, estaba segura, pero no podía mentir en un momento así. Sabía que Ken podía sentir su excitación a la legua.

Su mano serpenteó, se deslizó para poder tocarla de frente. Ella se acercó todavía más y abrió las piernas para facilitarle el acceso. Después cerró los ojos y empezó a gemir mientras Ken la acariciaba dibujando círculos muy lentamente. Sus caricias la estaban volviendo loca y sólo pensaba en dejarse arrastrar por el torbellino de la locura. La mano libre de Ken subió hasta su pecho y sus dedos comenzaron a estimular sus pezones por encima de la camiseta. Entregada a los senderos del placer, echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla sobre el cristal frío del ascensor.

¿Había cristal? De pronto abrió los ojos de par en par.

– ¡Ken! – trató de soltarse –. ¡Este ascensor tiene paredes de cristal!

– Ya me he dado cuenta – admitió con una leve sonrisa.

– La gente puede vernos.

Intentó revolverse una vez más, pero lo único que consiguió fue terminar todavía más pegada a su cuerpo. Los dedos de Ken continuaron, cada vez más profundamente, explorando las oquedades de su sexo. Lisa intentó recordar qué era lo que la preocupaba tanto.

– Nadie puede vernos – aseguró Ken mientras lamía su lóbulo, después el cuello.

– ¿Estás seguro?

– Estamos más allá del decimoquinto piso. Hay demasiado ángulo.

– Oh, está bien.

Su cabeza la conminó para que protestara más. Sin embargo su cuerpo le mandó el mensaje opuesto. Y puesto que las rodillas le temblaban y los músculos flojeaban, era probable que su cuerpo ganara la batalla.

Sonó un timbre, el ascensor se detuvo lentamente y las puertas comenzaron a abrirse. En apenas un instante Ken se había separado a una distancia prudencial y tan solo se limitaba a sujetarla de la mano. Una pareja mayor entró en la cabina y Lisa se preguntó si tendría alguna evidencia que demostrara que acababa de ser seducida allí mismo.

– Estamos en tu piso – señaló Ken.

– Claro, es cierto – dijo, entre guiños, al mirar la pantalla.

Ken salió primero y dejó que Lisa los guiara hasta su habitación.

– Bueno, ya hemos llegado – se apoyó en el marco de la puerta, la cabeza contra la madera, y lo miró a los ojos oscuros.

– Así es – recorrió con su pulgar el labio inferior de Lisa. Ella abrió la boca y lo introdujo, saboreándolo, hasta que él lo retiró.

– Debería... – vaciló un instante y buscó la llave en su bolso.

Abrió la puerta, la empujó e hizo una breve pausa para comprobar si Ken la seguía.

Pero no era así.

— ¿Ken?

— Buenas noches, Lisa. Te veré mañana.

Estuvo a punto de echarse a reír, pero entonces comprendió que hablaba en serio.

— ¿Mañana? Pero yo pensaba... Quiero decir que tú dijiste que querías... — respiró hondo y lo intentó de nuevo —. Pensé que teníamos un trato. El restaurante a cambio de mí.

— Ese es el trato, en efecto.

— ¿Y no vas a entrar? — dijo con una sonrisa, sin comprender la broma.

— Esta noche, no.

¿Eso significaba que iban a repetir todo aquello otra vez?

— Pero...

— Yo no dije en ningún momento que fuera cosa de una sola noche — apartó un mechón de pelo de la cara de Lisa —. Tan solo dije que te deseaba a ti. Y así es.

Se alejó con un par de zancadas que lo llevaron al final del pasillo. Se volvió y sonrió con malicia.

— Nos veremos mañana. Y seguiremos con... las localizaciones.

Lisa no respiró hasta que dobló el pasillo. Entonces entró en su habitación y permaneció apoyada contra la puerta cerrada. Se sentía aliviada, enojada y muy decepcionada.

La ducha fría no estaba sirviendo para nada.

Ken apoyó las manos sobre los azulejos, bajó la cabeza y dejó que el chorro de agua helada cayera sobre su nuca y se deslizara a lo largo del cuerpo. Pero no tenía el menor efecto. Seguía muy tenso, excitado y terriblemente frustrado.

¿Qué clase de idiota se alejaría de una mujer que lo invitaba de una manera tan obvia a su dormitorio? Aparentemente, un idiota como él. Estaba varios pisos por debajo de la habitación de Lisa e intentaba bajar su erección con una ducha fría.

En cualquier caso tendría que sentirse emocionado. Quería que Lisa lo deseara con desesperación y no le cabía ninguna duda de que lo había conseguido. Quería verla excitada y suplicante. Así se había comportado. El problema era que se estaba torturando al mismo tiempo que la torturaba a ella y, si continuaba con ese juego mucho tiempo, probablemente estallaría. Quizá lo más inteligente fuera volver a la habitación de Lisa y saciar la sed de deseo que los ahogaba...

Enojado consigo mismo, cerró el grifo del agua y salió de la ducha, chorreando agua sobre el suelo embaldosado. Se anudó una toalla alrededor de la cintura, se peinó con la mano y fue a la habitación para vestirse. Observó su imagen reflejada en el espejo del vestidor y se dirigió una mirada desdeñosa.

– Eres patético, ¿lo sabías?

Su reflejo no contestó y asumió su silencio como una afirmación. Apenas habían transcurrido veinticuatro horas desde que había puesto en marcha su plan y ya estaba buscando un atajo porque quería acostarse con Lisa.

Imposible. Estaba dispuesto a jugar sus cartas según lo previsto. Ya no había nada entre ellos. Durante la velada la ira se había atemperado un poco. Pero eso no significaba que su corazón estuviera curado. Y no iba a dejarse arrastrar por una falsa ilusión de mítica proximidad tan solo porque habían pasado una agradable velada y ella se había derretido entre sus brazos.

Ella le había hecho mucho daño y ahora estaba dispuesto a ejecutar su plan hasta lograr una ruptura definitiva. Quería alejarla de su vida para siempre. Y si eso suponía que ambos sufrieran los rigores de la excitación, así sería.

Pero en ese momento tenía otras cosas por las que preocuparse. No volvería a ver a Lisa hasta la noche del día siguiente y ya la echaba de menos. Pero tenía que estar preparado para cuando volviera a verla. Había prometido a Lisa un itinerario trufado con las localizaciones más sensuales de Los Ángeles. Y si había algo de lo que estuviera seguro era que Lisa rompería su trato si él no cumplía su parte. Se vistió con un pantalón de chándal y una camiseta vieja de la universidad. Buscó en su *suite* las revistas de Tim. No las encontró por ninguna parte y finalmente recordó que las había olvidado en su despacho. Miró la hora en su reloj. Era casi medianoche y el restaurante, los domingos, cerraba a las diez. Era bastante probable que Tim y el resto del equipo de cocina hubieran cerrado. De ese modo podría entrar y salir sin necesidad de encarar las preguntas de su amigo.

Se las apañó para entrar en su despacho sin ningún incidente, pero enseguida comprendió que había pecado de optimismo al pensar que estaría sólo.

– ¿Estás buscando esto? – Tim estaba en la puerta con la revista en la mano.

– La verdad es que sí – asintió Ken –. Pensaba que ya habrías memorizado ese número.

– Y así es – confirmó Tim y entró en el despacho –. ¿Sabes que puedes ahorrar mucho en cosmética si utilizas la barra de labios para las mejillas y la sombra de ojos? De ese modo todo tu maquillaje mantiene el mismo color.

– Asombroso. Y yo gastándome un dineral en lápiz de ojos – Ken sonrió a su amigo –. En serio, ¿qué estás haciendo aquí?

– Pensé en esperarte para que me pusieras al día acerca de tu plan de juego – indicó Tim, que tomó asiento frente a Ken.

– ¿Mi plan de juego? – Ken rió –. ¿De qué diablos estás hablando?

– La seducción de Lisa, desde luego – tiró la revista sobre la mesa –. ¿Cómo te ha ido esta noche y qué tienes preparado para mañana?

– ¿Crees que voy a contártelo?

– Claro que sí – afirmó Tim –. Soy tu mejor amigo.

– Eso no puedo discutirlo – aceptó Ken con una carcajada.

– En serio, ¿cómo ha ido? ¿Ha sido como en los viejos tiempos?

Ken supo por la sonrisa desenfadada de Tim que la pregunta no era mal intencionada, pero atm así lo carcomió por dentro. La realidad era que todo había transcurrido casi como en los viejos tiempos y eso era lo más frustrante.

– Nunca será como en los viejos tiempos – contestó al fin—. De hecho, ni siquiera estoy seguro de que entonces las cosas fueran tan bien como pensaba.

– No pretendía recordarte el pasado – se disculpó Tim.

– Ya lo sé – se mesó los cabellos—. Ella sólo...

Sacudió la cabeza, consciente de que las palabras no expresarían lo que Lisa lo hacía sentir. En muchos sentidos, ello lo completaba. Pero cada vez que la miraba a los ojos sentía el dolor apoderarse de sus sentidos. Frustrado, se frotó la nuca.

– Olvídalo. Ahora mismo necesito concentrarme en la razón que me ha traído al despacho esta noche – dijo Ken.

– Y yo que pensaba que me echabas de menos – ironizó Tim, con las piernas estiradas.

– ¿Qué tal ha ido todo esta noche?

– El restaurante es una mina. Esta noche hemos hecho un treinta por ciento más de lo habitual en un domingo. Parece que la idea de contratar a la cantante para amenizar las veladas del domingo ha funcionado – Tim sonrió—. Claro que tus ideas siempre funcionan.

– No siempre – agarró la revista y comenzó a dar vueltas por el despacho—. No tengo la menor idea de dónde puedo llevar a Lisa mañana.

– ¿No hay ninguna sugerencia en la revista?

– Por eso he bajado – dijo mientras hojeaba el *Cosmopolitan*—. Quería echar un vistazo.

– No dejes que mi presencia te distraiga mientras lees detenidamente los anuncios – Tim se incorporó—. Que pases una buena noche, jefe. Y espero que encuentres la inspiración que necesitas.

De vuelta en su *suite*, Ken tuvo que admitir que estaba inspirado. Estaba en la cama con la revista abierta sobre su regazo. El titular rezaba: «Noches de fantasía en la ciudad... Amor y Lujuria en la ciudad de Los Ángeles». Pero no hacía justicia al artículo. La periodista había combinado a la perfección el atractivo universal de Hollywood con el lado más sensual de Los Ángeles y alrededores. El resultado era un artículo que ofrecía algo más que una sucesión de lugares excitantes inspirada por los clásicos de la pantalla.

Pasó las páginas y se detuvo en una página doble que mostraba una playa al atardecer. Los amantes paseaban de la mano por la orilla mientras las olas rompían a sus pies. Se miraban a la cara y sus expresiones revelaban su mutua adoración. En la

siguiente página los amantes estaban entrelazados sobre la arena, emulando la famosa escena de la película *De aquí a la eternidad*.

Ken ahogó un gemido. Se excitó al imaginar a Lisa junto a él en la playa, tumbada bajo el peso de su cuerpo. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el mullido cabecero. Imaginó la mano de Lisa en la suya, suave y frágil, mientras caminaban semidesnudos sobre la arena. La falda bailarían al son de la brisa marina y el tejido rozaría sus piernas desnudas al caminar.

Todo su cuerpo ardía ante la imagen de Lisa junto a él, ansiosa por poseerlo. Y él la deseaba de igual modo.

Frustrado, tiró la revista a un lado y apartó la sábana para que el aire fresco calmara su cuerpo sobreexcitado. Un tributo a una película clásica parecía una buena idea, pero tendría que introducir algunos cambios para convertirlo en algo único y personal. Por muy erótico que resultaran los amantes sobre la playa, tenía que considerar si la arena pegada a sus cuerpos sería un buen camino hacia la seducción.

Por no mencionar el efecto que podría tener el agua de Pacífico sobre su... bueno... su entusiasmo. Claro que eso podría no ser del todo malo. Quizá ya había llegado la hora de que empezara a pensar con la cabeza en vez de hacerlo con otras partes de su cuerpo. Pero no parecía posible. Su libido, además de su necesidad de castigar a Lisa, llevaba la voz cantante. Y tenía intención de pasárselo bien.

Las imágenes de Ken coloreaban sus sueños con tanta nitidez que casi podía sentir su presencia. Era una sensación tan potente que podía oler el aroma de su piel. Se retorció para abrazarlo, pero sólo encontró la almohada. ¡Demonios!

Un agudo timbre del teléfono del hotel terminó de arrancarla del sueño. Levantó el auricular y apenas balbució un saludo somnoliento.

— ¿Hola?

— ¡Levántate y espabila, preciosa!

Lisa protestó con un gruñido y se tumbó de nuevo.

— Aquí es tres horas más temprano, Greg. Vuelve a llamar a mediodía.

— Ya es mediodía.

Lisa apartó las sábanas, se incorporó de golpe y miró el despertador.

— ¡Oh, no! — gritó.

— ¿Tuviste una noche salvaje? — bromeó Greg.

— Sólo estoy cansada — explicó Lisa —. El cambio de horario y todo el tinglado.

— Sí, bueno, estás haciendo un buen trabajo. Estoy impresionado. Apenas has aterrizado y ya has conseguido la joya de la corona.

— ¿A qué te refieres?

– A la guinda del pastel. Ya sabes, el restaurante Oxygen.

– ¿Cómo? – preguntó Lisa –. ¿Dónde has oído eso?

– Winston me lo ha dicho – replicó Greg.

– ¡Vaya! – saltó de la cama y comenzó a caminar, el teléfono en una mano –. ¡No, no, no!

– ¿Es que no es cierto?

– No. Quiero decir, sí. Es verdad. Al menos, en parte. Bueno, será verdad muy pronto – se tiró de nuevo en la cama –. ¡Demonios, todo esto es un caos!

– ¿De qué estás hablando? – reconoció el tono de impaciencia en su voz –. Creía que le habías asegurado a Winston...

– Le dije a Winston que había llegado a un acuerdo. Sí, todo va a salir bien. No hay ninguna razón para que no sea así. Tan solo tengo que aguantar hasta cumplir mi parte del trato.

– ¿Un trato? – hizo una pausa –. ¿Qué clase de trato?

Después de que Lisa se lo contara todo tuvo que esperar cinco minutos hasta que Greg dejó de reírse.

– ¿Quieres hacer el favor de calmarte? Esto es serio – dijo Lisa con severidad.

– Lo siento – alcanzó a decir Greg –. Supongo que estaba equivocado.

– ¿Qué quieres decir?

– Creí que Ken se plegaría a tu voluntad y haría lo que le pidieras. Nunca pensé que tuviera un plan alternativo – volvió a soltar una carcajada –. Y en ningún caso un plan tan tortuoso como ése.

– No es el único que tiene un plan, ¿sabes? – contestó Lisa algo molesta.

– ¿Qué? ¿Te refieres a tu estrategia para que te ayude a buscar localizaciones para la película? Vamos, Lisa. ¿En serio crees que voy a tragarme eso?

– No sé de qué estás hablando.

– ¿De veras? No necesitas un acompañante ni una carabina. Podrías buscar esas localizaciones sin ninguna ayuda de Ken. Y eso me indica que la única razón por la cual lo haces es porque quieres.

Lisa rodó sobre la cama y se tapó la cara con la almohada. Estaba segura de que se había puesto colorada aunque Greg no pudiera verla.

– Estoy en lo cierto, ¿verdad? ¿O estás callada por algún otro motivo?

Estaba en lo cierto, desde luego, pero Lisa no podía admitirlo. Greg volvió a reírse, divertido ante la situación.

– Si tan solo necesitas compañía, yo podría servirte – se ofreció.

– ¡Está bien! Tú ganas. Quiero que Ken me ayude. Me gusta mucho pasar el tiempo en su compañía.



Y también le había gustado el modo en que la había acariciado y la había mirado. Desconocía sus motivos, pero eso no cambiaba los hechos.

–Tengo muy buen olfato –apuntó Greg.

–No te felicites demasiado –dijo Lisa entre risas–. Le pedí que me ayudara porque no quería ser la única que estuviera contra las cuerdas. No fue hasta anoche cuando me di cuenta de que...

–Todos esos viejos sentimientos seguían a flor de piel, aguardando el momento adecuado para aflorar de nuevo a la superficie –terminó Greg.

–Sí. Quiero decir, no –se llevó las manos al cabello alborotado–. Estoy aquí para levantar mi maltrecha carrera. Y para eso necesito la ayuda de Ken. Tan solo estoy sacando provecho de la situación.

Y estaba decidida a disfrutar de cada instante. Greg rió nuevamente.

–Bueno, espero que te diviertas.

–¿A qué te referías cuando has dicho que podías ayudarme a buscar las localizaciones? –preguntó Lisa.

–Mañana vuelo a Los Ángeles.

–¡En serio! –se sentó sobre la cama, emocionada al saber que podría contar con un aliado–. ¿Por qué?

–La compañía sale de gira para actuar allí. Yo los acompaño hasta que encuentren a alguien para ocupar el puesto –explicó Greg.

–¡Eso es fabuloso!

–Quizá podamos pasar algún tiempo juntos. A no ser que estés demasiado ocupada... –hizo una pausa y Lisa adivinó su sonrisa–. Demasiado ocupada aprovechándote de la situación.

–Sólo puedo confiar, Greg –sonrió Lisa, imaginando las posibilidades–. Tan solo puedo confiar.

## Capítulo Nueve

—Desde luego ya no estamos en el corazón de la ciudad.

Ken se rió mientras Lisa se ajustaba la venda que le tapaba los ojos. Atravesaban a toda velocidad Malibú Canyon en dirección al océano Pacífico.

—¿En qué lo has notado?

—La calidad del aire —señaló mientras olfateaba el ambiente.

Ken dirigió a Lisa una mirada divertida mientras los altavoces del coche retumbaban con un tema de Rolling Stones.

—No desacredites mi ciudad. La niebla es una tapadera para guardar nuestro secreto, pero bajo esa capa de contaminación se esconde la mejor ciudad del mundo.

—No tienes que convencerme —replicó Lisa—. Adoro Los Ángeles. Estoy deseando trasladarme de nuevo aquí.

Esa afirmación sorprendió a Ken, que redujo la marcha y se volvió discretamente para mirarla a la cara.

—Pensaba que te encantaba Nueva York.

—No —frunció el ceño—. Nueva York está bien para una temporada, pero añoraba Los Ángeles. Echaba de menos las montañas y la playa. ¿En qué otro lugar puedes esquiar un sábado y bucear un domingo?

—Pero tú nunca lo hiciste —recordó Ken, de nuevo atento a la carretera.

—No, pero debería —Lisa suspiró—. Tendría que haber hecho un montón de cosas. Lo tenía al alcance de la mano y nunca me di cuenta de la suerte que tenía.

Ken tragó saliva y sus manos aferraron con fuerza el volante. ¿Estaba hablando de la ciudad, de su carrera? ¿O acaso estaba hablando de él? No podía preguntárselo directamente, así que resolvió preguntarle por qué no había vuelto.

Ella no contestó. En vez de eso deslizó un dedo debajo de la venda.

—¡Vamos! Dime adónde vamos y déjame quitarme el pañuelo.

—De ninguna manera. Responde a mi pregunta y no fisgonees por debajo.

Lisa puso cara de resignación, dejó las manos quietas sobre su regazo y se encogió de hombros.

—Había todo un continente por medio —dijo—. Y pensé que las cosas me irían de fábula junto a Tyrell.

—Pero la cosa no funcionó con él —apuntó Ken, apartando de su cabeza el instintivo rechazo que le producía aquel nombre.

Lisa soltó una carcajada, pero sonó áspera y teñida de sarcasmo.

—Eso es quedarse corto, francamente.

—¿Y por qué no regresaste entonces? —insistió Ken.

Lisa se frotó las palmas de las manos contra los pantalones, algo insegura.

— Ya estaba allí. Era mi hogar. Ya había tomado la decisión de marcharme y... — suspiró, reacia a admitir en voz alta hasta qué punto la disgustaba el fracaso —. No siempre es fácil regresar adonde deseas o conseguir lo que ansias, para el caso.

El tono de Lisa era perfectamente neutro, desprovisto de tristeza o autocompasión. Pero Ken la conocía bien. Por primera vez tuvo una idea aproximada de lo duro que había tenido que ser para ella. Había dos cosas de las que estaba seguro con respecto a Lisa. En primera lugar que, en el pasado, la había amado. Y, en segundo lugar, que no soportaba el fracaso.

No estaba seguro de si sería lo más apropiado, pero decidió tomarla de la mano.

— No te preocupes — dijo Ken —. Te traeremos de vuelta a casa.

La boca de Lisa se torció en una mueca. Llevó su mano libre a la cara y se frotó los ojos por debajo de la venda.

— Gracias, Ken. Sabía que podía contar contigo.

— Y ya puedes quitarte ese pañuelo, si quieres — ofreció.

— ¿En serio?

— La vista es una maravilla. No me gustaría que se perdieras esto.

Lisa sonrió. Apretó los dedos de Ken en agradecimiento antes de quitarse la venda de los ojos. Parpadeó un par de veces y respiró a pleno pulmón.

— Esto es fabuloso.

Ken observó cómo Lisa se volvía hacia todas partes mientras el coche avanzaba lentamente. Había pequeñas colinas, pastos verdes, aire fresco y ningún tráfico.

— ¿Lo reconoces?

— Eso creo — afirmó tras vacilar unos instantes —. ¿Es Malibú Canyon?

— Has dado en el clavo.

— Siempre me ha encantado este sitio — asintió con entusiasmo.

— Sí, no lo he olvidado.

Ella se volvió nuevamente para mirarlo, pero esta vez su sonrisa parecía un poco melancólica. El sentimiento de culpa, que ya se había hecho familiar, se instaló nuevamente en la boca del estómago de Ken. Era cierto que la estaba ayudando, pero se lo estaba haciendo pagar muy caro. ¿Acaso era justo? Seguramente, no. Debería ayudarla y después dejarla marchar para que siguiera con su vida. Pero deseaba acostarse con ella para arrancársela de la piel. Había pensado que deseaba hacerla pagar, pero ya no estaba tan seguro. Si consideraba lo mucho que lo estaba afectando su propia conducta, quizá fuera él quien estuviera pagando el precio.

Pero no podía dar marcha atrás. No ahora que ella estaba a su lado. No cuando había visto la pasión reflejada en su mirada con cada caricia. Ambos tenían una oportunidad de saldar cuentas con su pasado. Podría ser un viaje peligroso, pero no le quedaba otra alternativa.

—En todo caso —dijo tras un momento, su voz clara y tranquila—, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Me gusta mucho este tramo de carretera —redujo la marcha para tomar una curva muy cerrada, disfrutando al tener el control sobre el motor de su coche.

—Es deslumbrante —corroboró Lisa—. Pero ¿adónde estamos yendo?

—Estoy eligiendo un tema. Tendrás que tener un poco de paciencia. Ya lo verás.

—¡Aja! ¿Y de qué clase de tema estamos hablando?

—El genio está pensando —replicó y le dirigió una mirada de asombro—. No creo que quieras que te revele nuestros planes por adelantado, ¿verdad?

—Sí, claro —enarcó una ceja—. Suéltalo de una vez.

—¿Estás segura? Vas a quitarle toda la gracia a la sorpresa.

Lisa se movió en el asiento, se cruzó de brazos y lanzó a Ken una mirada divertida.

—¡Dímelo!

—Oblígame.

Lisa acompañó la música de la radio con los dedos mientras sopesaba la sugerencia de Ken. Reprimió una sonrisa, consciente de que podría obligarlo si se lo proponía.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Ken.

—Trato de tomar una decisión.

—Decidir, ¿qué? —señaló con una incipiente sonrisa.

—Si debería obligarte.

—Bueno, te lo advierto. No te va a resultar nada fácil doblegarme —acercó su dedo hasta el envés de la mano de Lisa y lo acarició, dejando a su paso un reguero de calor sobre su piel—. ¿Estás segura de que estás preparada?

Ella apartó la mano y cerró los dedos sobre el muslo de Ken. Disfrutó al sentir cómo sus músculos se tensaban al mínimo contacto.

—Estoy preparada para cualquier cosa que tengas en mente.

—¿Seguro?

En ese momento, Ken sujetó la mano de Lisa. Ella contuvo la respiración mientras Ken arrastraba su mano hacia arriba hasta rozar el inconfundible bulto de su entrepierna. Lisa sofocó un gemido, sorprendida por la rigidez de su miembro y presionó eso su mano hasta que no tuvo la menor duda de cómo la deseaba Ken.

—¿Estás realmente dispuesta a cualquier cosa?

—Sí —balbució en un suspiro apenas audible y se aclaró la garganta—. Absolutamente.

—Me alegra oír eso —apuntó Ken y entrelazó sus dedos a los de ella.

—Bien, entonces cuéntamelo —se inclinó hacia él, deslizó un dedo por su oreja, consciente del esfuerzo de Ken para mantener la atención fija en la carretera—. Dime qué has planeado.

—Está bien. Me has convencido —besó los dedos de su mano y la traspasó con una mirada que fue directa al corazón—. *De aquí a la eternidad.*

—¿Disculpa? Acabaremos definitivamente en la eternidad si no te concentras en la carretera —señaló Lisa.

—Me refiero a la película —sonrió y acarició el labio inferior de Lisa con el pulgar—. La escena en la playa.

Lisa frunció el ceño, la frente arrugada mientras intentaba organizar sus ideas. Ken se había centrado nuevamente en la conducción, pero Lisa podía identificar su sonrisa.

—¿No la recuerdas?

—Claro que sí —afirmó Lisa.

Pero la realidad era que no la recordaba. Era casi una enciclopedia del Séptimo Arte y no tenía la menor idea de a qué se refería. Estaba confusa que todo se había embarullado en su cabeza. Sabía que era un clásico y la escena le rondaba la mente.

—Una escena erótica, ¿no te parece?

—Desde luego —mintió—. Muy excitante. Se nota que has hecho los deberes.

Se volvió hacia el paisaje, molesta y preocupada. Atravesaron la cima de una colina y el coche enfiló hacia la costa del Pacífico. Lisa obtuvo una rápida visión de las olas rompiendo contra las rocas antes de que las colinas taparan nuevamente el mar. Entonces cerró los ojos. Empezó a recordar. Olas, amantes en una playa... ¡Por supuesto! Y volvió a fruncir el ceño de inmediato. Ken no tendría intención de...

—No estarás pensando que nosotros... —agitó la mano en el aire—. Ya sabes... en la playa.

—Así que recuerdas la película.

—Por supuesto —le dirigió una mirada altiva—. El cine es mi mundo, ¿recuerdas?

—He sido un estúpido al ponerlo en duda.

Lisa apreció el tono de burla en sus palabras, pero prefirió ignorarlo.

—No has contestado a mi pregunta. La playa es un sitio público. Y eso por no mencionar lo incómoda que resulta la arena.

Una carcajada profunda, fresca, nació del interior de su garganta y Lisa se encontró sonriendo tan solo por el placer de escuchar esa risa.

– ¿Qué pasa? ¿He dicho algo gracioso?

Ken tomó su mano, sacudió levemente la cabeza y la besó en la palma con ternura.

– No ha sido gracioso, pero lo esperaba. Suponía que la arena te hacía tan poca gracia como a mí, sí que estoy improvisando sobre la marcha.

– ¿Improvisando? – se cruzó de brazos y ladeó la cabeza—. ¿Debería estar nerviosa?

Era una pregunta estúpida. Claro que debería estar nerviosa. La voz del locutor se desvaneció y empezó a sonar una nueva canción de Rolling Stones. Ken no contestó, pero empezó a tararear la canción.

– Nunca has podido cantar – indicó Lisa.

– Y tú nunca has sido una mujer paciente – replicó Ken.

– Me temo que esta noche no tengo elección.

– En efecto – sus miradas se encontraron un instante—. Pero te aseguro que la espera valdrá la pena.

Al cabo de unos minutos, Ken frenó frente a un hotel rural situado en un rincón apartado sobre los acantilados de Malibú. Al verlo, Lisa pensó que probablemente tenía razón. Era un lugar encantador. Acompañó a Ken a la entrada y una mujer con acento italiano los recibió con una amable sonrisa.

– ¡Señor Harper! Es muy agradable volverlo a ver.

Ken le dio la mano con una sonrisa de genuino placer.

– María, estás estupenda – dijo mientras entraban y señaló con la cabeza a Lisa—. Esta es la señorita a quien pertenece la maleta que te he enviado antes.

Lisa se quedó boquiabierta e intentó recuperar una apariencia digna.

– ¿Has enviado mis cosas?

– Me limité a pedirle a mi ayudante que bajara algunas cosas básicas. El cepillo de dientes, un bañador y una muda para pasar una noche.

– Ajá.

La juvenil sonrisa de Ken la divirtió y Lisa se limitó a mover la cabeza mientras inspeccionaba los alrededores. La casa era más grande de lo que aparentaba desde el exterior y parecía diseñada para el ocio. Una fotografía en blanco y negro de una mujer que se parecía a María colgaba a la entrada.

– ¿Un pariente? – preguntó Lisa.

– Mi abuela.

– Era muy atractiva.

– Éste era su refugio – dijo María, pero no explicó nada más y tomó a Lisa del brazo—. Te enseñaré tu habitación y podrás asearte para la cena.

Mientras María la acompañaba, Lisa se volvió hacia Ken con asombro.

– ¿Mi habitación?

– Estoy en la puerta contigua – Ken sonrió al advertir la expresión de desconcierto de Lisa –. Y no olvides ponerte el bañador debajo de la ropa. Iremos a dar un paseo por la playa después de la cena.

– Pero nada de bañaros hasta que no pase un mínimo de media hora – advirtió María con el tono preocupado de una madre.

– Está bien, señora – dijeron al unísono y rieron –. Te veré en un momento.

Mientras Lisa acompañaba a María a la acogedora habitación que tenía asignada, no pudo evitar pensar que estaba siendo una de las citas más extrañas que había tenido nunca. Estaba segura de que Ken no estaba improvisando. Incluso si lo animaba el espíritu de venganza, Ken se estaba tomando las mismas molestias que cuando lo había visto preparar cada detalle de Oxygen. De un modo un tanto extraño, incluso se sentía halagada. Al fin y al cabo, estaba dedicando mucho tiempo para estar con ella. Independientemente de cuáles fueran sus motivos.

– ¿Está todo bien? – preguntó María desde la puerta, orgullosa de la decoración.

– Es una maravilla.

– Comprueba el armario y el vestidor – dijo la buena mujer –. He guardado tus cosas.

– Gracias.

– Y no tardes. La cena estará lista enseguida. Ken Tiene siempre al menos una vez al mes, pero es la primera vez que trae compañía – dijo con una sonrisa radiante y Lisa pensó si no le recordaría a Ken a su madre –. Esta noche he preparado algo especial.

– Estoy impaciente – aseguró Lisa, que no quena decepcionar a su anfitriona ni tampoco a Ken –. Voy a cambiarme y bajaré enseguida.

María y Ken no habían exagerado. La lasaña que cenaron era la mejor que Lisa había probado en toda su vida y el pan de ajo casi se derretía en su boca. Para cuando María trajo un bizcocho genovés relleno de crema, Lisa había cenado tanta pasta que tuvo levantar las manos en señal de protesta.

– No podría dar un solo bocado más.

– Estoy de acuerdo – dijo Ken y retiró su silla –. Estaba todo delicioso, María, como siempre.

– Dejaré el bizcocho en la cocina. Podéis tomar el postre después del paseo – la mujer sonrió y Lisa tuvo la impresión de que María la consideraba la pareja ideal –. Subiré a mi habitación a leer un rato. Esta noche sois mis únicos clientes así que disponéis de todo el piso para vosotros.

Ken aguardó de pie hasta que María abandonó el comedor y entonces tendió la mano a Lisa.

—¿En serio vamos a salir a pasear ahora? No mentía cuando he dicho que estaba atiborrada de comida —dijo Lisa.

—Entonces vamos a sentarnos un rato en la sala. Además, todavía es pronto. Dejaremos que los últimos rezagados abandonen la playa y así podremos disfrutar de todo para nosotros —apuntó Ken.

Lisa sonrió al pensar en lo idílico de su proposición.

—Mientras tanto —preguntó Ken—, ¿qué te parece este lugar?

—Es una maravilla.

—Quiero decir en calidad de localización para tu película —entraron de la mano en el salón y fueron a sentarse en un sofá estampado, frente a la chimenea, donde Ken pasó el brazo sobre los hombros de Lisa—. A mí me parece un lugar muy *sexy*.

—Bueno, sí, entiendo tu punto de vista.

Lisa estaba sin aliento y sentía el pulso desbocado. Las luces en penumbra, el fuego crepitando y la cercanía de Ken funcionaba como una droga ante la que ella deseaba sucumbir. Quería perderse entre sus brazos.

Volvió a tomar aire, pero entonces sintió los labios de Ken sobre los suyos. Lisa abrió la boca en una clara invitación. Ken, excitado y ansioso, jugó con sus labios hasta que sus cuerpos se fundieron en un abrazo.

La lengua de Ken reclamó paso y, una vez que le fue concedido, Lisa exploró el interior de la boca de él Saboreó una embriagadora combinación de vino tinto y fuego. Lisa ahondó en su búsqueda. Quería explorarlo todo y sentirse explorada. Quería olvidar el pasado y entregarse al presente.

Las manos de Ken acariciaban su espalda y sus hombros. Después se movieron hasta el busto que cubría el vestido de verano y el bañador. Sus pechos se hincharon contra el tejido al tiempo que su cuerpo anhelaba las caricias de Ken. Delicado pero apasionado, Ken recorrió su cuerpo con besos y caricias. Lisa empezó a temblar presa del deseo, su sangre ardiendo en sus venas como ríos de lava, hasta que tan sólo pudo pensar en la necesidad de apagar esa sed que la torturaba.

—¡Ken! —murmuró—. ¡Oh, Ken, por favor!

Todo su cuerpo se tensó. Su deseo se convirtió en algo puramente físico, más pernicioso que la necesidad de comer o dormir. Tenía que poseerla, pero recurrió a sus últimas reservas para apartarla de su lado.

Ella lo miró confundida, algo molesta ante su incomprensible actitud. Tenía los labios hinchados y de un color rojo sangre, pero no llevaba pintura.

—¿Qué pasa?

—Todavía no es el momento —dijo Ken—. Tengo algo planeado.



— *¿De aquí a la eternidad?*

— Mi versión particular, en todo caso.

Dejó que su mirada recorriese el cuerpo de Lisa. Había considerado la posibilidad de incluir en su maleta un vestido rojo similar al que ella no había querido ponerse para él. Pero sabía que la vería con ese vestido cuando llegase el momento. Y había elegido un sencillo vestido de verano en la tienda del Hotel Bellísimo.

Era un vestido alegre y sencillo, del color del cielo en verano. Pero sus planes no eran en absoluto inocentes. Trazó la curva de su pecho, bajo la tela de algodón, y sintió el pezón duro al pasar el dedo.

— ¡Por favor! —susurró Lisa.

— ¿Qué?

— No me hagas esto —imploró con los ojos muy abiertos.

Frotó su pulgar contra el pezón y ella gimió. Echó la cabeza hacia atrás y se acercó lentamente hacia él. El pulso de Ken se aceleró al instante, provocado por la respuesta de Lisa a sus caricias.

— ¿Crees que te estoy atormentado?

— Ya no sé qué pensar. Tan solo sé que quiero... —la voz se quebró y se mordió el labio.

— ¿Qué quieres? —insistió Ken, consciente de que Lisa estaba a punto de admitir que lo deseaba a él.

— Nada —Lisa se echó hacia atrás, la piel de gallina, y se frotó los brazos—. No lo sé. Supongo que no importa.

— A mí sí me importa.

Pero Lisa no lo miró a la cara. Se mordió el labio y echó un vistazo al salón.

— ¿Vas a llevarme a dar un paseo?

— A lo mejor podría llevarte al Cielo —soltó Ken de pronto.

Trató de permanecer serio, pero no pudo evitar sonreír ante el tópico que se le había escapado. Habría querido parecer serio, mantener a Lisa al borde del precipicio, pero ante todo deseaba que ella se sintiera a gusto en su compañía. Esa certeza lo perturbó y frunció el ceño. Estaba dispuesto a seguir su plan a rajatabla.

Por un momento Lisa se había asustado, pero no tardó en reírse. Entornó los ojos al tiempo que lo empujaba con el hombro.

— Había olvidado lo chiflado que puedes llegar a ser —dijo Lisa.

— ¿Eso es bueno o malo?

Ella tomó su mano y respiró hondo.

— Es bueno que seas así —se volvió, aparentemente fascinada con el mobiliario de la casa—. Pero es malo que lo haya olvidado.

Ken sintió cómo el sudor se concentraba por encima de sus labios. Ella estaba sentada frente a él y se parecía mucho a la mujer que había amado en el pasado. Quería abrazarla, acunarla entre sus brazos hasta que desapareciesen todos sus miedos, prometerla que todo sería distinto en el futuro.

Sintió un escalofrío. Se había prometido no caer en la sensiblería y pretendía cumplir esa promesa. De no hacerlo comprometería la salud de su corazón. Y era un riesgo que no podía permitirse.

—Ken —ella lo miraba con aire severo—, he dicho que lo malo era que lo hubiera olvidado.

—Supongo que es una suerte que yo esté aquí para recordártelo —indicó mientras alejaba el mal humor con la mano.

Una sonrisa tentadora asomó en la comisura de su boca.

—Bien —dijo Ken—, veamos el vestido.

Se acercó hacia ella y comprobó el tejido una vez más. Pero ella se apartó, riendo.

—Nada de eso. Primero tienes que decirme dónde piensas llevarme.

—Está bien.

—¿En serio? ¿Vas a darme alguna pista?

—Un avance —movió la cabeza señalando el vestido—. ¿Llevas algo debajo?

—Llevo el bañador —dijo Lisa—. Eso fue lo que me dijiste.

—Buena chica —sonrió con malicia—. Entonces estás vestida para la ocasión.

Lisa dirigió una mirada exasperada al techo.

—Ésa es toda la información que vas a darme, ¿verdad? —preguntó, incapaz de alejar la sonrisa de su tono de voz.

—Me temo que sí.

Agarró a Lisa del brazo y la condujo hasta la puerta trasera. Entraron el fabuloso jardín de María.

Ken había conocido a María en la inauguración de su primer restaurante en Malibú, tres años atrás. Era la nieta de una famosa actriz de cine mudo de la que Ken nunca había oído hablar y había heredado su extravagante mansión junto a la playa además de una pequeña cantidad en metálico. No necesitaba el dinero, pero sí compañía. Y había decidido convertir la casa en un hotel rural.

Ken se había acostumbrado a acudir al menos una vez cada dos meses para pasear por la playa y relajarse en la piscina. Hasta entonces había sido un secreto que no había compartido con nadie. Pero había sentido la necesidad de contárselo a Lisa. Era su oasis particular, su refugio para alejarse de la gran ciudad y el sitio ideal al que hubiera deseado escaparse con ella.

En ese momento no estaba seguro de que su elección hubiera sido acertada. Era la clase de lugar a la que un hombre llevaba a su amante, no a su... lo que fuera Lisa para él en esos momentos.

Una parte de él deseaba dar media vuelta, volver a coche y conducir hasta el siguiente escenario de la lista, en el corazón de la ciudad. Pero cuando sintió la mano de Lisa en la suya, los dedos firmes alrededor, todas sus dudas desaparecieron.

— Esto es asombroso — dijo Lisa —. Parece un cuento de hadas.

Ken respiró hondo y comprendió que, pese a cualquier cosa que le deparase el futuro, en ese instante era completamente feliz.

— Sí, es una maravilla.

La mansión de María estaba colgada sobre el acantilado. Unas escaleras esculpidas en la roca conducían en espiral hasta la playa. La vista era espléndida, pero el jardín de María valía la pena por sí solo. Una piscina personalizada para los clientes acaparaba toda la atención. Era profunda en un extremo y el lado más alejado se empinaba hacia el océano, permitiendo al bañista descansar con medio cuerpo fuera en el agua poco profunda. Un dispositivo eléctrico hacía olas y convertía ese punto en el lugar perfecto para hacer el amor sin arena ni las aguas gélidas del Pacífico.

Lisa señaló la piscina con un gesto de la cabeza, adivinando el juego.

— ¿Ése es tu plan?

— Algo parecido — sonrió Ken y llevó a Lisa a la parte más alejada del jardín.

La piscina estaba rodeada por una tarima de madera. Había macetas en cada hueco y cada grieta. Las plantas extendían el delicioso aroma de la primavera. Había luces tenues colgadas en las ramas de los árboles que lucían acompañando a las estrellas. Lea tenía razón. Era un cuento de hadas.

Estaban de pie apoyados en la barandilla, atentos mirando cómo las olas rompían en la arena y lamían la superficie de las rocas.

— Vamos a bajar — dijo Lisa.

— ¿He conducido toda la tarde para encontrar un sitio que sustituyera la arena y el agua fría y ahora quieres bajar a la playa?

— Por supuesto — dijo mientras sus ojos brillaban en la oscuridad.

— En ese caso, adelante — dijo Ken, que sintió cómo el corazón se le encogía al ver a Lisa tan feliz.

La escalera, aunque estable, producía bastante vértigo. Ken bajó en primer lugar, de medio lado, atento a Lisa. Ella no protestó y eso aumentó su grado de felicidad.

Una vez que alcanzaron la playa. Lisa estiró los brazos, comenzó a girar y su rostro se iluminó con su risa.

— ¡Esto es una maravilla! Echaba tanto de menos la playa — gritó.

Tenía las mejillas sonrojadas y Ken se sorprendió al ver cómo le agradaba el sonido de su risa. Quería seguir enojado, pero cuanto más tiempo pasaba junto a ella más leve era el dolor que sentía.

Lisa lo agarró de la mano y lo arrastró hacia el mar. Ken protestó sin mucha convicción.

— ¡El agua está helada!

Lisa se quitó las sandalias y animó a Ken para que fueran hasta las olas.

— ¡Debilucho!

— Me he devanado los sesos para encontrar algo parecido al océano y esto es lo que saco en claro después de mis desvelos — dijo con ironía.

Lisa bailó delante de Ken, los ojos brillantes. Una sonrisa picara se adivinó en su cara.

— No quiero simulacros — elevó la voz y bajó los ojos—. Quiero autenticidad.

Lisa levantó los ojos sin atreverse a mirar a Ken. Sonreía con timidez. El pulso de Ken se descompuso y se mojó los labios resecaos. ¿Qué estaba insinuando Lisa? ¿Hablabas tan solo de sexo o había algo más? No estaba seguro, pero estaba decidido a conocer toda la verdad que encerraban sus palabras.

— ¡Vamos! — exigió con cierta brusquedad—. Exploremos la playa.

— Eso mismo estaba pensando — dijo en voz baja, seductora.

El cuerpo de Ken reaccionó al instante. Entonces comprendió qué estaba pasando. Lisa estaba cambiando las reglas. Ella, que detestaba estar a oscuras, estaba intentando seducirlo a su vez.

Ken sonrió. Si ella estaba tan desesperada que estaba dispuesta a seducirlo, entonces ya había ganado. Y estaba decidido a cobrarse esa pieza.

## Capítulo Diez

Hasta ese momento había mantenido a Lisa fuera de juego y ahora ella intentaba dar la vuelta a la tortilla. Claro que si consideraba el modo en que su cuerpo había reaccionado ante un Ken imaginario, Lisa no estaba segura de que su plan fuera muy brillante. Pero no iba a cambiar de idea. Él había dicho que la deseaba. Y estaba decidida a que Ken la poseyera... incluso si el hecho de forzar la situación fuera un terrible error por su parte.

—¿Lisa? —preguntó con expresión dubitativa.

—¡Vamos! —y señaló la orilla con un gesto de la cabeza.

Agarró a Ken de la mano y se acercaron al agua.

—Este es el Pacífico, ¿recuerdas? El agua está gélida.

—¿De veras? —Lisa reunió todo su valor, tomó aire y se acercó a Ken hasta que el dobladillo de su vestido rozó la ropa de él—. Entonces tendremos que hacer algo para mantenemos calientes.

No apreció que Ken tensara los músculos, pero supo que había ocurrido. Decidida a seducirlo, pasó un brazo alrededor de su cuello y disminuyó el espacio entre sus cuerpos. Era una posición extraña, no se sentía cómoda. Por primera en su vida comprendió todo lo que había perdido al marcharse a Nueva York.

En el pasado habían encajado perfectamente. Una sola mirada había bastado para que ella supiera lo que él estaba pensando. Una sola caricia bastaba para que ella se derritiese. Nunca había compartido una intimidad tan especial con nadie y lo había echado a perder para alcanzar la luna.

Lo había estropeado, quizá para siempre. Y nada de lo que pudiera hacer o decir serviría ya de nada. Pero deseaba tanto intentarlo...

Lisa se hundió entre sus brazos y apoyó la mejilla contra su hombro.

—Vamos, vamos —susurró Ken.

Sintió cómo la rodeaban los brazos de Ken y Lisa asumió que estaba llorando. Se sentía amparada y protegida junto a Ken. Trató de cortar el llanto, pero no se apartó. Notaba los brazos firmes en su cintura, su cuerpo presionado contra el pecho de Ken. Estaba en la gloria. Una pequeña parte de su persona deseó quedarse ahí para siempre. Lentamente, la mano de Ken se deslizó por su espalda.

—¿Estás bien?

—Sí —asintió con voz trémula.

Y, en el fondo, era cierto que se encontraba bien. Abrazada a su cuerpo, no podía pensar en ningún sitio más satisfactorio. Y si hacía unos momentos se había sentido rara, en aquél le parecía la posición más natural del mundo. Los poderosos brazos de Ken la abrazaban y sus cuerpos permanecían unidos. Encajaban a la perfección, como piezas del mismo modelo. El brazo con el que rodeaba su cuello lo atraía hacia sí. Jugueteeó con los dedos sobre el vello que nacía en la nuca. Cada

movimiento parecía adecuado. Era como si siempre lo hubiera tocado en los últimos años... todos y cada uno de los días pasados.

Necesitaba sus besos, su calor y se puso de puntillas para acercar su boca a sus labios. La respuesta fue inmediata y Ken abrió la boca para recibirla. Bajó las manos hasta agarrar su trasero y pegarla a él de un solo tirón.

Lisa sentía que estaba a punto de caramelo y tenía la certeza de que si él se alejaba esa vez, se desmayaría sobre la arena.

Ken la apartó y se llevó con él el calor que corría por las venas de Lisa.

—No —murmuró apenas Lisa en tono implorante.

La lógica le decía que debía recuperar la cordura. Pero en esos momentos no quería actuar con lógica. Sólo anhelaba perderse en el torbellino de emociones que giraba en su cabeza. Tan solo quería vivir el momento. Sólo quería estar con Ken.

Sentía sus armas alrededor de su cintura, pero no era suficiente. Quería más, sentir cada pulgada de su cuerpo contra el suyo, poseerlo.

Los labios le rozaron la oreja y una corriente eléctrica recorrió su espina dorsal. Entre jadeos. Lisa ladeó la cabeza invitando a Ken a que prosiguiera la exploración. Aceptó el reto y su boca avanzó a lo largo del cuello.

—Quiero más —suspiró Lisa.

Se revolvió entre sus brazos y buscó nuevamente su boca. Pero se agitó demasiado y tropezaron. Rodaron sobre la arena húmeda bañada por las olas.

De pronto se encontró de espaldas. Ken estaba encima y sus ojos negros reflejaban una indisimulada lujuria. Y en ese momento se preguntó en qué se había metido.

Estaba ahí tumbada, tan cerca que podían besarse. Y eso era precisamente lo que Ken pretendía.

El agua fría lamió sus pies después de que la ola rompiera en la orilla. Los bajos de sus pantalones estaban empapados y Ken estaba seguro de que ella estaba igual de húmeda. Pero Lisa no se estaba quejando. Al contrario, lo estaba mirando a los ojos con expresión insinuante.

—Es tu tema —suspiró.

—Sí, lo es —se inclinó hacia ella—. Eternidad.

Suspiró la última palabra y después la besó. Fue como si ella se fundiera en él. Parecía que estuviera hecha exactamente para él.

Tenía los labios algo hinchados y suaves, todavía sensibilizados por sus anteriores besos y en ese momento Ken jugaba con ellos, disparando su lengua como un dardo.

Ella rió y su risa se mezcló con sus protestas para que Ken abandonara los juegos y la besara más profundamente.

– Paciencia, cariño.

– No soy una mujer paciente – murmuró –. Creía que lo recordabas.

Lo recordaba perfectamente. Esa era la razón por la cual había elegido esa clase de castigo para ella. Mordisqueó el lóbulo de su oreja.

– Puede que haya llegado la hora de que aprendas – dijo Ken.

– Puede que haya llegado la hora de que tome las riendas – replicó Lisa.

Antes de que pudiera darse cuenta, Lisa consiguió que sus cuerpos rodasen sobre la arena y se colocó encima. Se sentó a horcajadas sobre la cintura de Ken. Ó. Aunque no lo creía posible, se excitó todavía más ante el simple hecho de que ella estuviera ahí, dulce y preciosa, pegada a su cuerpo. Quería ir más allá y hacerle saber hasta dónde llegaba su lascivia. Sujetó a Lisa por las caderas, la apretó contra sí y ese movimiento estimuló su cuerpo todavía más.

– ¡Ken! – dijo con voz tenue, placentera.

– ¿Te gusta esto?

– Sí.

– ¿Quieres que pare? – se frenó un poco, torturándose a sí mismo.

– ¡No! – abrió los ojos y no había falsedad en su expresión –. No te atrevas.

El deseo franco de Lisa emocionó a Ken y sonrió. Continuó los movimientos de cintura, sujetando sus caderas, hasta que sus respiraciones se entrecortaron por igual.

– ¿Mejor así? – preguntó.

– Sí.

Lisa esbozó una tímida sonrisa mientras se apoyaba en el pecho de Ken para mantener el equilibrio. La calidez que se desprendía de las palmas de sus manos le quemó la piel, a pesar de la camisa.

Levantó las manos hasta su espalda, incapaz ya de controlar los movimientos desbocados de las caderas de Lisa. Si bien Ken no la presionaba, Lisa aumentó el ritmo de sus sacudidas hasta encontrar un ritmo primigenio que le proporcionara el alivio que buscaba, decidida también a apaciguar el cuerpo de Ken.

Apenas tenía ya ningún control y luchó contra el deseo de entregarse a ella por completo. Claro que eso no era lo que había planeado. Trató de apartar su mente del modo en que le ardía la sangre ante el simple hecho de mirarla.

Lisa tenía los ojos cerrados y sus rasgos no estaban tensos. Pero esa imagen sufría la traición de su boca. Tenía los labios separados y podía escuchar la respiración inestable. Sacó apenas la lengua y sus perfectos dientes blancos mordieron el labio. Tenía la cara húmeda y sonrojada. Ken pensó que nunca había visto nada más bonito en toda su vida. Lisa estaba a punto de abandonarse al placer y eso lo excitó sobremanera.

Eso era lo que él había buscado. Había querido tenerla al límite de la pasión y que él hubiera sido la causa. Llegado ese punto, sin embargo, no deseaba torturarla ni atormentarla. Al contrario, deseaba satisfacerla. Quería ver la felicidad en sus ojos y saber que él había sido el artífice.

Y lo único que había planeado meticulosamente, lo único que realmente necesitaba y que no era otra cosa que alejarla de su cabeza y de su vida, eso era lo único que no deseaba hacer por nada del mundo.

El universo estaba a punto de explotar a su alrededor. Lisa recibió el clímax y lo acompañó con cada movimiento de su cuerpo. Ken agarraba su espalda mientras ella se aferraba a él. Estaba húmeda y caliente. Quería sentir a Ken dentro de ella, sentir cómo la completaba y descubriría los lugares que nunca antes había visitado. Lisa lo deseaba. Y ese deseo le hizo comprender que probablemente siempre había sido así y siempre sería así en el futuro.

Pero en ese instante necesitaba aliviar su furor. Estaba tan cerca... Buscó un poco de oxígeno y se concentró en la sensación del cuerpo de Ken contra el suyo. Estaba tan cerca... tanto...

Y de pronto ya no lo estaba. En vez de eso, se encontró con la espalda contra la arena y Ken sentado sobre ella sin que su cuerpo la tocara. La pasión se reflejaba en su rostro. Era innegable, pero estaba controlada.

—¿Qué ocurre? —preguntó, decepcionada y confusa—. Estaba...

—¡Calla! —puso el dedo sobre sus labios—. Nos estamos adelantando. Yo tenía un plan, ¿recuerdas? Un tema. Y me gustaría atenerme a él.

—No me molesta la improvisación.

Procuró hablar con cierta ligereza. No quería demostrar lo mucho que deseaba entregarse a sus brazos. Ken tenía un plan y ya había revelado más de la cuenta.

—Vamos —se incorporó y tendió la mano hacia ella—. Vamos a limpiarnos y después visitaremos la piscina.

—¿Limpiarnos?

Ken ladeó la cabeza en dirección a las escaleras y Lisa vio la construcción de cemento en la que sobresalían unas duchas.

—¿Un poco de diversión? —dijo con una ceja en alto.

—Sí, algo así —deslizó la mano a lo largo de su bañador—. Estamos llenos de arena y tu vestido ha conocido días mejores.

—Sí, no puedo negarlo.

Lisa siguió a Ken hasta la ducha, se quitó el vestido y se metió debajo del chorro sólo con el bañador.

—Está buena —confesó.



Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y dejó que el agua cayera sobre su cara y se deslizara sobre su cuerpo.

— ¿Necesitas un poco de ayuda?

La voz de Ken era juguetona, sensual. Lisa abrió los ojos al sentir un nuevo chorro de agua templada sobre su pecho. Ken estaba frente a ella y sujetaba una manguera. El chorro de agua tibia iba dirigido hacia sus pechos.

— He pensado que podía ayudarte a limpiar algunos sitios de difícil acceso.

— Ya — tragó saliva y lo intentó de nuevo — . Yo...

Ken apuntó la boca de la manguera directamente entre sus piernas y Lisa se quedó muda, sin saber qué decir en una situación así.

— No digas nada — murmuró Ken — . Cierra los ojos. Deja que yo te limpie.

Lisa cerró los ojos y, por primera vez en su vida, deseó que su cuerpo estuviera cubierto de mugre. El agua de la manguera salpicó sus pies y Lisa soltó una risita nerviosa mientras saltaba para evitar el contacto.

— ¿Demasiado fría?

— No — confesó Lisa, que estaba encantada.

— Relájate — indicó Ken — . Cierra los ojos y no los abras.

Ella asintió y procuró mantener la promesa.

— Tienes arena en el pelo — señaló Ken y a sus palabras siguió el chorro de agua cálido, correteando sobre sus brazos, acanalándose en el desfiladero que formaban sus pechos.

Lisa se estremeció al experimentar unas sensaciones tan agradables.

— ¿Te gusta esto?

— Sí. Es...

— Ya lo sé — interrumpió Ken.

El agua fluía junto a las comisuras de su boca, sobre sus labios. Entonces sintió los labios de Ken a través de la barrera de agua en un roce que no tardó en convertirse en un beso húmedo y apasionado.

La manguera se desplazó y sintió el chorro sobre la espalda. Pero sus besos no cesaban y su lengua se abría paso sin dificultad hacia la oscuridad. Lisa dejó escapar un gemido mientras exploraba la boca de Ken, sumergida en su masculinidad, deseosa de enroscarse a su cuerpo como una culebra. Estaba muy húmeda, pero no tenía nada que ver con el agua de la manguera.

Lisa intentó apartarse antes de que sus besos la condujesen al borde del precipicio. Pero Ken no se lo permitió. Mordisqueó sus labios y sus lenguas se enlazaron.

El cuerpo le daba vueltas. Quería abrir los ojos y ver cómo el mundo giraba a su alrededor, quería mirar a Ken a los ojos. Pero había hecho una promesa y mantuvo los ojos cerrados. Tan solo veía los colores que explotaban en su mente.

Estaba muy cerca de lograrlo y estaba deseosa de que Ken la llevara un poco más lejos, hasta donde sus besos no alcanzaban. Pero Ken se retiró un poco y rechazó el ruego silencioso del cuerpo de Lisa para que invadiera sus partes más secretas y terminase lo que había comenzado.

— ¿Qué es lo que quieres?

— Te quiero a ti, Ken. ¡Por favor!

Volvió a besarla, todavía con más furia. Lisa lanzó un sonoro gemido. Pero no por culpa de sus besos, sino al sentir la manguera entre sus piernas. El chorro de agua la estaba tocando exactamente como ella habría querido que Ken la tocara. Una ola de vergüenza recorrió su cuerpo, pero desapareció enseguida. Las sensaciones eran demasiado reales, casi asombrosas.

— Separa las piernas — dijo Ken y ella obedeció.

Y entonces, antes de lo previsto y de que pudiera preverlo, el mundo estalló y se arqueó, confiada en que el brazo de Ken la sostendría. Movía el pecho convulsamente mientras trataba de tomar aire.

— Parece que ha sido muy bueno — dijo Ken con suavidad.

Lisa abrió los ojos y encontró la sonrisa de Ken. Su expresión denotaba la indiscutible satisfacción masculina.

— Ha sido... increíble.

— Me alegra que te haya gustado.

Lisa se humedeció los labios, saciada, pero ansiosa por continuar.

— Y ahora, ¿regresamos a casa de María?

— Ésa es mi idea — se secó el pelo con la toalla y se la colocó a Lisa sobre los hombros.

— ¿A la habitación de quién? — preguntó con serenidad, pero su estómago era como un tobogán a causa de los nervios.

Quería a Ken en su cama, en su cuerpo. Pero no estaba dispuesta a suplicar. Ella no pudo adivinar una respuesta en la expresión de Ken. Era muy natural, algo malvada, triste incluso.

— Sigue siendo mi juego, encanto.

Su voz sonaba demasiado firme. Parecía que intentase convencerse a él mismo, además de convencer a Lisa. Los ojos de ella se humedecieron, pero reprimió las lágrimas. Hasta entonces nunca había reflexionado hasta qué punto era profunda la herida de Ken. Sabía que él la deseaba y que estaba disfrutando esa velada con ella. Pero había algo que no le dejaba admitirlo.

— ¡Ken! — lo miró sin saber qué decir —. ¿En qué habitación?

La voz de Lisa parecía demasiado natural y estaba segura de que él habría identificado el rayo de esperanza que asomaba en ella.

Por un momento pensó que Ken iba a derrumbarse. Podía leerlo en sus ojos. Había auténtico deseo. Deseaba tanto como ella olvidarse de su plan. Quería llevarla a una habitación y hacer el amor hasta que ambos estuvieran exhaustos. Esa idea la hizo temblar. Cerró los puños y rezó para que él sucumbiera al deseo.

Pero entonces advirtió cómo Ken había recuperado el control y supo que se avecinaba otra noche solitaria. Ella lo deseaba y él la deseaba a ella. Pero estaba dispuesto a combatir ese deseo a muerte. ¡Maldición!

—¿Ken? —preguntó, segura de la respuesta.

—Cada uno a su habitación —asintió Ken.

Lisa juntó los labios y consideró la posibilidad de discutir esa decisión. Alejó de sí cualquier atisbo de prudencia y lo miró directamente a los ojos.

—No podrás resistirte mucho más. Me deseas. Y estaré al otro lado del pasillo.

—Ya he vencido la tentación anteriormente.

—Pero no has olvidado que duermo desnuda, ¿verdad?

Ken tragó saliva y ella se anotó un punto mentalmente.

—Bueno, eso me dará en qué pensar hasta mañana por la noche.

—¿Mañana? —arqueó una ceja.

—Nuestra próxima cita.

Lisa asintió. Por supuesto, una nueva noche de tormento.

Ken se acercó y Lisa aspiró el aroma del océano impregnado en su piel.

—Por cierto, preciosa, con respecto a nuestra cita de mañana...

—¿Sí? —preguntó, la boca seca y un hormigueo en todo su cuerpo.

—Ponte ese maldito vestido rojo.

## Capítulo Once

—¡Maldito hijo de perra! —gritó Alicia en el momento en que Ken cruzó la puerta.

Llevaba toda la mañana esperando en el restaurante y su rabia había ido creciendo cada segundo de espera.

—Buenos días a ti también —respondió Ken, que pasó junto a ella casi sin mirarla y eso enfureció todavía más a Alicia.

Se movió hacia un lado para intentar cerrarle el paso.

Ken suspiró, se detuvo y se frotó los ojos enrojecidos por el cansancio.

—¿Has pasado una mala noche con esa cualquiera?

Ken se puso rígido al instante. Quizá no estaba tan alejada de la verdad.

—¿Qué es lo que quieres, Alicia? —dijo con una fealdad que hizo estremecerse a Alicia hasta el punto de perder la entereza.

Pero se recuperó al instante, muy erguida sobre sus tacones, y lo miró a los ojos.

—Quiero saber por qué no me permites grabar una mínima sección de mi programa en tu flamante restaurante y sin embargo se lo ofreces en bandeja de plata a un bombón cualquiera recién aterrizado desde Nueva York.

—¿Con quién has estado hablando, Alicia?

—Soy periodista, ¿recuerdas? Nunca revelo mis fuentes.

—¡Maldita sea, Alicia! —sus ojos azules reflejaron la sospecha—. ¿Qué has oído?

—¡Vamos, Harper! No te hagas el inocente conmigo. Lo sé todo acerca de tu acuerdo con esa fulana —dijo Alicia.

—Cuida tus palabras —amenazó con voz firme.

Pero Alicia sabía que había dado en el clavo. A pesar de la rabia inicial, nunca había catalogado a Ken como el clásico hombre que perdía la cabeza por una mujer que se ofreciera como parte de un trato. Pero en ese momento se preguntaba si ése no sería el caso.

Era una posibilidad que la intrigaba y contenía el atractivo morboso que interesaba a los espectadores. Si podía atrapar a Harper, seguro que Gavin se sentiría satisfecho.

Después de un segundo, Ken dio media vuelta y se dirigió a la cocina con Alicia pisándole los talones.

—¿Ningún comentario, Kenny?

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando.

Alicia lo sujetó por el hombre antes de que se adentrara en la cocina.

– Entonces permite que te refresque la memoria. ¿Te dice algo Winston Miller, un largometraje y una rubia que ha cerrado un pequeño trato contigo?

La expresión de Ken era, una vez más, tranquila y serena. Alicia comprendió por qué le había ido tan bien en los negocios. Podía ser frío como el hielo si lo necesitaba. Chasqueó la mejilla.

– No tenemos nada que hablar, Alicia. Creo que es hora de que te vayas.

– ¿No tenemos nada de qué hablar? Creo que sexo a cambio de un servicio es un tema muy interesante – comentó mientras se miraba las uñas—. Es el clásico asunto que hace subir audiencias como la espuma.

– No hay ninguna historia, Alicia.

– En eso creo que vamos a tener que ponernos de acuerdo.

– Si publicas cualquier disparate acerca de Lisa Neal o de mí – dijo Ken enfurecido –, lamentarás el día en que me conociste.

– ¡Qué emocionante! – replicó Alicia, que nunca lo había visto tan excitado.

– Hablo en serio, Alicia. ¡Ándate con ojo!

Y Ken se perdió detrás de la puerta de la cocina y plantó a Lisa en el comedor.

Se andaría con ojo, desde luego. Si había algo que Alicia sabía hacer era mantener el ojo abierto. Y estaba segura de que había algo entre él y esa Lisa Neal.

Y estaba decidida a averiguarlo, incluso si tenía que seguirlos durante una semana.

Ken vigiló a Alicia hasta que abandonó el restaurante y sólo entonces se relajó. Entonces se dejó caer en la primera silla y apoyó la cabeza contra la mesa. Había ideado todo aquel estúpido plan para vengarse y sacársela de la cabeza, pero lo único que había logrado era ponerla en peligro.

Golpeó el tablero con el puño y deseó que eso no le importase, que pudiera dar marcha atrás o detener el tiempo. Pero habían ido demasiado lejos.

Además, no estaba seguro de que Alicia tuviera pruebas. Lo más probable era que estuviera dando palos de ciego. Tan solo dos personas conocían su acuerdo. Y eran él y la propia Lisa. Él no había dicho nada...y no podía creer que ella lo hubiera hecho.

Ya se había visto involucrada en un asunto de drogas. Era seguro que no le había comentado a Winston las condiciones de su trato para conseguir el restaurante. No se arriesgaría a soportar un escándalo sexual. Y menos en Hollywood, donde el sexo vendía mucho en los periódicos sensacionalistas. Era más factible que Alicia hubiera llegado a esa conclusión por sí misma.

Y eso implicaba dos cosas a los ojos de Ken. En primer lugar, tenía que lidiar con una periodista que se sentía rechazada. En segundo lugar. Lisa quería que su

acuerdo se cumpliera sin más dilación. Esa segunda idea lo excitaba. Pero la primera lo preocupaba. Alicia solo tenía una teoría. Pero había advertido el brillo de la victoria en sus ojos cuando él había flaqueado. Y eso suponía que estaba convencida de que estaba tras una buena historia.

Tendría que vigilar la retaguardia y a Lisa. Lo último que necesitaban era una reportera que les echara el aliento en el cogote.

—No tengo la menor idea de lo que quiere —Lisa bebió un sorbo de su café y miró el reflejo de Greg en el escaparte que estaban mirando. Había contado a Greg las dos últimas noches y aguardaba una respuesta. O, al menos, un hombro sobre el que llorar—. Me está volviendo loca.

—¿Tú qué crees que quiere?

—Creo que me quiere a mí —dijo Lisa girándose hacia él—. Pero parece decidido a resistirse.

—¿Un castigo?

—Eso parece —se encogió de hombros—. Y déjame decirte que está funcionando.

—Estás un poco frustrada, ¿verdad?

—En lo que a mí respecta, estoy a punto de estallar —afirmó Lisa.

—Me parece que te está poniendo a cien —dijo Greg y continuó camino por Rodeo Drive hacia la siguiente boutique exclusiva.

—Eso está claro —dijo ella caminando a su lado.

—¿En serio? —preguntó con tono inquisitorial, casi como un reto.

—¿Qué quieres decir? —Lisa se paró en seco y lo encaró.

—No quiero decir nada —expresó con total inocencia—. Sólo me pregunto si se trata tan solo de tu libido.

—No sé a qué te refieres —dijo con mala cara y reemprendió la marcha.

—Quizá no sea solo lujuria —acompañó su paso al de Lisa—. Puede que haya algo entre vosotros dos.

La reacción inmediata de Lisa fue negar esa posibilidad. Pero no fue capaz y terminó levantando los hombros con indiferencia. No estaba dispuesta a analizar los convulsos sentimientos que había experimentado con Ken los últimos días.

—Lisa... —la pinchó, leyendo su mente.

—Es que... bueno, no lo sé. Supongo que acepté pensando que haría lo que él me pidiera. Ya sabes, todo por la causa. Haría lo que fuera para conseguir que el equipo filmara en Oxygen.

–No te sigo –Greg la miró, confuso—. ¿Quieres decir que no es eso lo que persigues ahora?

–No exactamente –dijo con el ceño fruncido.

Todo había comenzado como un juego muy sencillo, *quid pro quo*. Pero se había complicado muchísimo. Bebió otro sorbo de su café.

–Haré lo que haga falta –aseguró—. No ha cambiado nada.

–Algo sí ha cambiado.

Ella asintió, al borde de las lágrimas. Incluso tan alejada de él, no podía quitarse a Ken de la cabeza. Se volvió y observó que se habían detenido frente a la joyería Fred. Se quedó mirando el escaparate con aire ausente, ajena a la gargantilla de diamantes y esmeraldas que lucía en el centro.

Observó el rostro de preocupación de su amigo reflejado en el cristal. Trató de sonreír para confortarlo. Pero la verdad era que no estaba segura de encontrarse bien.

–¿Quieres hablar de ello?

–No, creo que no –cerró los ojos y contó hasta diez.

–Lisa... –la tomó por la cintura y le dirigió una mirada de confianza—. Vamos, chica. Soy yo. ¿Recuerdas? El tipo que te ayudó a superar el recuerdo de Tyrell.

–No se trata de ti –Lisa se llevó las manos al pelo.

–No, en serio. Claro que soy yo. No me han abducido ni nada de eso.

Lisa se rió a su pesar y se tapó la boca con la mano. Moviéndola la cabeza e intentó aparentar seriedad.

–No se trata de ti. Soy yo –una ola de frustración barrió su persona—. No estoy segura de que pueda explicar lo que siento.

–¿No puedes? –Greg la miró con escepticismo y ella sonrió.

–Quizá no es tanto que no pueda –buscó las palabras idóneas—. El problema es que no estoy segura de lo que siento.

Greg sujetó a Lisa por los hombros y la obligó a sentarse en un banco.

–Bueno, pues vamos a averiguarlo.

–¿Qué? ¿De repente has decidido psicoanalizarme, doctor Freud?

–Así es –extendió los brazos a lo largo del respaldo—. No, en serio. Cuéntame lo que te pasa. Lisa.

–No vas a dejarme en paz hasta que escupa todo el veneno, ¿verdad?

–En efecto.

–Muy bien –asintió, de pronto convencida de que quizá podría ayudarla—. Ya sé que las cosas han cambiado en los últimos cinco años. Y sé que Ken tiene un plan. Me lo ha dicho.

– Sexo a cambio de sus servicios – indicó Greg –. Parece típico de Los Ángeles.

– No te lo tomes a broma – Lisa lo empujó con el hombro.

Greg mudó su expresión de pronto, haciendo gala de su oficio de cómico. Lisa entornó los ojos y continuó su explicación.

– El caso es que aunque está haciendo todo lo posible para torturarme, y lo está consiguiendo, el antiguo Ken no ha desaparecido. El hombre que conocí sigue ahí. El hombre que me amó y que nunca habría ideado estos juegos, que ni siquiera habría pensado en ellos si yo no lo hubiera abandonado.

– Y todavía estás enamorada de él – apuntó Greg.

– No lo sé – replicó Lisa, que ni siquiera quería plantearse esa cuestión –. Pero, aunque así fuera, eso no importa. No estoy buscando una relación. Quiero centrarme en mi carrera. Eso no es ningún secreto, Greg. Para nadie.

– ¿Cómo sabes que no puedes combinar ambas cosas?

– Porque me conozco – y pensó en su madre, que habría ganado una fortuna si se hubiera quedado en Nueva York, y en su hermana, enclaustrada en Idaho –. Tengo una oportunidad para recuperarme del fiasco de Tyrell. Y no pienso desaprovecharla. Además, si estoy enamorada de Ken Harper o no es el menor de mis problemas. Mi verdadero problema es el sexo.

– ¡Bienvenida al nuevo milenio!

– Ya veo que vas a serme de gran ayuda – señaló Lisa.

– Lo lamento – dijo contrito y ella apartó los ojos –. En serio. Háblame de ello.

– Me está volviendo loca. Cada vez que me acerco a cómo eran las cosas en el pasado entre nosotros, la debilidad se apodera de mí.

– ¿La debilidad?

– Sí. Cuando sugirió... – hizo un aspaviento con la mano en el aire – todo este asunto, no lo dudé. Estoy dispuesta a hacer lo que sea para conseguir Oxygen. Mi carrera depende enteramente de eso.

– Y lo estás haciendo – dijo Greg –. ¿Por qué se debilita tu propósito? ¿Cuál es el problema?

– ¿El problema? – se levantó, dio una vuelta y se sentó de nuevo –. El problema es que no hay reciprocidad, no hay *quid pro quo*.

– Me he perdido.

– Me está provocando. Juega con el sexo y me incita igual que se anima al burro con la zanahoria. Yo lo persigo, pero nunca lo alcanzo.

Lisa había levantado la voz más de la cuenta y una anciana que salía de Fred la miró con pudor. Lisa se sonrojó y escondió las manos en su regazo.

– Pero tú solo tienes que hacer lo que él te diga...

– Ya lo sé, lo sé. Tendría que estar emocionada – dijo Lisa.



– Pero quieres hacer el amor – Greg le tomó la mano –. Y eso significa que no estás emocionada en absoluto.

– No, no lo estoy – confesó y se secó una lágrima furtiva.

– Deseas a Ken.

– Tanto que a veces me cuesta respirar – afirmó –. Y ya me ha dejado dos veces con la miel en la boca.

– ¿Y?

– ¿Y? – su voz chilló –. Si te estuviera ocurriendo a ti estarías dando vueltas en el apartamento quejándote por todo.

– Bueno, pues cómprate un consolador.

– Vaya, qué gran idea – ahogó una carcajada –. No necesito un vibrador. Quiero...

Se llevó la mano a la boca, ambos alterados al comprobar la reacción de otra anciana que los había escuchado.

– Mira, preciosa. Yo no soy un experto en las relaciones entre hombres y mujeres, pero me parece que a ese juego pueden jugar dos personas.

– Ya lo he intentado.

– Cielo, si tenemos en cuenta todo lo que habéis pasado juntos y todavía no te lo has llevado al huerto significa que no lo has intentado lo suficiente – dijo convencido.

Quizá estuviera en lo cierto. A lo mejor no había protestado lo debido. Había aceptado las reglas de Ken sin rechistar.

– Supongo que eso va contra las reglas que ha impuesto – dijo Lisa.

– Pero él dijo que te deseaba, ¿verdad? – ella asintió –. ¿Y todas las pistas indican que se refiere al terreno sexual?

– Sí, desde luego.

– Pero nunca ha dicho que quisiera hacerte sufrir y atormentarte, ¿verdad?

– Bueno, no me lo ha dicho a mí.

– Ahí lo tienes.

– Ahora soy yo la que está perdida.

– Si te lo llevas a la cama, sigues jugando según sus reglas. Si no quisiera acostarse contigo, te lo habría dicho. Y si realmente no quiere es que tiene mucho control sobre su cuerpo – su sonrisa se engrandeció –. Pero si lo seduces no habrás roto las reglas y no estarás tan frustrada. No tiene pérdida.

– Es posible.

– Créeme – se levantó y fueron hacia el coche alquilado aparcado junto a ellos –. Vamos. Buscaremos una farmacia. Pararemos de camino y compraremos un montón de accesorios de látex.

—Greg... —lo acusó Lisa mientras vigilaba que nadie los hubiera oído.

Apretó el botón del mando, y las puertas del coche se abrieron automáticamente.

—Pero no has contestado la pregunta crucial.

—¿Qué pregunta? —dijo temerosa de conocer esa respuesta.

—¿Se trata solo de sexo? ¿O hay algo más?

Greg cerró la puerta de ella y Lisa agradeció ese momento de paz. Había preguntado exactamente lo que ella había querido evitar.

Pero la realidad era que no conocía la respuesta.

—¡Ken Harper! Me alegro de volverte a ver. ¿Dónde te has metido todo este tiempo?

Oscar Toya, uno de los hombres más ricos de Los Ángeles sin una fuente de ingresos definida, tendió la mano a Ken. A sus espaldas una multitud zumbaba mientras cruzaban el vestíbulo de la casa de Oscar.

Ken rodeaba a Lisa por la cintura. La manga de su traje rozaba el delicado tejido del fabuloso vestido rojo.

—He estado en Oxygen, Oscar —le guiñó un ojo—. ¿Por qué no te he visto por allí?

Oscar se había convertido en uno de sus más queridos amigos desde que había tenido la oportunidad de sentarse y charlar con él. El hombre, bastante mayor, rió a gusto y palmeó a Ken en la espalda con buen humor antes de volver sus ojos hacia Lisa.

—¿Quién es tu encantadora acompañante?

—Oscar, me gustaría presentarte a Lisa Neal. Lisa, este es Oscar.

—Es un placer conocerlo, señor. He oído hablar mucho de usted.

—Si lo ha leído en las páginas de sociedad, es todo mentira. Si lo ha leído en las páginas financieras, seguramente también.

—Y si lo ha leído en la tira cómica, será toda la verdad —Emily Toya, cuya elegancia estaba a tono con el entorno, agarró el brazo de su marido—. Es un chiste muy viejo, querido. Seguro que Ken y la señorita ya lo habían oído.

Oscar besó a su mujer en la sien encanecida.

—Ésta es Lisa Neal —dijo a modo de introducción—. Todavía no he podido interrogar al muchacho acerca de su relación.

Lisa sonrió y Ken reprimió una mueca de espanto. Oscar era un hombre tan perceptivo como astuto. Ken no quería que lo psicoanalizara.

– Bien, ahora es todo tuyo – dijo Emily –. Yo me llevaré a Lisa para enseñarle la casa.

– No podemos quedarnos – comentó Ken –. Sólo quería pasarme para deseáros un feliz aniversario. Estoy seguro de que la fiesta será todo un éxito.

– La verdad es que me encantaría la visita guiada – Lisa apretó la mano de Ken –. ¿Seguro que no podemos perder unos minutos mientras la señora Toya me enseña la casa?

– Emily, por favor – dijo –. Y si Ken se niega lo borraré para siempre de mi lista de invitados. Quédate y charla con Oscar. Lisa estará de vuelta en unos minutos.

– No puedo jugarle el prestigio social – ironizó Ken, aunque temía lo que pudieran comentar Lisa y Emily.

Las mujeres se alejaron y Oscar se volvió hacia él.

– Me gusta esa chica. No es como esas otras con las que te he visto.

– Has hablado con ella apenas dos minutos – Ken estaba de acuerdo con Oscar, pero no estaba dispuesto a admitirlo –. ¿Cómo puede gustarte Lisa en tan poco tiempo?

– Instinto, hijo mío. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

Ken suspiró, pero no dijo nada.

– No tienes que decir una palabra. Puedo leerlo en tus ojos. Ella es especial y tú estás perdidamente enamorado.

– ¿Enamorado? ¿De qué estás hablando?

– Puedes burlarte si quieres – dijo Oscar –, pero reconozco a un hombre enamorado en cuanto lo veo.

Ken se estremeció y Oscar asintió con la cabeza.

– Es el instinto, muchacho.

– Tú instinto llega con cinco años de retraso – apuntó Ken y Oscar se llevó la mano a la oreja como si no lo hubiera escuchado –. Estuve enamorado de ella hace cinco años. Pero pasaron algunas cosas.

– Siempre pasan cosas.

– No es amor. Oscar – sacudió la cabeza para convencerse –. Tengo recuerdos. La proximidad y la lujuria, posiblemente. Pero ¿amor? Otra vez, no. Y menos con ella.

– Puedes creer lo que te parezca, hijo – señaló Oscar –. Pero antes o después tendrás que afrontar la verdad.

– Oscar...

– Ya lo sé – levantó la mano para hacerlo callar –. Quieres que me meta en mis asuntos. Pero ya soy un viejo y lo único que se me permite a esta edad es ser un

metomentodo. No te preocupes. Estaba a punto de cambiar de tema. He leído acerca de ti.

— ¡Vaya!

— Nada muy revelador, me temo. Tan solo ese perfil en la revista de Los Ángeles.

Ken asintió. Había concedido esa entrevista porque la periodista había aceptado sus condiciones y no habían metido cámaras en el restaurante. Una pena que Alicia y otros muchos periodistas no fueran tan cooperativos.

— ¿Qué ocurrió con tu idea de montar una cafetería?

— Ya sabes cómo son estas cosas — dijo con aire despreocupado —. No era más que una idea. Pero después del despegue del restaurante, parecía un sinsentido recuperar ese sueño inicial.

Eso era una verdad a medias. La idea de abrir una cafetería todavía lo rondaba. Siempre había soñado con un local que lo devolviera a sus orígenes. Un local en que la gente sin chequera pudiera reunirse y disfrutar.

Había dibujado en una servilleta el diseño original para Lisa. Ella se había entusiasmado tanto con el proyecto que había registrado el nombre al día siguiente. Pero después de que Lisa lo abandonara, él había abandonado la idea. El periodista había descubierto ese hecho y Ken le había contado la misma teoría que a Oscar. Quizá no toda la verdad, pero lo era que había seguido su camino.

— Yo creo que es una idea excelente — dijo Oscar.

— ¿De qué se trata? — preguntó Lisa, que llegaba es ese momento con Emily.

— Ken está pensando en abrir una cafetería — apuntó Oscar.

— No, yo...

— Una idea magnífica — señaló Emily.

Lisa le dirigió una mirada socarrona y él se limitó a mover la cabeza.

— Quiero oír toda la historia — dijo Emily.

— Por supuesto — contestó Ken, que buscaba una excusa para salir del paso —, pero...

— Ken me está haciendo un favor y ha prometido llevarme a varios locales y una fiesta — intervino Lisa.

— ¿Una fiesta? — la voz de Oscar delataba su incredulidad —. ¿Nuestro Ken? ¿Por qué quieres torturar al pobre muchacho?

— Estoy buscando localizaciones para una película y Ken me está ayudando.

— Si te está ayudando en algo así es que es mejor persona de lo que pensaba — y, aprovechando que Lisa se volvía para despedirse de Emily, deletreó en silencio: «o que es un hombre enamorado».

Lisa estaba abrochándose el cinturón del coche cuando Ken tomó sus manos entre las suyas y le dio un tierno apretón.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué? —replicó ella desde su asiento.

—Por sacarme de ahí —sus ojos vagaron cálidos y divertidos—. Y también por llevar el vestido rojo.

—De nada —procuró mantener la voz neutra—. Pero no lo he hecho solo por ti. Me debes una noche en la ciudad. Ya tengo dos localizaciones, pero necesito algo más.

—No te preocupes, cielo —su sonrisa se clavó directa en el corazón de Lisa—. Tengo intención de cumplir mi palabra. Sólo espero el momento adecuado.

Lisa intentó parecer despreocupada, pero era probable que diera una imagen de impaciencia. Más allá del plano físico, estaba disfrutando cada segundo que pasaba con Ken. Cada vez que la hacía reír recordaba al chico del que se enamoró. Y su nueva imagen, que la hacía estremecerse entre temblores, también resultaba enormemente atractiva y excitante.

Respiró hondo y se acomodó en su asiento.

—¿Adónde vamos esta noche? —preguntó con aparente calma, aunque tenía la impresión de que cada vez que subían al coche preguntaba lo mismo.

—Vamos a adentrarnos en territorio enemigo, después buscaremos una fiesta y luego tengo preparada una pequeña sorpresa —explicó Ken.

—¿Territorio enemigo?

—Otros restaurantes. Clubes que compiten con Oxygen y con mis otros locales.

—Vaya, me siento muy honrada —Lisa se llevó la mano al corazón—. Y pensar que vas a enfrentarte al enemigo solo por complacerme.

—Todo por una bella doncella —guiñó un ojo a Lisa—. Además, siempre me alegra tener alguna excusa para espiar a la competencia.

Lisa sonrió y le apretó la mano con cariño. Estaba muy a gusto con él. El deseo flotaba en el ambiente, pero no era una sensación agobiante. Resultaba agradable. Ambos se deseaban y, mientras tanto, disfrutaban de su mutua compañía.

La verdad fue que la competencia resultó muy dura. Cada local que visitaban rezumaba un ambiente exquisito. Algunos contaban con luces crepusculares y mesas apartadas. Otros eran modernos y *chic*, donde los cuerpos se agolpaban al ritmo de la música. Era casi como en los viejos tiempos, ella en brazos de Ken mientras la llevaba de local en local. Dos de los restaurantes parecían perfectos para algunas de las escenas de la película de Winston y Ken presentó a Lisa a los propietarios. Anotó sus teléfonos y llegó a compromisos verbales para cooperar a cambio de que el local figurase en los créditos.

En general, la velada fue un vendaval. Terminaron en una esquina de un restaurante *Art Deco* junto a Sunset Boulevard. Lisa se desplomó sobre el sillón mullido y se dejó mecer por los ecos de una banda de jazz que tocaba en directo.

– Ha sido maravilloso. Estoy exhausta, pero ha sido maravilloso – recalcó.

– Me alegra que apruebes mis ideas – dijo Ken, sentado frente a ella.

– Espero que me guardes el secreto – bromeó –. Si Winston se entera, seguro que te contrata a ti.

– Tu secreto está a salvo conmigo – acarició la muñeca de Lisa con el pulgar.

Era tan solo una caricia, nada especial, pero para Lisa era lo más erótico del mundo. Cada contacto se convertía en una corriente eléctrica que terminaba siempre en sus lugares más íntimos.

– ¿Todavía piensas que vayamos a una fiesta?

Lisa frunció el ceño mientras consideraba si era necesario. En aquel instante no deseaba nada más que quedarse allí sentada de la mano de Ken. Y eso probaba que no estaba preparada para llevar una carrera y una relación al tiempo.

– No creo que sea una pregunta tan difícil – apuntó Ken –. El Congreso tarda menos tiempo que tú en tomar decisiones.

– Lo siento – intentó soltar su mano, pero Ken no lo permitió –. No me daba cuenta de que... No. No creo que necesitemos ir a una fiesta.

– ¿Estás segura?

– ¿Por qué? ¿Tú quieres ir? – preguntó Lisa, que no terminaba de imaginar a Ken en una fiesta salvaje en plena madrugada.

– ¿A una fiesta? No – deslizó el índice sobre su mano –. Pero ir a bailar contigo...

Lisa tomó aire. Si no podía recuperar a Ken en su vida, al menos lucharía para poseerlo en la cama.

– De acuerdo – aceptó.

– Excelente – se levantó y tendió la mano hacia Lisa, que albergaba segundas intenciones en su cabeza.

– ¿Recuerdas que el baile no es mi fuerte?

– Nadie nos estará mirando.

– Tú me estarás mirando.

– Me dejarás boquiabierto hagas lo que hagas en la pista de baile – dijo con una sonrisa que estuvo a punto de derretirle el corazón a Lisa.

La banda empezó a tocar un tema de Glen Miller justo cuando llegaban a la pista. Las parejas se dejaban llevar por el ritmo en un baile que parecía coreografiado.

– No creo que pueda hacer eso.

—Claro que puedes. Es lo más básico.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —preguntó Lisa, perpleja.

—Tengo una banda y una pista de baile en el restaurante de Orange County — dijo con una sonrisa—. Me encanta el *swing*.

—Nunca lo supe.

—Hay muchas cosas que desconocemos el uno del otro — señaló Ken.

Ella levantó los ojos hacia él. Quería comprobar si la nota crítica en su voz no había sido más que su imaginación. Pero Ken se limitaba a sonreír y la invitarla a bailar.

—Es muy fácil. Son ocho pasos básicos —le hizo una demostración mientras Lisa se limitaba a mirarlo sonriente—. ¿Lo has entendido?

Lisa asintió automáticamente.

Lo intentaron juntos, pero Lisa se tropezó. Lisa sabía que se había puesto roja como un tomate y confió en que nadie se hubiera fijado en ella. Después de varios intentos, desistieron. Ken la acompañó fuera de la pista. Estaba riendo y sus ojos brillaban. Al menos Lisa supo que no había echado a perder la noche.

—Ya te he dicho que no sé bailar — se disculpó.

—Y ya veo que no era falsa modestia — dijo con mucha seriedad, pero la curva de sus labios reveló su estado de ánimo.

—¿Me compadesces? —preguntó Lisa—. Llévame de vuelta al reservado y pídemme otra copa.

—Tengo una idea mejor.

Antes de que Lisa supiera qué estaba pasando, Ken la tomó en sus brazos y empezó a bailar lentamente, ajeno al ritmo de la banda, pero atento a una cadencia propia que tan solo ellos podían sentir.

—¡Ken, la gente...!

—¡Sss!

Estuvo a punto de protestar, pero era demasiado agradable estar entre sus brazos. Se apretó contra él y permitió que la condujera.

—No puedo creer que esté enamo... — Ken se tensó de pronto. Lisa lo miró para observar su expresión, pero Ken carraspeó enseguida—. No puedo creer que estuviera enamorado de una mujer que no sabía bailar.

Lisa rió, consciente de lo que se esperaba de ella, y ansiosa por suavizar la tensión del momento. Todavía tenía la cara apretada contra su pecho y se preguntó cuáles serían sus verdaderos sentimientos.

Y si todavía estaba enamorado de ella... ¿qué diablos iba a hacer ella?

## Capítulo Doce

Bailaron durante horas. Lisa acurrucada contra su pecho, exactamente donde Ken deseaba que estuviera. Lisa abandonó su refugio cuando se encendieron las luces en señal de que había llegado la hora del cierre.

Avanzaban en dirección al coche y Lisa no dejaba de saltar delante de Ken.

—Ha sido muy divertido —dijo Lisa y efectuó un giro.

—Sí, desde luego —rió Ken—. Ahora ya sabes bailar.

—He bailado contigo.

Estiró la mano y acarició la solapa de su chaqueta. Entonces comprendió de pronto lo que estaba haciendo, se apartó y bajó la mirada a la acera.

Ella era todo lo que recordaba y más aún. Era cálida ambiciosa y divertida. Una mujer con la que se podía conversar La única mujer que, además, lo ponía a cien. Tenía amigas, desde luego, pero ninguna a la que quisiera desnudar para hacerle el amor.

Y había estado con mujeres que lo habían excitado hasta el límite, pero sólo había sido una cuestión de sexo. Otra actividad hubiera resultado extraña.

Sin embaído, con Lisa deseaba todo el lote. Tanto los momentos de sexo salvaje como la ternura de la intimidad. Los ratos de ocio y de sosiego. Lo quería todo y eso se iba a convertir en un problema.

Trató de someter su pensamiento a la racionalidad. Su historia en común estaba truncada por el dolor Ya lo había superado, pero eso no era razón para olvidar Se había dejado tentar por una carrera exitosa y Ken podía comprenderlo porque él había sido igual a ella.

El problema era que no creía sinceramente que ella hubiera cambiado. Tan pronto como cerrara los tratos en todas las localizaciones, se marcharía. Y no podía abrirse a ella si quería sobrevivir. ¿Acostarse con ella? Claro. Y eso tenía en mente. Pero el sexo era una cosa y el amor otra muy diferente. Y, por el momento, el amor era imposible con Lisa. Sin embargo el sexo estaba en su horizonte. Algo que agradecía, puesto que verla moverse con el vestido rojo lo había excitado más que nunca. Corrió para ponerse a su altura, apoyó la palma de su mano en la espalda de Lisa y se deleitó con el suspiro que se escapó de su boca.

—No corras tanto, encanto. ¿Qué prisa tenemos?

—No tengo ninguna prisa, soldado —dijo con una media sonrisa—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Ken pasó el dedo por la espina dorsal de Lisa y ella se estremeció levemente. Se apoyó en el coche y dejó escapar un suspiro que él había provocado.

Una necesidad primaria lo atacó y Ken se apretó a ella por detrás, sintiendo las curvas de su cuerpo contra él. El coche estaba aparcado al final del aparcamiento, en un lugar oscuro y apartado, perfecto para la seducción.



–Háblame del guión –susurró Ken mientras deslizaba la mano sobre la espalda desnuda hasta alcanzar el pecho.

–¿Cómo?

–El guión. ¿Qué clase de localizaciones están previstas? –preguntó en voz baja—. ¿Algún exterior?

El dedo de Ken estimuló el pezón y Lisa chilló. Se apretó contra él, tan necesitada como Ken.

–¿Algún exterior? –repitió.

–Sí. Oh, sí.

–¿Llevas algo puesto debajo del vestido?

Ella asintió.

Acarició la superficie del pezón con la palma de la mano y depositó un beso en su cuello en el momento en que ella se arqueó.

–No llevas sujetador ¿Debo suponer que llevas bragas?

–Sí –susurró Lisa.

–¡Quítatelas!

Ella se puso rígida y, por un momento, Ken pensó que iba a protestar. Pero entonces ella se inclinó, se bajó las bragas y la prenda quedó arrugada en torno a sus tobillos.

Ken se agachó y tomó las bragas mientras ella levantaba los pies. Al levantarse, Ken deslizó la mano a lo largo de la pierna desnuda. Ella se movió y abrió las piernas, pero todavía no estaba preparado para esa invitación.

–Aquí no –abrió la puerta del coche para ella.

–¿Dónde?

–Pronto –y cerró la puerta.

Rodeó el coche. Era una noche fría, pero no hizo nada para rebajar su temperatura corporal. Se había liso tentado a poseerla en el aparcamiento. Pero, afortunadamente para ambos, todavía atesoraba un «amo control sobre sus instintos.

–¿Vamos muy lejos? –preguntó mientras rugía.

–No, no está lejos.

–Bien –dijo con una sonrisa provocativa.

Ken necesitó toda su concentración para mantener los ojos en la carretera. Al cabo de unos minutos avanzaban hacia el oeste por Mulholland Drive y dejaban a lo lejos las luces de la ciudad. Llegados a la curva que Ken estaba buscando, frenó al coche junto a la cuneta y salió del coche.

–¿Dónde estamos? –preguntó Lisa.

– Echa un vistazo – Ken le señaló un banco en lo alto de la colina – . Es privado y tiene una vista inmejorable.

– ¿Privado?

– Por supuesto. Ningún conductor se fijaría en ese banco en la colina – ella asintió – . Además, son casi las tres de la madrugada. ¿Vamos?

– Claro – aceptó Lisa sin vacilaciones.

Subieron la colina a través del estrecho sendero que cientos de amantes habían recorrido en el pasado. Finalmente alcanzaron la cima y Lisa suspiró.

– Ken, es precioso.

Tenía que estar de acuerdo. El banco se asoma al valle de San Fernando. Las luces de Los Ángeles se extendían sobre el manto de la noche y desembocaban en el océano. Lisa sabía que era un lugar perfecto, pero no sabía si para la película o para ellos. Ken se situó detrás de ella, rodeó su cintura y aspiró el aire de la noche.

– Podría quedarme así toda la vida – murmuró Ken.

Pero era mentira. Cada minuto que pasaba era más consciente de la presencia de Lisa y su cuerpo ardía por tocarla. Tenía que poseerla por completo o se volvería loco. Se inclinó un poco hacia delante, tomó el borde de su vestido y lo levantó, revelando el muslo que parecía interminable. Ella se estremeció y soltó un gemido.

– ¿Tienes frío? – preguntó Ken.

Lisa negó con la cabeza, jadeante al sentir que su caricia llegaba al punto en que su muslo se juntaba con su cadera. Estaba muy excitado y permitió que ella se moviera contra su cuerpo mientras él hacía lo mismo.

Igual que un hombre en busca del tesoro, su mano se aventuró en las profundidades. Atravesó la barrera de vello rizado y húmedo, y su dedo se detuvo justo antes del paraíso. Ella se retorció impaciente para que Ken terminase el trayecto.

– Quiero oírtelo decir.

– No pares.

Tocó con sus labios el pelo de Lisa, después la oreja mientras su otra mano se deslizaba debajo del corpiño del vestido. Sentía los pezones duros y ella se inclinó hacia delante, rogando en silencio que sus caricias no se frenasen.

– ¿Qué no debo parar?

– Lo que estás haciendo, tocarme – dijo con la respiración agitada, la cabeza elevada hacia las estrellas.

– Dime qué me voy a encontrar. ¿Estás húmeda? ¿Me deseas?

– Sí – afirmó temblando – . ¡Oh, sí, por favor!

El dedo se adentró en la jungla y su gemido acompañó al de Lisa al descubrir lo mojada que estaba. Lisa lo deseaba y esa certeza lo embriagaba de placer Ken la

acarició de un modo cadencioso, cada vez más deprisa, hasta que ella se puso tensa y supo que estaba al borde del éxtasis.

Entonces paró y ella le gritó que continuase. Pero Ken la llevó al banco y se sentó. Obligó a Lisa a que se sentase a horcajadas sobre él. Quería sentirla sobre su cuerpo y mirarla a la cara mientras se acercaba el orgasmo.

Los ojos de Lisa, abiertos e implorantes, reflejaban su deseo. Sabía que no podía decepcionarla. Con un movimiento certero deslizó la mano entre ellos y comenzó a tocarla de nuevo. Ella se arqueó al sentir el contacto.

Ken se abalanzó sobre su pecho y succionó su pezón con avidez a través del vestido. La respiración de Lisa era cada vez más rápida y supo que estaba a punto de explotar entre sus brazos. Un leve temblor, Lisa se estiró mientras su rostro era una máscara de absoluta intensidad. Trató de tomar entre sus manos el miembro de Ken.

—No, no — dijo Ken, que también lo deseaba —. Ahora se trata de ti.

—Por favor, Ken. Te deseo.

También Ken quería enterrarse en el interior de su cuerpo. Pero ese no era el plan. Era cierto que ella estaba al límite. Pero quería llevarla al extremo. Y sabía que había una buena razón, aunque en ese momento no lo recordase.

En ese preciso instante, Ken la deseaba. Más de lo que podía recordar a lo largo de su vida. Emitió un gemido gutural, maldijo en voz alta y asintió.

—Sí, cariño, yo también te deseo.

Lisa tenía preservativos en el bolso y pensó que nunca podría estar tan agradecida a nadie como a Greg en ese momento. Había insistido en que comprase y, afortunadamente, se había llevado una caja de doce unidades.

Se había prometido que no permitiría a Ken que la dejara con las ganas una vez más.

—Bésame — susurró Ken y ella obedeció.

Acercó los labios y lo besó, encantada al comprobar cómo ese beso hacía crecer su erección todavía más. Se concentró en el beso, exploró su boca y lo torturó un poco. Arrancó un gemido de su garganta y Lisa reprimió una sonrisa de satisfacción. Sentía las manos de Ken en sus caderas mientras ambos acompañaban el movimiento en busca del frenesí.

—Ahora — dijo ella y buscó el miembro de Ken mientras este asentía.

Una vez liberado ella lo acarició. Empezó a moverlo cada vez más rápido. Lisa quería llevarlo al paroxismo del placer, tal y como él había hecho con ella. Las manos de Ken se cerraron sobre la suya y detuvieron su movimiento. Lisa levantó la vista para mirar sus ojos encendidos de pasión.

—Ahora — dijo Ken.

Levantó a Lisa en el aire y la colocó sobre él de nuevo de tal modo que, con una sola embestida, penetró a Lisa con un movimiento limpio y preciso.

— ¡Oh, sí, Ken!

La voz de Lisa era apenas un gemido. Al fin estaba experimentado lo que había anhelado desesperadamente durante tantos años. Y ahora que estaba ahí, en sus brazos, perdida en la nebulosa del deseo, supo que no podría vivir nunca sin él.

Se movieron juntos. Primero lánguidos, pero después más deprisa a medida que crecía la pasión. Ken hundió la cabeza entre sus dedos, chupando y lamiendo a través de la tela del vestido. Las manos acariciaban sus muslos.

Llevó el pulgar hasta el clítoris y acompañó sus embestidas con el roce de su dedo. Ese contacto era como una corriente eléctrica que llegaba hasta sus extremidades.

— Lisa — murmuró —. Oh, Lisa.

Estaba temblando y Lisa supo que estaba a punto, Igual que ella.

— Por favor — musitó Lisa.

O mundo estalló en mil pedazos y se aferró a sus hombros mientras echaba la cabeza hacia atrás. Las estrellas del cielo se difuminaban en un haz de luz.

Lisa escondió la cabeza bajo el hombro de Ken. Se sentía segura en sus brazos. Era un hombre que le estaba haciendo sentir cosas que nunca había experimentado. Se estremeció.

— ¿Tienes frío?

— Estoy bien — confesó, pero no era cierto.

Se sentía perdida, confusa, insegura. No comprendía sus sentimientos hacia él ni qué sentía Ken hacia ella. Se mordió el labio y se preguntó si no sería más que el objeto de su venganza. Había estado a punto de confesar que la amaba en voz alta. Quizá fuera cierto. Quizá siempre la había amado.

Ken la abrazó y le procuró el amparo que necesitaba. ¿Podrían recuperar lo que habían tenido en el pasado? No lo sabía, pero en ese instante estaba dispuesta a creer que era posible.

En muchos sentidos sentía la tentación de gritar, de bailar a su alrededor, de besarlo. Pero una parte de su persona también sentía pavor, consciente de que tendría que abandonarlo todo para obtener el amor de Ken.

Alicia estaba de pie en la oscuridad, una cámara con zoom en la mano mientras tomaba fotos de Ken y Lisa en el banco, ajenos a su presencia.

Era un bastardo y también la fulana que lo acompañaba. Alicia había investigado el pasado de Lisa Neal. Había tirado un brillante porvenir por el retrete y había gastado el dinero de un estudio para satisfacer los vicios de su amante, Drake

Tyrell. Y ahora Winston Miller le concedía una segunda oportunidad. Era inconcebible.

Nadie le había concedido a ella una segunda oportunidad. Tenía que luchar a brazo partido por cada migaja.

Y era aún más raro que Ken Harper sostuviera a Lisa Neal en sus brazos. Estaba besándola y parecía que realmente estaba disfrutando. Observó el modo en que la besaba mientras su cámara immortalizaba cada instante. Sopesó la idea de subir la colina para enfrentarse a ellos. Lisa Neal no pertenecía a Ken, no lo merecía.

Pero se contuvo, desde luego. Tenía un plan y no quería echarlo a perder. Guardó la cámara y sonrió. Estaba segura de que, esta vez, Ken Harper le permitiría grabar en su restaurante. No le cabía ninguna duda.

—Estás enamorado, amigo mío — anunció Tim al ver entrar a Ken en la oficina de madrugada.

—¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó mientras trataba de espabilarse.

—Hago inventario — dijo desde la mesa de trabajo—. Ya sabes, todos esos detalles que hacen que este restaurante funcione como una máquina bien engrasada.

—Sí, por supuesto — sacudió la cabeza en busca de una disculpa—. Todavía ando un poco dormido.

—¿Una noche muy larga?

—Una noche maravillosa — dijo con una sonrisa estúpida, consciente de que su plan había sido un completo fracaso.

Perderse en el cuerpo de Lisa había sido lo más maravilloso que le había sucedido en toda su vida, algo milagroso, asombroso. Un acto que podía cambiar una vida. Después de despedirse de ella con un beso de buenas noches, se había arrastrado hasta la *suite* y había pasado la noche en vela, dando vueltas.

—No me has contestado — dijo Tim—. Eres un hombre enamorado.

—No sabía que fuese una pregunta — se sentó en su despacho y hojeó los informes.

—Pero tampoco lo has negado.

—No tengo nada que discutir — se recostó en el sillón de cuero, la voz alegre.

—¿Qué es lo que te he dicho?

—Tenías razón — se sintió bien al admitirlo—. Quiero a Lisa. Creo que siempre la he querido.

—Ya sabía que la venganza no era tu estilo.

—No lo es. Pero tampoco estoy seguro de que lo sea el amor.

—¿Qué quieres decir?

— Nada — hizo un gesto en el aire —. No quiero decir nada.

Eso era mentira, desde luego. Había pasado de querer castigarla a amarla sin concesiones. La furia que se había instalado en su estómago como un tumor maligno había desaparecido.

Y eso significaba que ya no tenía nada a lo que aferrarse. Ya no tenía red de seguridad bajo sus pies. Estaba totalmente expuesto y volaba totalmente ciego. Y la verdad era que, si él podía admitir que estaba enamorado, no tenía idea de lo que sentía Lisa hacia él.

Para ella podía tratarse tan solo de un juego. La primera noche se había referido a su trato como juegos sexuales. No sabría lo que sentía hasta que no le confesase que la amaba. Y no sabía si ella se quedaría el tiempo suficiente.

## Capítulo Trece

—El sitio es asombroso —dijo Lisa y giró sobre los talones en el jardín de la Mansión Greystone, en aquel momento abierto al público—. ¿Estás seguro que no es una de las localizaciones para la película?

—No. Esto es tan solo para nosotros.

—Gracias —sonrió agradecida—. Me encanta.

—Es uno de mis lugares preferidos cuando quiero pasear, estar sólo y pensar.

Tomó de la mano a Lisa y la condujo hacia el estanque japonés. El enorme pez dorado se movía perezoso entre los nenúfares.

—Seguro que era un sitio fabuloso cuando estaba habitado. Apuesto algo a que su dueño era un director de cine o un actor famoso —tiró de él hacia una ventana—. Seguro que organizaban unas fiestas fabulosas y las chicas bailaban el charleston mientras la orquesta tocaba en el salón.

—Seguro que tienes razón —rió Ken y se situó frente a ella.

Entonces la besó en la boca. A él también le hubiera gustado vivir en un lugar como ése. La verdad era que se hubiera conformado con algo más pequeño. Un jardín y quizá un estanque. Pero era un viejo sueño que había desechado.

—Yo siempre tengo razón.

—¿De veras? —Ken arqueó las cejas.

—Bueno, siempre tengo razón en las cosas que tengo razón.

¡Señor, amaba a esa mujer! Y se sentía bien al afirmarlo aunque fuera en voz baja. Acercó a Lisa hacia él y le besó el pelo con fruición.

—Estás loca. Lo sabes, ¿verdad?

—Creo que la palabra que estás buscando es excéntrica —dijo ella con una sonrisa.

—¿En serio? —bromeó y ella lo golpeó en el brazo con cariño—. Quizá seas una excéntrica, pero yo tengo hambre.

—¿Y?

—Y resulta que tengo una cesta con comida en el maletero del coche —explicó Ken.

—¿Tienes la costumbre de planear las tardes con antelación durante horas para que sean perfectas? —dijo Lisa después de plantarle un sonoro beso—. ¿O acaso es una virtud natural en ti?

—¿Qué respuesta te impresionaría más?

Lisa no contestó y él tampoco. Fueron al coche, sacaron la cesta y regresaron al césped de los jardines.

– Hay una mesa de piedra – señaló Ken hacia un punto en la distancia.

Ella negó con la cabeza, extendió el mantel sobre la hierba.

– Esto es más tradicional.

– Supongo que es justo – aceptó –. Siempre que no invitemos a las hormigas.

Mientras se acomodaban y disfrutaban de la comida campestre, Ken tuvo la certeza de que había acertado en la elección del lugar. Era agradable, romántico, natural.

– ¿Por qué abandonaste la idea de la cafetería?

Ken la miró, asombrado. Estaba tumbada boca arriba, comiendo uvas, y había ladeado la cabeza para mirarlo directamente.

– Estabas entusiasmado con la idea antes de que yo... antes de que me marchara – continuó Lisa –. ¿Por qué abandonaste la idea?

– No lo sé. Falta de interés, supongo. Oxygen estaba funcionando muy bien y no parecía lógico cambiar radicalmente de estilo – se encogió de hombros.

– Pero siempre hablabas de eso – recordó –. Un lugar del que tu madre se sentiría muy orgullosa.

– Sí, bueno, perdí el entusiasmo.

– ¿Fue por mi culpa? – y acompañó la pregunta con unas arrugas en la frente.

– Hubo muchas razones, pero tú fuiste una de ellas – dijo Ken.

Había comprendido después de la partida de Lisa lo mucho que la cafetería significaba para ellos además de cómo tributo a sus padres. Había deseado un lugar en el que se pudiera sentir como en casa después de la muerte de sus padres. Pero nunca habría sido un verdadero hogar sin ella, por lo que había decidido abandonar la idea y trasladarse al hotel. No podía reconstruir su hogar.

– Lo lamento – tomó de la mano a Ken.

– Ya lo sé. Y lo entiendo.

– ¿De veras?

– Sí, creo que sí – se incorporó sobre un codo –. Te quería mucho. Lo sabes, ¿verdad?

Lisa asintió en silencio, los ojos bajos.

– Cuando te fuiste, se me partió el alma – tomó aire –. Pero no creo que tú me amaras. ¿Era así?

Sus ojos se encontraron y Ken advirtió las lágrimas suspendidas en sus ojos.

– No lo sé. Yo... – sacudió la cabeza –. Me convencí de que no te amaba, que no podía.

– Por culpa de tu carrera.

– Lo significa todo para mí.



¿Hablaba en pasado o en presente? Ken no estaba seguro, pero decidió dejar la pregunta para otro momento.

—Ya lo sé. Siempre comprendí tu ambición profesional —dijo con una sonrisa—. ¿Cómo no iba a hacerlo, dadas las circunstancias?

—Ya lo sé. Ese era unos de los rasgos que me encantaban de ti.

—Así que me querías un poquito, por lo menos.

—Más que un poquito —se ruborizó—. Pero tenía miedo de admitirlo. Y después de marcharme... tenía miedo de que me odiaras.

—Lo intenté, pero no pude. Nunca he podido —negó con la cabeza—. Te deseaba. Y cada vez más.

—¿Hasta el extremo?

—Y más allá.

—¿Y ahora? —preguntó Lisa con una tímida sonrisa.

—Muchas cosas han cambiado en los últimos días —se sentó y tomó su mano—. Será mejor que comamos si no queremos que sobre comida.

—He hablado con Winston —dijo Lisa, que aceptó el cambio de tema—. Está impresionado con todas las localizaciones. Y también le han parecido bien algunas de mis sugerencias para el guión.

—Es estupendo. Estás trabajando muy duro. ¿Qué localizaciones has elegido?

—El muelle. El hotel de María. Hablé con ella anoche y estaba emocionada con la idea. E incluso he cerrado un trato con la competencia en el restaurante con orquesta.

—¡Enhorabuena!

—Y, por supuesto, Oxygen. Eso es lo que más ha impresionado a Winston.

—Ya lo sé. Creo que está impresionado desde el primer día.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lisa visiblemente confusa.

Ken le habló a Lisa de Alicia Duncan y su presunción de que había conseguido Oxygen por haberse acostado con él.

—Pero, Ken. Es la verdad —se levantó y empezó a moverse, muy nerviosa—. Ni puedo afrontar un nuevo escándalo en este momento.

—Tranquila, todo irá bien —Ken intentó serenarla—. Alicia no lo sabe, sólo es el modo en que su sucia mente funciona. Y la avisé de que si escribía algo en contra tuya nos veríamos la cara en los tribunales.

—¿Eso le dijiste? —preguntó Lisa.

—Y lo dije muy en serio.

—Gracias.

– Todo irá bien. Alicia no tiene ninguna prueba, sólo intentaba tenderme una trampa para que le permita grabar su espacio en Oxygen –explicó Ken–. No permitiré que te ocurra nada, ¿de acuerdo?

– De acuerdo – asintió Lisa, algo perpleja.

– Y hablando de escándalos sexuales...

– ¿Qué?

– Quiero disculparme por lo que ocurrió anoche.

– ¿Te has vuelto loco? – dijo ella, atónita –. Fue fabuloso.

– ¿Sí? Bueno, yo también disfruté.

– ¿Y por qué te disculpas?

– Todo transcurrió con... demasiada urgencia – apartó un mechón de pelo de su cara –. Mereces algo mejor. Vino y rosas. No solo lujuria y lascivia.

– Eres increíble – rió Lisa y las preocupaciones se evaporaron. Se acercó a Ken, le acarició el pelo y lo besó –. Anoche fue maravilloso. A veces una chica necesita lujuria.

– Es bueno saberlo – dijo Ken –. Pero, aun así, me gustaría recompensarte.

– ¿En serio? – dijo sin aliento, la mirada anhelante.

– Sí, en serio – y deslizó la mano en su cintura.

– Supongo que no tengo derecho a discutir, sobre todo si incluye vino y rosas.

– Esto es una maravilla, pero no tendrías que haberte molestado.

Era una gargantilla preciosa. Una sencilla cadena de oro y un diamante en forma de corazón a modo de colgante. Lisa lo balanceó entre sus dedos. La luz arrancaba destellos a las diversas caras de la joya.

– Quiero que lo tengas.

– Debería negarme – dijo Lisa, que se sentía mimada –. Tendría que rechazarlo.

Ken tomó la joya y con delicadeza se lo puso. Lisa se llevó la mano al cuello inmediatamente y las lágrimas afloraron a sus ojos.

– Pero no vas a hacerlo – insistió Ken –, porque sabes que quiero que lo tengas.

Ella asintió, incapaz de hablar. Ken se volvió hacia el vendedor.

– Creo que eso ha sido un «sí».

– Es una pieza magnífica – dijo el dependiente.

– Tiene que estar a la altura de la mujer que lo va a lucir – apuntó Ken.

Lisa no lo miró a los ojos. Sabía que, de hacerlo, se echaría a llorar. Parecía que su cuerpo no soportara tal cúmulo de emociones y quisiera un poco de descanso. Mientras salían del establecimiento Lisa esbozó una sonrisa que confiaba transmitiera toda la felicidad que había sentido a su lado en los últimos días.

—Me siento como una princesa —dijo—. Creía que me ibas a regalar rosas, no diamantes.

—Bueno, las rosas están en mi habitación.

—¿De veras? —levantó la ceja y se sentó en un sillón de cuero en el bar del hotel.

—Sí —aseguró Ken con una caricia que ella quiso prolongar.

Todo lo que había sentido por Ken en el pasado había vuelto y había crecido. Antes había construido barreras y la distancia la había ayudado. Pero estaba cayendo igual que Alicia en la guarida del conejo blanco. Y no le importaba. Quería dejarse caer y aterrizar en los brazos de Ken. Y el milagro radicaba en que él parecía quererlo también. Después de todo el daño que le había hecho, Ken todavía la amaba.

Claro que no lo había dicho con esas palabras. Pero había estado cerca. De algún modo, a lo largo de los últimos días, había recuperado a Ken.

Ella había regresado a Los Ángeles para recuperar su carrera y había encontrado el amor. No sabía si podría compaginar ambas cosas, pero quería disfrutar el momento. Ya tendría tiempo para preocuparse más adelante.

La camarera llegó con dos copas de vino.

—¿Estás bien? —le entregó su copa—. Estás muy callada.

—Un poco cansada —confesó, y era cierto.

—¿Una mala noche? —ironizó con una mirada frívola.

—Tenía otras cosas en la cabeza —dijo con una sonrisa similar.

—Sé a lo que te refieres —su mano acarició el muslo de Lisa—. Tendrías que haberte puesto el vestido rojo.

—¿Para un picnic? —dijo, a punto de soltar una carcajada.

—No tendría que haberte dicho adónde íbamos —La mano siguió su exploración sobre la tela de los vaqueros—. Quizá te habrías puesto una falda.

—Ken... —sintió un calor especial en las mejillas y miró en derredor—. Alguien puede vernos.

—Déjales que miren. Estarán celosos. A no ser...

—¿Qué? —preguntó ella.

—A no ser que quieras ir a un lugar más íntimo.

—¿Un lugar?

—¿Tu habitación o la mía? —se levantó y tendió la mano a Lisa.

Ella tragó saliva, consciente de que ese era un gran paso. Habían practicado el sexo en un banco la noche pasada. Pero tan solo había sido lujuria. Sin embargo las cosas entre ellos habían cambiado. Lisa lo sentía en el fondo del corazón. Y si tomaba su mano y subían a la habitación, ya no habría sexo. Harían el amor. Y eso sería como una confesión pública de sus sentimientos.

Levantó la cabeza y encontró los ojos de Ken. Eran de un azul profundo y escondían muchas cosas. Pero no podía ocultar la verdad. Estaba enamorado y no le haría daño. Solo confiaba en no herirlo nuevamente al final del día.

– Eres una preciosidad – dijo, encantado con el rubor de sus mejillas.

– Tú me haces parecer preciosa.

– Bien – la rodeó por la cintura.

Quería hacerle el amor toda la noche, convencerla con sus caricias de que la amaba. Pero más que nada quería escuchar de su boca que ella también lo amaba.

Lisa se agarró a su brazo y Ken le enseñó la suite.

– Es muy pequeño para el gran Ken Harper – dijo tras ver la cocina.

– Bueno, tengo la cocina grande unos pisos más abajo – bromeó Ken.

Ken observó cómo Lisa contemplaba todo y supo lo que estaría pensando. Las habitaciones estériles de un hombre solo que vivía en un hotel. Una semana atrás le había parecido un lugar perfecto. Ahora sentía claustrofobia.

– Ken, ¿ocurre algo? – se interesó Lisa.

– Nada – dijo con aire despreocupado.

– Creo que no me lo has enseñado todo, ¿verdad?

– Tienes razón – acarició la nuca de Lisa con los dedos—. Todavía queda una habitación. ¿Te gustaría verla?

Lisa no dijo nada. Se limitó a salir de la cocina e invitó a Ken a que lo siguiera con una significativa mirada. Ken no tardó en ir tras ella. Cruzaron una puerta y frente a ellos apareció la cama. La asistenta había puesto embozo y la sábana blanca sobresalía.

Ken quería poseer a Lisa en esa cama, quería idolatrar su cuerpo, quería hacerle saber lo mucho que todavía la amaba. Sin una palabra llevó a Lisa hasta la cama y se sentó en el extremo. Utilizó un dedo para desabotonar la camisa de ella hasta que estuvo sentada frente a él, en vaqueros y con un sujetador de encaje. La visión de los pezones sonrosados presionando la tela del sostén hizo bullir su sangre.

– ¡Oh, cariño!

Se arrodilló frente a ella, luchó con el botón del pantalón y le bajó la cremallera. Lisa paseó sus dedos entre su pelo mientras sus respectivas respiraciones se agitaban.

Levantó las caderas y Ken le bajó los pantalones de un tirón. Lisa se quitó los zapatos y Ken hundió el rostro en la frescura de sus muslos.

Forzó que Lisa abriera las piernas mientras la besaba arriba y abajo. Llegó hasta sus braguitas, metió un dedo debajo de la tela elástica y empujó hacia abajo. La respiración de Lisa se aceleró, sus gemidos brotaron naturales junto a su oído mientras se incorporaba un poco para facilitar los movimientos.

Ken se sentía embriagado por el perfume de Lisa. Estaba borracho de lujuria. Necesitaba saborear su piel. Quería besar cada rincón de su cuerpo, llevarla al culmen del placer y seguirla en ese camino.

Besó a Lisa con absoluta ternura y ella jadeó.

—Ken... —su voz era tenue, pero la pasión que transmitía era clara—. Sí... sí...

Con una mano entre sus muslos, llevó la otra hasta sus pechos. Ella se estiró, muy tensa, y Ken supo que estaba cerca del clímax. Hundió la lengua en sus interioridades hasta que el placer de Lisa provocó que él también se acercara al precipicio.

Abrazó a Lisa con fuerza y ella se aferró a él. En ese instante supo que, más que nada en ese mundo, quería a esa mujer en su vida.

## Capítulo Catorce

Lisa se estremeció entre los brazos de Ken. Estaba totalmente satisfecha después de que Ken le hubiera hecho el amor con la boca.

—Es tu turno —musitó, deseosa de corresponder a Ken como merecía.

—Cariño, me encantaría que así fuera. Pero esta es tu noche.

—No parece justo —apuntó ella y llevó la mano a la entrepierna de Ken para comprobar si todavía estaba excitado.

No tardó en comprobarlo. Ken contuvo la respiración, esforzándose para controlar sus emociones.

—Este era mi regalo, ¿recuerdas? —dijo Ken con voz ronca—. Mi compensación por lo de la otra noche.

—Si, ya lo sé —deslizó la mano bajo la sábana y agarró su miembro—. Estaba pensando en cambiar ese punto.

Cerró los dedos sobre el miembro y miró la reacción de Ken. Cerró los ojos y perdió el control. Un ansia de poder bañó el espíritu de Lisa. Ken estaba loco por ella y se moría por sus caricias. Lisa quería llevarlo a las cimas absolutas del placer. Lentamente, reptó sobre su cuerpo mientras el sudor impregnado la ayudaba a resbalar.

Lisa no podía esperar, no quería, y se deslizó hasta que un grito de placer señaló el momento en que Ken había penetrado su fuego con una sola embestida. Empezó a bombear sin desmayo hasta que ambos alcanzaron un punto de no retorno. Se movían frenéticamente al mismo ritmo y alcanzaron el orgasmo al mismo tiempo. Una vez que las sacudidas de placer cesaron, cayeron uno junto al otro, exhaustos.

—Te quiero —dijo Ken en un susurro.

Lisa sonrió contra la almohada. Pero aun cuando abrió la boca para corresponder a ese sentimiento, las palabras no surgieron. Estaba demasiado asustada. No quería sacrificarlo todo por una impresión errónea. Al volverse para mirar a Ken a la cara, en silencio, observó la decepción en sus ojos. Pero también vio esperanza. Y entonces supo que lo amaría siempre.

Besó a Ken con ternura en la mejilla, giró sobre la cama y se abrazó a él. Ken la rodeó con su brazo, la atrajo hacia él y ella rezó en silencio para que algún día reuniese el valor necesario para decirle que lo amaba. El coraje para gritarlo a los cuatro vientos.

Habían olvidado cerrar las cortinas y el sol de la mañana incidía directamente sobre el pelo rubio de Lisa. Perdida en el sueño profundo, estaba maravillosa. Tenía los labios húmedos e hinchados todavía a causa de sus besos. Sentía un cosquilleo en

los dedos que lo incitaban a tocarla. Quería despertarla y hacerle el amor, otra vez. Quería que ella dijera las palabras mágicas.

Pero no era algo que pudiera forzar o precipitar Sabía, en lo más profundo del corazón, que ella también lo amaba. Hizo acopio de fuerzas y salió de la cama. Era un tormento abandonar su compañía. Además, apenas había dormido tres horas.

A su lado, Lisa se estiró y estuvo a punto de cambiar de parecer. Se quedó muy quieto, consciente de que si ella abría un ojo o esbozaba media sonrisa, perdería el control y volvería a abrazar su ternura bajo las sábanas.

Pero tenía un negocio que atender. Ya era hora de que bajase a echar un vistazo. En realidad no estaba preocupado. Tim podía encargarse del restaurante con los ojos cerrados. Pero nunca se había sentido cómodo delegando responsabilidades. Y había dejado el día a día en manos de otro demasiado tiempo.

Muy despacio, para no despertarla, avanzó sobre la moqueta. Rebuscó en la penumbra algo que ponerse. Finalmente vestido, fue hacia la puerta, pero hizo una última parada para mirar a Lisa.

– Te quiero. Lisa Neal – susurró –. ¡Que Dios me ayude! Pero te quiero.

Al escuchar la puerta, Lisa se dio la vuelta en la cama y abrazó la almohada. Se llevó la mano a la cara para quitarse el pelo y se notó húmeda. Entonces comprendió que estaba llorando. Estaba complicándolo todo. Muchas personas combinaban una carrera y una familia. Pero ella sabía que no se sentiría bien hasta que su carrera estuviera bien encaminada. Y en eso Ken no podía ayudarla. Además, no sería justo confesar que lo amaba. ¿De qué serviría si no podía entregarse completa a él?

Y no podía. Tenía que hacer algo con su vida. No quería renunciar a sus sueños. Había comprobado los efectos en su propia familia. Pero eso no le pasaría a ella. Lisa Neal siempre conseguía lo que se proponía. Había estado luchando durante cinco años y ahora tenía una verdadera oportunidad.

Pero no era justo. Cinco años atrás había sido muy joven e ingenua. Se había convencido de que no lo amaba. Sin embargo, ahora tenía la certeza de que lo amaba y sabía lo pavoroso que podía llegar a ser el amor.

Se sentó en la cama y se tapó con la sábana. Recordó el modo en que las manos de Ken recorrían su cuerpo. Quizá no lo estaba juzgando bien. De todos los hombres del mundo, sin duda Ken comprendía la ambición. Quizá podría funcionar. O quizá se estaba haciendo ilusiones después de una noche de pasión.

Sonó el teléfono y descolgó, convencida de que sería Ken. Pero no era él.

– ¿Señorita Neal?

– ¿Sí? – contestó preocupada.

– Llamo de recepción. El señor Harper nos ha dado instrucciones de que la informáramos de si tenía mensajes de voz. ¿Quiere escucharlos?

—Sí, por favor —dijo Lisa.

Escuchó un sonido electrónico y después la voz de Winston que la conminaba a que llamara a Nueva York en cuanto tuviera un momento libre. Se mordió el labio, descolgó el teléfono y marcó el número de la productora.

—¡Lisa! —la voz de Winston sonó exuberante.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una proposición para ti, querida. Creo que te va a gustar.

—De acuerdo —dijo con un nudo en el estómago.

—¿Qué te parecería trabajar para mí en calidad de encargada de proyectos? Serías mi mano derecha. Tendrías un despacho con vistas a Central Park.

Lisa se quedó mirando el auricular mientras procesaba la información.

—¿Lisa? —preguntó Winston, alarmado.

—¿Quieres contratarme? ¿Quieres que trabaje en Manhattan, contigo?

—Siempre he sabido que eras una chica lista.

—Pero... —se calló mientras se preguntaba cómo era posible que la habitación diera vueltas—. ¿Estás diciendo que...? ¿Quieres hacerme un contrato fijo? ¿Quieres que lea los guiones, desarrolle los proyectos y trabaje todos los días en tus oficinas de Central Park?

—Así es. ¿Conoces a mi ayudante, Daniel? —no esperó una respuesta—. Tiene una oferta de la BBC. Se traslada a Londres. Su puesto queda vacante.

—¿Y quieres que lo ocupe yo?

—Trabajaremos codo con codo. Estarás en el meollo de todo. ¿Te interesa?

Lisa se pellizó. No sabía si estaba soñando. Winston le ofrecía lo que siempre había deseado. Tendría poder y control sobre cada proyecto. Y en una productora estrella. No habría imaginado un puesto mejor ni en sus mejores sueños.

—¿Por qué yo? —preguntó de pronto—. Tuve que implorarte que me concedieras una oportunidad para colaborar en una película.

—Me dijiste que eras muy buena. Y lo has demostrado. Has hecho un gran trabajo con las localizaciones en Los Ángeles. Me han gustado las sugerencias para el guión. Tienes buenas ideas para el reparto. Veo cosas que me gustan.

—¿Y?

—Y he investigado un poco tu pasado —dijo con una sonrisa—. Es cierto que fuiste una de las grandes perjudicadas en el asunto de Tyrell. Bueno, ¿qué dices? ¿Quieres hacer historia en la industria del cine?

—¿Puedo llamarte mañana? —sugirió Lisa antes de aceptar.

—Claro —respondió Winston.

Lisa colgó. Suspiró aliviada, pero no estaba segura de lo que había hecho. Tan sólo sabía que necesitaba hablar con Ken.



## Capítulo Quince

Ken abrió la puerta de su despacho. Estaba de muy buen humor. Sin embargo, dos segundos más tarde entró Alicia y todo se fue al traste.

– Ahora no, Alicia – dijo –. No estoy de humor para discutir contigo.

– Mejor – tiró el bolso sobre la mesa y se sentó –. No creo que estés en posición de discutirme nada.

– ¿Qué es lo que quieres, Alicia?

– Quiero lo mismo que quería antes. Y cuando haya terminado desearás haber aceptado mi propuesta al primer día.

– ¿De qué estás hablando?

– Ken, querido, una imagen vale más que mil palabras – sacó un sobre ocre de su bolso y lo tiró sobre la mesa.

Eran fotos en blanco y negro, muy explícitas, de Lisa y él.

– ¿Y que? – dijo con aparente calma, aunque el corazón se le salía del pecho.

– Me pregunto... ¿qué pensarán la señorita Neal o el señor Miller si estas fotos aparecen publicadas en *Variety* o *Hollywood Reporter*?

– No lo harías.

– Vamos, Ken – sonrió Alicia con frialdad –. Me conoces bien y sabes que haría eso y mucho más, si fuera necesario.

Se mesó los cabellos. Sabía que Lisa no podía hacer frente a un nuevo escándalo de esas características. Amaba a Lisa más incluso que en el pasado y haría lo que fuera para evitarle cualquier daño.

– Muy bien. Tú ganas.

– Yo siempre gano – dijo con altivez.

– Puedes grabar tu programa cuando empiece a trabajar el equipo de rodaje de la película – ofreció Ken –. De ese modo podrás aprovechar la circunstancia para entrevistar a algunos de los protagonistas.

– ¿Así de fácil? – dijo con cierto recelo –. ¿Vas a permitirme grabar y que hable con quien quiera durante la filmación de la película?

– Una sola condición.

– Lo sabía.

– Quiero todas las fotos y los negativos – dijo Ken –. Y firmarás un acuerdo según el cual te comprometes a no desvelar lo que has visto.

– Esas fotos valen mucho.

—No valen nada. Es periodismo basura y no creo que quieras adentrarte en ese terreno — señaló Ken.

—Ella no vale la pena, Ken —apuntó Alicia tras una pausa—. No es más que una cualquiera. Te está utilizando. ¿Es que no te das cuenta? Solo quiero protegerte.

—No me utiliza, Alicia. Estoy enamorado de ella y siempre lo he estado —ella se estremeció y Ken comprendió que estaba celosa—. Entre tú y yo no hay nada, Alicia. Nunca lo hubo.

—Claro que sí, Kenny —sonrió como si estuviera ante las cámaras—. Éramos la pareja perfecta.

—No, lo lamento. Pasamos buenos ratos juntos, pero nada más.

—No me quieres —se pasó la lengua por los labios—, ni siquiera te preocupas por mí. ¿Y estás enamorado de esa tal Lisa?

—Sí, así es.

—Ella no vale la pena —dijo con gesto desdeñoso.

—Me temo que en eso no estamos de acuerdo —avanzó la mano—. ¿Las fotos?

—Está bien —aceptó—. Tenemos un acuerdo. Ni fotos ni historia.

—Gracias. Y, si por casualidad, se filtra una imagen o algún comentario a la prensa, te sacaré hasta el último centavo.

—Tranquilo, Kenny, no olvides que estamos entre amigos.

—No lo olvides tú —sonrió.

No estaba seguro de la palabra de Alicia, pero sabía que no arriesgaría su reputación. Eso suponía que Lisa, de momento, estaría salvo.

### ¿Fotografías eróticas sobre Mulholland?

Lisa sintió una punzada en el estómago. ¿Sería cierto? Estaba de pie junto a la puerta del despacho de Ken. Se apartó al advertir que Alicia salía de allí.

Fotografías de ella y Ken. No podía ser cierto, pero lo era. Había escuchado la discusión y había visto cómo se pasaban el sobre. Sintió escalofríos al pensar lo cerca que había estado de protagonizar otro escándalo. Estaba furiosa. El trato de Ken la había colocado en una posición muy peligrosa. ¿En qué había estado pensando?

Pero la culpa no había sido de Ken, sino suya. Se podía haber negado, pero había aceptado. Tendría que haberse conducido con más cabeza. Inclineda, con las manos en las rodillas, respiró hondo. Pero no habría un nuevo escándalo. Estaba segura porque Ken la había rescatado. Había limpiado su imagen. No sabía qué había sucedido exactamente, pero sí sabía que Ken había puesto a Lisa por delante de su carrera. Eso la hizo sentirse muy poca cosa y se asustó.

Tenía que tomar una decisión similar pronto. Pero no tenía la misma fuerza que Ken. Ella no tenía asegurado su trabajo. Si se permitía el lujo de querer a Ken...

Pero se estaba engañando. Ya lo amaba. La pregunta era si podría sostener su carrera y compaginarla con una relación estable. Ken se había arriesgado por ella. Se mordió el labio inferior. Quería tomar ese mismo riesgo por él, por amor. Pero el miedo la retenía. Y se quedó ahí parada, sin moverse, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

El agente inmobiliario detuvo el coche frente al chalé azul pintado con una raya blanca y se volvió hacia Ken.

— Ya hemos llegado — anunció.

Salió del coche y se quedó de pie sobre la hierba. Estaba mirando la finca. Había vivido durante cinco años en el hotel, pero de pronto había sentido la necesidad de tener una casa propia, un hogar. Los últimos días junto a Lisa lo habían hecho recapacitar acerca de lo mucho que había dejado atrás. Deseaba un hogar, una familia y quería abrir su cafetería.

— ¿Señor Harper? — llamó el agente de la propiedad.

— Lo siento.

El interior de la casa era tan encantador como el jardín. En apenas media hora tuvo claro que quería comprar esa casa.

— ¿Puede tener un precio para esta noche?

— Por supuesto — asintió el agente con los ojos muy abiertos.

— Bien — afirmó, contento por cómo se desarrollaban las cosas.

Quería vivir en esa casa con Lisa, y confiaba en que ella aceptaría. Pero, incluso si se negaba, ya era hora de que comenzara a vivir en una casa propia.

Era una lección que había aprendido por el camino difícil. Solo esperaba que, después de los últimos cinco años, ella también lo hubiera aprendido.

Cuando Ken llegó a la *suite*, Lisa casi había perforado un agujero en la moqueta después de dar tantas vueltas.

— ¿Dónde te habías metido?

— En ninguna parte en particular — una sonrisa asomó a sus labios—. Me he comprado una casa modesta en Santa Mónica.

— ¿Te has comprado una casa? — y no pudo reprimir una carcajada de felicidad—. ¿Así, sin más?

—Sí. Uno de esos chalés azules en una de esas calles que tanto te gustan — señaló con naturalidad—. La verdad es que tan solo he hecho una oferta. Pero creo que los propietarios aceptarán.

—¿Y... por qué lo has hecho?

—Por muchas razones. Pero, sobre todo, quiero tener una vida propia — se acercó a ella en dos zancadas y le tomó las manos—. Una vida a tu lado.

—¿A mi lado? —tragó saliva y sintió el corazón a cien en su pecho.

—Te quiero, Lisa. Y quiero que te quedes conmigo.

El entusiasmo la embargó. Ya lo había dicho antes, pero había sido en la fiebre de la pasión. En ese momento estaba diciendo que quería compartir su vida con ella...

La felicidad se apoderó de su corazón, pero enseguida la cruda realidad se interpuso. El pasado se repetía y ella tenía en el bolso un billete de avión a Nueva York.

—Yo... bueno... —se puso muy rígida—. Tendrías que haberme consultado antes. No puedes comprar una casa para nosotros...

—Es mi casa. Una casa para mí —apuntó Ken.

—Pero has dicho...

—He dicho que te quiero. Y deseo vivir contigo. Pero si no aceptas, pienso mudarme de cualquier manera. He estado en Babia durante cinco años. Es hora de que empiece a tener una vida, además de un trabajo. Y Lisa, créeme si te digo que puedo aspirar a las dos cosas.

Ella apretó los labios y combatió las lágrimas. Había reflexionado durante horas y la decisión que había tomado no había resultado nada fácil.

—¿Es posible? ¿Puedes alcanzar tus metas y además mantener una relación estable? ¿Podrías hacerlo sin echarme en cara que te quitara tiempo para otras cosas?

—Estoy donde quiero estar.

—Y ése es el problema —asintió—. ¿No lo entiendes? Yo nunca lo he conseguido. Nunca he saboreado el éxito. Es lo que siempre he deseado y no estoy preparada para renunciar a ese sueño.

—¿Tendrías que renunciar si estuviéramos juntos?

—Yo también te quiero. Te quiero tanto que... —una lágrima rodó por su mejilla—. Pero no quiero terminar reprochándote las cosas. No podría soportarlo. Estoy pensando en regresar a Nueva York.

—Pensé que estabas pensando en mudarte de nuevo a Los Ángeles —dijo Ken.

—Y lo estaba —pero antes de que Winston la hubiera llamado—. Creía que necesitaba volver aquí para relanzar mi carrera. Estaba equivocada.

—¿Qué ha pasado?

—Winston me ha llamado y me ha ofrecido un puesto como directora de proyectos. Es exactamente lo que siempre he deseado.

—¿Y eso es todo? —inquirió Ken—. ¿Vas a volver a Nueva York? ¿Vas a olvidar todo lo que hemos vivido estos últimos días?

—Nunca olvidaré estos días —dijo y sentía que los ojos le ardían—. Pero nunca te he mentado. Y siempre has conocido mis prioridades.

—Cariño, lo he sabido desde el principio. Y ya veo que tus prioridades no han cambiado.

—¿Y las tuyas sí?

Lamentó sus palabras en el instante en que salieron por su boca. Estaba claro que las prioridades de Ken habían cambiado. Esa misma mañana había renunciado a sus principios para salvarla y había permitido que esa horrible mujer lo chantajeara.

—Sí, han cambiado —tomó de la mano a Lisa y la hizo sentarse junto a él en el sofá—. ¿Por qué, cielo? ¿Por qué no te quedas? Hace dos días me decías lo mucho que echabas de menos Los Ángeles.

—Echo de menos mucho más mi carrera. ¿No lo entiendes? Es todo lo que he querido en esta vida, mis sueños. Me he sentido inútil los últimos cinco años, sin rumbo. Ahora tengo una meta.

—Quizá tu meta en la vida sea estar junto a mí.

Lisa aguantó las lágrimas, pero no respondió.

—Lo siento, supongo que no soy ecuánime —dijo Ken—. Claro que tienes que hacer lo que te gusta. Pero no es tu única oportunidad. Winston sabe que tienes otras ofertas e intenta asegurarse tu contratación.

—¿Puedes prometerme que eso va a ser así? ¿Puedes asegurarme que encontraré trabajo si rechazo la oferta de Winston?

—No —dijo tras un suspiro y negó con la cabeza—. Sólo puedo decirte que te amo.

—Ya lo sé —Lisa se levantó, consciente de que iba a herir nuevamente a Ken, pero incapaz de evitarlo—. Lo sé. Yo también te quiero. El problema es que no creo que el amor sea suficiente.

## Capítulo Dieciséis

Lisa presionó la frente contra la ventana de su despacho, en el piso vigésimo, y observó un carruaje de caballos mientras cruzaba Central Park. El interfono sonó.

—¿Señorita Neal? El agente del señor Scorsese.

—Gracias.

Se volvió y descolgó el auricular. Pasó los siguientes diez minutos repasando las condiciones de un acuerdo de dirección para un proyecto que estaba desarrollando. Finalmente colgó, exhausta, y se dejó caer en su sillón de cuero. Delante de ella se apilaban los guiones y los contratos. No había un solo centímetro de su mesa que no estuviera ocupado.

Había regresado a Nueva York hacía tres semanas. La secuela de *La cama de terciopelo* estaba en fase de preparación. Estaba manejando otros seis proyectos. Esa mañana había discutido con ejecutivos de tres grandes estudios.

En otras palabras, estaba haciendo lo que siempre había deseado. Estaba cumpliendo su sueño. Tendría que sentirse extasiada. Pero se sentía vacía. El interfono sonó de nuevo.

—¿Señorita Neal? Greg al teléfono.

—¡Hey! — descolgó el teléfono con alegría—. ¿Dónde estás?

—Todavía estoy en Los Ángeles — dijo—. ¿Qué tal la Gran Manzana?

—Fantástica. Me encanta. De miedo.

—Ya.

—¿Y eso qué significa?

—Nada — dijo Greg—. Estoy distraído. ¿Has hablado con él?

—No, no lo he localizado — dijo con las lágrimas a flor de piel.

Pero la verdad era que no lo había intentado porque estaba asustada.

—Estuve en el aniversario de Oxygen — dijo Greg.

—¿En serio? — sintió la garganta seca y bebió de una lata de refresco—. ¿Estaba él?

—Sí, tenía buen aspecto.

—¿Sigue alojándose en el hotel? — preguntó, aguantando las lágrimas.

—Creo que no — contestó Greg—. Según los periódicos, se ha comprado una casa en Santa Mónica. Creo que las cosas le van mejor que nunca. Creo que está abriendo un nuevo restaurante en el valle. Se llama Studio City.

Lisa pensó que Ken estaba haciendo exactamente lo que había prometido. Estaba compaginando su trabajo con una vida propia. Se preguntó si se vería con alguna mujer, pero no podía preguntárselo a Greg.

— ¿Qué ha dicho tu madre? — preguntó Greg.

— Cree que es estupendo.

Había llamado a su familia para contarles que había conseguido el puesto deseado. Se habían alegrado por ella, pero no lo habían celebrado como ella hubiera imaginado. No experimentó nada distinto.

— ¿Pero?

— Nada. Parece que soy la única a la que le importa. Quiero decir que se alegran de que tenga trabajo, pero lo único que les importa es que yo sea feliz.

— Bueno, se trata de tu vida.

— Ya lo sé. Y siempre pensé que sabía exactamente lo que quería. Y ahora que lo he conseguido...

— ¿No estás segura de que sea lo que quieres?

— No, sí lo quiero — y ya que lo había probado, más que nunca —. Es mi vida. En serio, me apasiona este trabajo. Pero me pregunto si he dejado de querer a Ken.

Y se preguntaba si no había cometido el mayor error de su vida. Y, sobre todo, se preguntaba si podría enmendarlo alguna vez.

— Me alegra ver que estás reconsiderando tus planes — dijo Tim —. Este local está más pensado para montar una cafetería que para un restaurante como Oxygen.

Ken se quitó el casco mientras revisaba unos planos sobre una mesa polvorienta. Después de la marcha de Lisa había pagado la última letra de ese local y había decidido montar una cafetería en vez de un restaurante.

— Necesitas encontrar una persona que te ayude con el menú.

— ¡Un ayudante! — gritó Tim —. Esa es una tarea que haré con gusto.

— No es nada personal, pero recuerda que aquí serviremos hamburguesas y costillas. Nada de caviar ni *maigret* de pato.

— Confía en mí. Un artista siempre lleva razón.

Ken sonrió, pero su corazón estaba triste. Una ola de melancolía lo invadió y volvió sobre los planos para olvidar sus problemas.

— Está haciendo lo que tiene que hacer — dijo Tim.

— Ya lo sé — asintió —. Pero confiaba en que regresara, en verla aparecer la noche del aniversario y que pudiéramos empezar de nuevo.

— Y te hubiera gustado que fuera ella quien revisara contigo esos planos en vez de yo.

— No es nada personal.

—No me ofendo —dijo Tim—. No estoy tan guapo como ella con vestido. Pero creo que este casco me favorece bastante. ¿Qué te parece?

—Son casi las cuatro —dijo después de mirar el reloj—. Tengo que volver a casa y ver si los obreros necesitan algo.

—Últimamente estás redecorando todo a tu alrededor.

—Es una metáfora de mi vida.

Quizá si construía algo nuevo olvidaría lo viejo. Pero lo dudaba. Había sido todo culpa suya. Solo a un idiota se le hubiera ocurrido idear una venganza basada en el sexo y suponer que iba a salir indemne. De acuerdo, había sido un idiota. Un idiota locamente enamorado de una mujer que no lo correspondía. No, sí lo amaba. Pero no había comprendido hasta qué punto.

—Podrías volar a Nueva York y convencerla —dijo Tim—. Incluso podrías intentar una relación Este-Oeste.

—Ya lo he pensado —afirmó Ken—. Pero no se trata tan solo de la distancia. Son sus principios. Me confesó que me quería. Pero también dijo que no importaba porque quería centrarse en su carrera. No quiere que vaya a Nueva York. Ni siquiera quiere intentarlo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Echarla de menos, quererla —se encogió de hombros, apesadumbrado—. Seguir con mi vida. Y confiar en que no todo está perdido. Lo vi en sus ojos. Ella me quiere. Y ha cambiado. Estoy seguro de que volverá.

—Espero que tengas razón.

Ken estaba seguro y creía en ello. Después de terminar en la cafetería se dirigió a Santa Mónica. Había mucho tráfico y eso lo puso de mal humor. Por fin en casa fue directamente a la cocina para enfrentarse a los desperfectos del día. Esa vez se trataba del papel de la pared.

—¿Éste o este otro? —dijo Arnold con dos muestras en el aire.

—¿A ti qué te parece? —preguntó, la mente puesta en Lisa.

—A mí me gustan las rayas finas, pero Tony prefiere las rayas gruesas.

—Quizá deberías echar una moneda al aire.

—¿No hay ninguno que te guste más? —preguntó Arnold.

—Lo siento, pero hoy no estoy de humor —se dio la vuelta, decidido a echarse una siesta corta.

—¿Quizá deberíamos pedir su opinión a la señorita?

—¿Cómo has dicho? —dijo Ken, que se había quedado de piedra.

—La señorita —repitió el obrero—. Está en el sofá. Lleva varias horas aquí.

Ken corrió a trompicones hasta el salón y allí estaba ella.



Era Lisa. Estaba sentada en el sofá, las manos en el regazo y una mirada de esperanza contenida en sus ojos.

–Hola, Ken – respiró hondo – . He venido para disculparme.

–Entiendo – intentó mantener cara de póquer – . ¿Por qué quieres disculparte? ¿La forma en que te fuiste, por herirme o por el hecho de que ya no haya nada entre nosotros?

– Todo eso – dijo Lisa con el corazón en vilo – , excepto lo último.

La decepción en su rostro se desvaneció cuando su mente procesó sus palabras.

– Bueno, si no es demasiado tarde.

– Entonces has vuelto porque... – no terminó, temeroso de equivocarse.

– He tenido todo lo que siempre deseé trabajando junto a Winston. Han sido tres semanas maravillosas. He almorzado con directores que han ganado más de un Oscar. He cerrado tratos de ensueño. Ha sido fabuloso.

– ¡Enhorabuena! – dijo con la voz seca, áspera – . Sé que eso es lo que siempre has querido. Me alegro por ti. De verdad.

– ¿Has oído alguna vez ese dicho que reza: «Ten cuidado con lo que deseas»?

– ¿Qué me quieres decir, Lisa? – preguntó, muerto de impaciencia.

– Pude tener todo lo que siempre había anhelado... y descubrí entonces que no tenía absolutamente nada.

Ken quiso pensar que era él lo que le faltaba a Lisa, pero no lo preguntó. No quería sentirse herido una vez más.

Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

– Necesito un favor – dijo.

– ¿Un favor?

– Necesito una persona que me enseñe la ciudad de Los Ángeles – dijo tras tomar aire – . Pero se trata de un trabajo fijo, para toda la vida.

El corazón le saltó en el pecho y Ken se acercó a ella, sin acabar de creerse que estuviera pasando. ¿Había comprendido finalmente Lisa que lo amaba y lo que eso significaba?

– ¿Qué estás diciendo, Lisa? Dímelo claro, por favor.

– Te quiero a ti, para siempre. Aquí.

– ¿Y tu trabajo?

– Bueno, lo he dejado.

– ¿Cómo?

– No he tenido más remedio – se acercó hacia él y se detuvo a medio metro – . Tenía que probarme que ya no tenía miedo.

– ¿Y es verdad?

—No. Todavía estoy un poco asustada —dijo Lisa—. Voy a necesitar mucho apoyo para superar este momento.

El nudo en torno a su pecho se aflojó. Ella había vuelto a sus brazos. Había tenido fe en ella y había acertado.

—Así que puedes amarme. ¿Y los reproches?

—Estoy tomando mis propias decisiones. No hay nada que reprochar. Tan solo necesito que me tomes de la mano.

—Eso es algo que haré encantado —hizo una pausa—. Así que realmente lo has dejado. Supongo que debe de ser amor.

—Es amor, te lo aseguro —y Ken vio la verdad en sus ojos inundados de lágrimas de emoción.

—¿En qué vas a trabajar?

—Al principio no lo sabía. Pero después de que mi avión tomase tierra, Winston me llamó. Dijo que si estaba decidida a trasladarme aquí definitivamente, podría abrir un despacho para mí.

—Y has aceptado, por supuesto.

—No —negó con la cabeza—. He dicho que mañana le daré una contestación. Seguramente acepte su oferta. Pero quería estudiar otras alternativas.

—Te quiero. Lisa —y la acogió entre sus brazos.

—Yo también te quiero.

Ken entonces fue hasta su dormitorio, después de soltarse de su abrazo, y buscó una cajita de terciopelo en un cajón de su escritorio. Regresó al salón.

—Acerca de ese favor, estaba pensando en un quid pro quo —le entregó la cajita—. Tú quieres a alguien que te enseñe la ciudad y yo te quiero a ti.

Lisa abrió la caja y sus ojos se abrieron de par en par al descubrir la alianza.

—¡Oh, Ken...!

—Quise dártelo hace cinco años. Espero que lo aceptes ahora.

Una sola lágrima rodó por su mejilla, pero el placer en la mirada de Ken borró todos los miedos y solo brotaron lágrimas de felicidad.

—¿Es una proposición?

—La verdad es que sí.

Ella deslizó el anillo en su dedo, radiante de alegría.

—En ese caso, acepto.

## Epílogo

*Tres años más tarde...*

---

— ¿Estarás bien?

Lisa se mordió el labio mientras Tim levantaba los brazos delante de Claire.

— Se le dan muy bien los niños — apuntó Ken y entregó a su hija de un año a su jefe de cocina. Estaban en el comedor de Oxygen. Tim se acomodó en una silla y sostuvo a la niña en su regazo.

— Ya lo sé — dijo Lisa —. Es sólo que...

— No confías en mí.

— Claro que sí — rió Lisa —. Pero...

— Mi esposa es una neurótica — añadió Ken.

— Eso ya lo sé — Tim sostuvo a la niña en brazos—. ¿Tu mamá es una neurótica? ¿Puedes decir neurótica?

Claire balbució algo incomprensible. Ken agarró de la mano a Lisa.

— Vamos, podemos hacerlo — dijo —. Es una gran noche.

Lisa asintió. Era una gran noche. La segunda película que había producido para la productora de Miller, en asociación con Universal, estaba nominada a la mejor película.

— La limusina no va a esperar eternamente — dijo Tim—. Tenéis que iros. Tu hija y yo queremos verte en el escenario soltando un discurso. Y tan pronto como llegue tu madre le pasaré a su nieta y me ocuparé de los preparativos para la fiesta. Habrá un montón de gente aquí dentro de unas horas.

— Lamento que el avión se haya retrasado.

— No es culpa tuya. Y me da la oportunidad de estrechar lazos con Claire — señaló la puerta de entrada —. ¡Vamos, fuera!

Obedecieron y Lisa no apartó los ojos de Ken mientras bajaban las escaleras hasta el vestíbulo del hotel. Estaba muy atractivo con su esmoquin. Pero también se le notaba muy orgulloso y sabía que era por ella.

— ¿Qué ocurre?

— ¿Qué?

— Me estás mirando fijamente.

— Sólo quería darte las gracias.

— ¿Por que?

— Por quererme y estar a mi lado.

A lo largo de tres años habían compaginado sus carreras y su vida en familia. Su traslado a Los Ángeles la había beneficiado y Winston nunca dejaba de recordarle que había sido una sugerencia suya.

Pero se sentía llena de fuerza para afrontar todos los retos. Su familia, su marido, su hija le proporcionaban la energía que necesitaba. Y amaba a su familia por encima de todas las cosas.

—Gracias por aguantarme —apretó la mano de su marido.

—Ya sabes que te quiero y te apoyaré siempre —dijo Ken con una sonrisa.

Ella asintió. Lo sabía perfectamente. Y afortunadamente no lo había descubierto demasiado tarde.

Ken la ayudó a subir a la limusina.

—¿Estás nerviosa?

—¿Nerviosa? —repitió Lisa, que sabía a qué se refería su esposo.

—Esta noche puede ser algo grande.

—Es sólo un premio, nada más. Entre Claire y tú, tengo todo lo que necesito.

—Es un sentimiento muy bonito —rodeó a Lisa con su brazo y ella se acurrucó contra él en el coche—. Pero sabes que no te creo.

Lisa soltó una carcajada. Ken la conocía demasiado bien.

—Sí, lo sé. ¿Sabes que esa es una de las razones por las que te quiero?

Ken no respondió, se limitó a besarla. Pero Lisa se sintió feliz y aceptó esa caricia como un «sí».

*Fin*